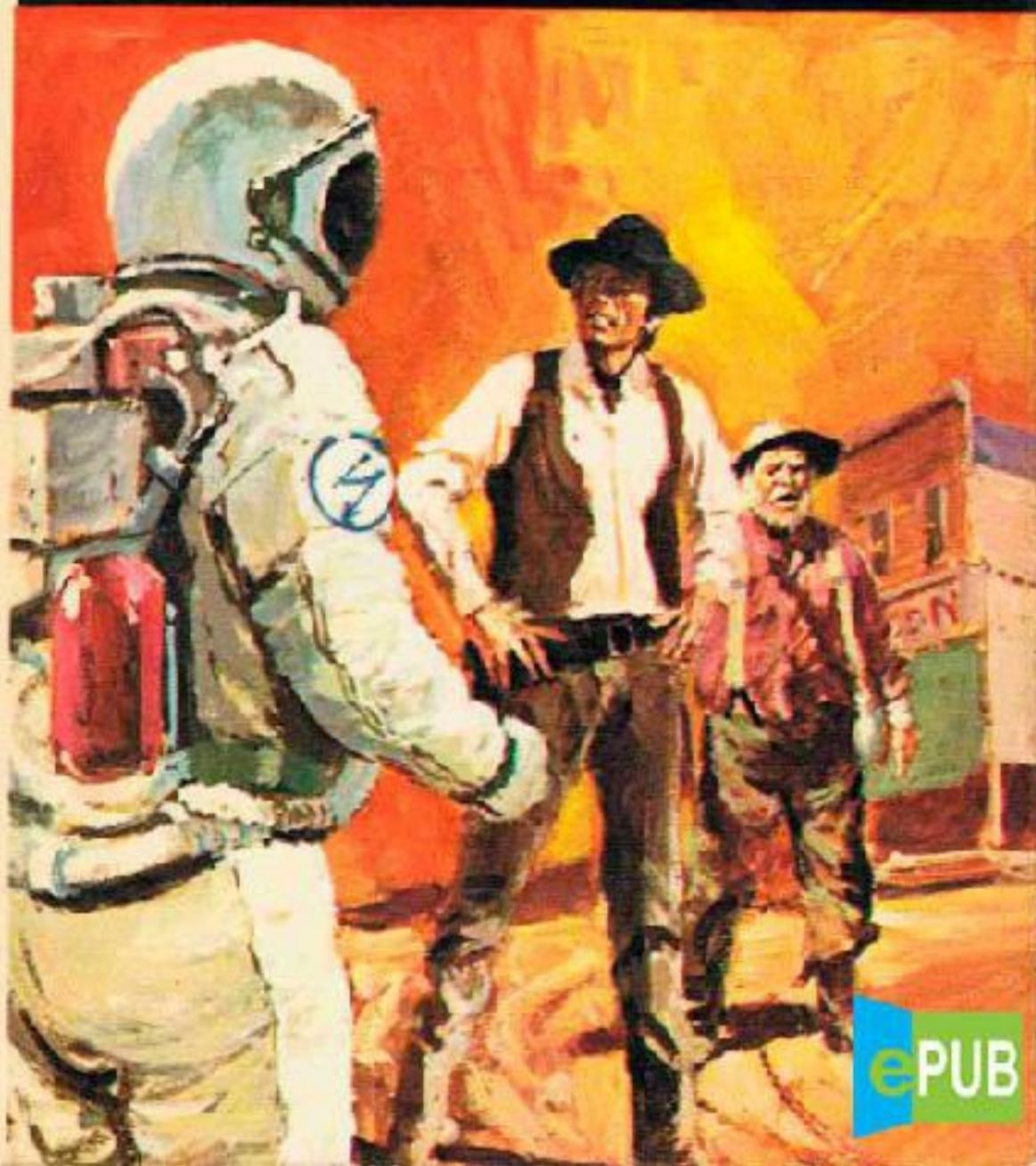


# CIENCIA FICCION

SELECCION **11**



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

# Ciencia ficción. Selección 11

ePub r1.1

viejo\_oso 24.11.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 11*

AA. VV., 1974

Traducción: J. Costa & M. T. Segur Giralt

Portada: Badía Camps

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.0

---

más libros en **ePubGratis**

---

## Contenido

- Presentación: *La SF y la soledad*, Carlo Frabetti.
- Algas (Sea Wrack)*, Edward Jesby, 1964.
- Tengo un tigre en casa (Automatic Tiger)*, Kit Reed, 1964.
- Corona (Corona)*, Samuel R. Delany, 1967.
- Pacifista (Pacifist)*, Mack Reynolds, 1963.
- El año del terrestre (The Year of the Earthman)*, Hogan Smith, 1964.
- El profesional (The Pro)*, Edmond Hamilton, 1964.
- El pequeño Anton (Little Anton)*, R. Bretnor, 1951.
- Un corazón rojo y rosas azules (A Red Heart and Blue Roses)*, Mildred Clingerman, 1961.
- ¿Mar-cia-no? (Mar-ti-an)*, Robert Lory, 1964.
- Los dorados años de Harry (Harry's Golden Years)*, Gahan Wilson, 1968.

# PRESENTACIÓN

## La SF y la soledad

*Es evidente el auge que en la literatura contemporánea ha alcanzado el tema de la soledad. El paradójico aislamiento del hombre en un mundo cada vez más poblado e intercomunicado ha sido expresado de las más diversas formas, y, lógicamente, también la SF<sup>[1]</sup> ha abordado el tema desde diversos ángulos, enriqueciéndolo con sus recursos narrativos específicos y sus peculiares enfoques. Hay una vertiente de la actual SF, por ejemplo, que se mueve en esa línea de la que Kafka es el maestro, expresando alegóricamente la impotencia, la extrañeza y la indefensión del hombre ante unas estructuras opresivas.*

*Pero la contribución más específica de la SF a la temática de la soledad es esa importante rama del género que se ocupa del aislamiento y la inadaptación de los «diferentes».*

*El androide de El año del terrestre, la pequeña telepata de Corona o el enigmático hombre-pep de Algas expresan el íntimo aislamiento de cada individuo con una intensidad y a la vez un distanciamiento que los convierte en símbolos especialmente eficaces.*

*Claro que el tema se presta también a un tratamiento jocoso, como en el caso de El pequeño Anton, o cáusticamente sarcástico, como en el excelente relato corto Los dorados años de Harry, donde se revela con fuerza singular la falsedad básica de la vida de los privilegiados en sus jaulas de oro.*

*En otras ocasiones, la SF no necesita exorbitar sus recursos imaginativos*

*para poner de manifiesto el doloroso aislamiento del hombre en un mundo hostil. Tal es el caso de Tengo un tigre en casa o Pacifista, narraciones tan patéticamente vinculadas con la realidad actual, que no ya mañana, sino casi hoy mismo podrían ser verdad.*

*Y es que no es necesario situar a un personaje a años-luz de la Tierra, encerrado en una cápsula espacial, para expresar la soledad. Cualquier persona, cualquier miembro de esa apiñada y sombría «muchedumbre solitaria» a la que todos pertenecemos sirve a la perfección para ello. Como aquel oscuro oficinista que un día se compró un tigre. O como usted, lector, que probablemente se ha comprado este libro para «distraerse», para olvidarse un rato de su propia soledad, para evadirse de la insatisfactoria realidad... y que, se lo aseguro, no va a conseguirlo.*

CARLO FRABETTI

# ALGAS

Edward Jesby

*Hace años que Cousteau predijo la aparición del hombre-pepe, dotado de branquias y adaptado para vivir en las profundidades oceánicas.*

*Este relato, cuya mayor fascinación reside en el aire de extrañeza e inaprehensible lejanía que lo envuelve, describe el futuro enfrenamiento entre estos hipotéticos hombres-pepe y la mórbida, decadente y clasista civilización terrestre, en un escenario en el que coexisten la tecnología avanzada y las más ancestrales supersticiones.*

*Ante el siniestro ritual entre la hechicera y el hombre-pepe, el lector iniciado no podrá evitar dedicar un oscuro pensamiento a los profundos de Lovecraft. Aunque esta vez, por fortuna, el tema ha sido tratado con un enfoque totalmente distinto, por no decir opuesto.*

Greta Hijukawa-Rosen, sentada en la arena, observaba cómo su compañero maniobraba el *aircraft* sobre las aguas del Mediterráneo. Estaba de pie sobre la reducida plataforma circular, tan sólo a unos centímetros de las crestas de las olas levantadas por el viento, manteniendo el equilibrio con suaves movimientos de piernas. La embarcación, normalmente, era teledirigida desde la antena situada en lo alto de la mansión, pero en aquel momento la pilotaba el hombre.

«Viterrible», pensó Greta estirándose para que sus pequeños senos recibieran el calor del sol. Rió entre dientes, preguntándose qué pensarían sus hermanas de haberla oído usar una palabra comercial; se encogió de hombros y observó su bronceada piel, comparándola con la de su compañero, tan oscura. La piel de Abuwolowo era color humus.

—Tan oscura como el color de las hojas enmohecidas —dijo en voz alta, mientras se incorporaba para ver cómo Abuwolowo elevaba la nave hasta el máximo de seis o siete metros que ésta permitía.

La silueta de la embarcación fue empequeñeciéndose con rapidez a medida que se alzaba dando pequeños bandazos, parecidos a los que dan las gaviotas que sobrevuelan el Mediterráneo. Greta pensaba que últimamente no era emocionante, pues no existía peligro. Tenía un sistema de control a distancia ajustado a su cinturón salvavidas y, caso de caer al agua, la nave acudiría en su ayuda y la rescataría.

Ahora estaba muy lejos y lo único visible, por encima del oleaje, era su negra y oscilante cabeza.

—Supongo que debería experimentar alguna sensación de pérdida.

Había desdén en su voz, desdén nacido de la lectura de unos voluminosos

libros publicados a raíz de un seminario sobre este sentimiento, y que fue difundido por televisión. Aquello era todo lo que sabía de esta faceta humana. De súbito, contuvo la respiración al ver la cabeza casi en la orilla del agua.

Buscando desesperadamente sus lentes, gritó, interrogante:

—¿Abuwolowo?

Pero la cabeza era blanca, y no por el mero hecho de no estar tostada por el sol. Tenía un tinte blanco artificial, como el de las estatuas de mármol del jardín de la residencia de verano. Para su horror, el resto de la aparición surgió de las poco profundas aguas. Recortándose sobre el fondo azul del mar, se erguía una silueta negra, que hacía resaltar aún más su cabeza tan extraordinariamente blanca. Se tambaleaba en sus intentos por sacar las piernas del agua. Cuando lo consiguió, Greta vio que llevaba calzados los pies de pato y corrió a ayudarlo.

Apoyando una mano en uno de sus grandes brazos, le preguntó:

—¿Está usted bien?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza, apoyándose ligeramente en la joven. Ella suspiró aliviada, ya que no habría podido aguantar el peso de aquel cuerpo que era unos treinta centímetros más alto que ella, que medía un metro ochenta y ocho centímetros, y cuyos hombros eran aún más anchos que los de Abuwolowo.

Con los pies firmemente asentados en la arena, el hombre hizo un movimiento brusco y se libró de la funda de caucho que protegía parte de su cabeza. Alzó los ojos al cielo, unos ojos negros que ocupaban unas grandes órbitas, y observó:

—Brillante.

Luego bajó los ojos, y, después de respirar entrecortadamente durante breves momentos, agradeció a la joven la ayuda que le había prestado. Hizo una pausa, después de la cual, señalando la axila, explicó:

—Me ha mordido un tiburón.

Recobrada la respiración, resultaba mucho más fácil entenderle. El líquido murmullo de sus primeras palabras había desaparecido. La miró.

—Es usted bonita, y merece una explicación. Un tiburón me arrastró al fondo. Algo debió de asustarle en la superficie y se sumergió.

—¿Un tiburón? —preguntó ella, queriendo escuchar de nuevo aquella extraña y suave cadencia de la voz que emergía de la redonda cabeza con grandes ojos.

—Sí, un gran tiburón —aclaró—. Estaba en la superficie tomando el sol y, de pronto, se sumergió. No me dio tiempo de ponerme fuera de su alcance.

Cayó hacia delante, sobre sus rodillas. Su respiración era normal, pero la joven vio que un chorro de sangre se deslizaba por sus muslos.

—Perdóneme —rogó él, al proferir la joven un pequeño grito de angustia.

La herida cruzaba su espalda en diagonal, desde la axila del brazo izquierdo hasta la cadera del lado derecho. El traje de caucho, cortado por los dientes del escualo, se había arrollado, provocando la separación de los labios de la herida. La joven intentó levantarlo, pero resultaba demasiado pesado para sus fuerzas. Lo único que consiguió fue que cayera boca abajo cuan largo era. Forcejeó, tirando de su grueso brazo e intentando volverle boca arriba, sin conseguirlo. A pesar de estar tendido y no ofrecer resistencia alguna, continuaba siendo extraordinariamente pesado. De un salto se apartó de él y dirigió sus ojos hacia el mar.

Abuwolowo estaba aproximándose a la playa. Al verle, la joven agitó los brazos y se puso a gritar, dando saltos para llamar su atención, hasta que la nave atracó en la playa.

—Hay un hombre herido —explicó, volviéndole la espalda hasta que cesaron las nubes de arena levantadas por los chorros de aire que emitía el vehículo.

—¿Un hombre? —preguntó Abuwolowo, echando una ojeada al cuerpo inmóvil—. Debe de pesar tanto como una ballena. No podría con él; subiré a la casa y pediré ayuda.

Se alejó corriendo a grandes zancadas hasta llegar al ascensor del farallón. A Greta le pareció que hacer gala de tal velocidad constituía una violación de las facultades humanas. Permaneció inmóvil, admirando aquella agilidad, fascinada por el profundo respirar de Abuwolowo. Fáciles inhalaciones se traducían en oleadas que empezaban en el pecho y tenían su final en el diafragma, a un ritmo tal que parecía que no iban a tener fin: iniciaba la inspiración cuando aún no había concluido la anterior expulsión de

aire.

Esperó en silencio, guardando para sí su cháchara habitual, reprimiéndose ante aquellos cabellos color paja, cuyo único signo de vida era el leve temblor de las delicadas aletas de la nariz. Al poco rato —a ella le parecieron escasos segundos— regresó Abuwolowo con cuatro criados, hombres fuertes y achaparrados, procedentes todos ellos de las vecinas islas del Egeo.

Resoplando bajo el peso de aquel cuerpo que les doblaba las piernas, medio acarrearon, medio arrastraron al hombre herido hasta el ascensor, en el interior del cual intentaron acomodarlo, según las instrucciones de Abuwolowo; éste se encaramó por encima del cuerpo y, sujetándose a las paredes del camarín, trepó hasta situarse por encima de él. Oprimió el botón con un fuerte dedo, se cerraron las puertas y empezaron la ascensión.

Greta se había arreglado para la cena con más esmero que de costumbre. Mientras estaba descendiendo por la gran rampa que conducía al amplio salón de entrada, oyó como su cuñado hablaba con algunos de los invitados. Se detuvo divertida. No estaba hablando, en realidad, sino conferenciando, en un tono que su acento kirguís hacía aún más didáctico de lo que pretendía.

—Es asombroso —estaba diciendo— el poder de recuperación que tiene. Le sacamos del camión de la cocina, le tendimos sobre el sofá más largo de la sala de recepciones y, acto seguido, se sentó. Me sonrió y se desperezó —el cuñado de Greta hizo una pausa, como para rehacerse de su asombro, al tiempo que clavaba los ojos en todo aquel que pareciese querer interrumpirle—. Como iba diciendo —continuó en mesurados párrafos—, se desperezó...

Greta no pudo resistir la tentación y aprovechó la oportunidad. Se deslizó con ligereza por la rampa y se plantó ante su cuñado.

—Se desperezó, y luego ¿qué?

Hauptman-Everetsky le ofreció la limitada cortesía de su helada sonrisa.

—Al estirarse, su traje de buceo se abrió y se desprendió de su cuerpo como si de la piel de un plátano se tratase. Después de palpase debajo de los brazos, donde tiene las hendiduras branquiales, abandonó el sofá. Ignorándome, dio una vuelta por la habitación y vi, con asombro, que la

herida estaba ya curada. En su lugar había sólo una delgada línea.

Greta abandonó la reunión sin esperar a que su cuñado repitiera lo ya dicho, cosa inevitable en él. Cruzó el arco que daba acceso al salón de recepciones, totalmente aislado, a pesar de la pequeña deficiencia existente en la cortina presurizada, la cual hizo que una corriente de aire levantara los bajos de su larga falda.

De pie frente al cristal panorámico, el hombre-pep contemplaba el lento discurrir de las vistas correspondientes a las islas vecinas, vistas que eran ampliadas o reducidas según estuviera programado en la computadora. En aquel preciso instante aparecían las luces de los rascacielos de Salónica.

El hombre-pep estaba absorto, pero su primo Rolf, curioso como de costumbre, no cesaba de inquirir. Empequeñecido por la figura próxima a él, disparaba las preguntas en su excitado y alto tono americano.

La que ella oyó al acercarse fue:

—¿Y ha recorrido semejante distancia? —la voz de Rolf no denotaba incredulidad, sino placer, así como su infantil amor ante la aventura.

—Por supuesto —respondió el gigantesco hombre—, ya se lo he dicho. Vine desde Stavangafjord, siguiendo una corriente terrestre. Tenía la esperanza de aprender algo acerca del comportamiento de las platijas, pero al final desistí, pues me pareció una locura; así fue como, bordeando la costa, llegué hasta aquí —devolvió su atención al cristal a tiempo de observar un artístico aspecto de la ciudad que estaba siendo ampliado enormemente—. Y —dijo, volviéndose cortés a su interlocutor— los delfines me contaron, a su regreso de Normandía, que aquí las aguas eran cálidas, y las mujeres —hizo una pausa al notar la presencia de Greta— hermosas, de rubios cabellos y cuerpo bronceado.

—Es usted muy amable —intervino Greta sonriendo—. Aún no sé su nombre.

—Gunnar Bjornstrom-Cousteau, del territorio de Walshavn —contestó con una inclinación.

Al hacerlo, Greta pensó que tenía un curioso aspecto vestido de noche. La

corta chaqueta abierta, que apenas alcanzaba a cubrirle el torso, dejaba al descubierto un pecho casi rectangular, de suave y flácida carne y sin musculatura aparente, que le hizo recordar los colgajos de grasa que la herida dejó expuestos. Se estremeció y, al notarlo, Gunnar inquirió:

—¿Le molesta mi cara? —por primera vez notó que su cara estaba despellejada y que unos surcos de violento color rojo discurrían por debajo de su barbilla—. No fui muy prudente al emprender tan largo viaje sin antes exponer mi piel a la luz de las lámparas. Pero entonces no tenía intención de estar en contacto con el aire; además, no estoy acostumbrado a la luz directa del sol.

—¿El aire?

Rolf se iba a disparar de nuevo, pero Greta le paró los pies.

—La cena ya debe de estar servida. ¿Me acompaña? —preguntó, cogiéndose del brazo del forastero.

Rolf les siguió, pegado a sus espaldas, moviendo la cabeza con aire perplejo y brincando a menudo para tratar de alcanzar la estatura del gigantesco hombre-pepe, hasta entrar en el comedor. Este se hallaba en la parte más alta de la mansión, y estaba abierto a los cuatro vientos, aunque protegido de la intemperie por campos estáticos polarizados, lógicamente invisibles, que producían un singular acercamiento de los astros.

—A este pepe —Hauptman-Everetsky había pasado del asombrado temor a la condescendencia, al contestar a las preguntas de alguien— no pude echarlo al agua, como hubiera hecho con una trucha demasiado pequeña —gesticuló—, y ya va siendo hora de que nos divirtamos un poco. Empezamos a aburrirnos los unos a los otros.

Greta percibió el envaramiento de Gunnar y se cogió a su brazo con más fuerza. Este se inclinó hacia ella y dijo:

—No tema, no caeré. Hacía largo tiempo que no caminaba. Debo acostumbrarme a prescindir del amistoso apoyo del agua.

Greta notó el énfasis que puso en la palabra «amistoso», y recordaba que una de las pocas cosas que sabía de los habitantes de las profundidades marinas era que habían vuelto a adoptar el duelo. En los infinitos ámbitos marinos resultaba difícil mantener la observancia de las leyes; los encuentros

con las orcas y los tiburones eran comunes, y duras las lecciones que estas experiencias enseñaban.

Su compañero sonrió a Everetsky y a sus acompañantes, al tiempo que estrechaba sus manos con fuerza y cumplimentaba a las mujeres.

—Al menos no me aburriré —dijo, dirigiendo su mirada al pintado pecho de su hermana Margreta.

Greta, aliviada, cogió de nuevo su brazo, y se sintió contenta de haber elegido aquel vestido azul que únicamente le dejaba al descubierto las manos y la cara.

—¿Nos sentamos ya, Carl? —preguntó a Everetsky, que se apartó dejando expedito el camino a la mesa. Este colocó a Gunnar a su derecha y a Greta a su izquierda.

Al principio, la cena se desarrolló con bastante placidez, centrándose la conversación en los presupuestos gubernamentales y en la futilidad de invertir dinero en las minas lunares. Todos los que procedían de las ricas estepas y regiones montañosas de Rusia expusieron lo que, a su juicio, estaba haciendo falta en sus latitudes: «padrinos» que proporcionaran recomendaciones, intermediarios por medio de los cuales poder presentar quejas y falsas denuncias por corrupción...

Mientras Rolf daba fin a un relato acerca de un funcionario sobornado que rehuyó cumplir con sus deberes, reparó en la esférica cabeza de Gunnar, que se destacaba del grupo de morenos invitados de prominentes barbillas.

—... Era un tipo despreciable como hay pocos —concluyó—. Pero, mi querido hombre-pep, ¿comprende algo de todo esto?

—Yo —rió Bjornstrom-Cousteau— no comprendo estos problemas, pero, aunque de otro tipo, también nosotros tenemos con nuestro gobierno —parecía apreciar a Rolf, pero se dirigía a su anfitrión—. Sin embargo, resultan difíciles de explicar.

—Supongo que así es —repuso Abuwolowo—, pero, de todos modos, le ruego que nos los cuente.

Gunnar se encogió de hombros, haciendo temblar la maciza mesa al montar una pierna sobre la otra.

—Quieren que se cultive más y se cace menos.

—¿Por qué no? —desafió Abuwolowo—. En el pasado, también mi pueblo tuvo que amoldarse a los cambios. Aprendieron a cultivar la tierra y a trabajar en fábricas.

—Sí —permaneció en silencio unos segundos—. Imagino que tendremos que hacerlo algún día, pero como cantó el poeta Hagar...

—¡Poetas! —Abuwolowo abandonó la mesa—. Estábamos hablando de gobiernos.

—Hagar dijo —Gunnar continuó imperturbable, como las mareas, citando complacido unos versos—: *El mar se altera con nuestro padecer; no puede conseguir que los hombres piensen libremente en la superficie* —recitaba cuadrando los hombros, mostrando aún más su pálida carne—. *Porque nosotros escogimos las profundidades, no su cómodo y alejado otero* —y se interrumpió para contemplar la oscura noche con la mirada sin fondo de sus grandes y dilatadas pupilas.

Rolf, siempre jovial, se frotó las manos olfateando el próximo plato.

—¡Ah! ¡Venado doméstico! —exclamó cambiando de tema, evitando de este modo el seguro ex abrupto de Abuwolowo, que volvía a ocupar en aquel momento su lugar a la mesa—. Sin embargo, nuestro nuevo invitado no parece estar disfrutando mucho de la cena, aunque el cocinero de nuestro anfitrión es excelente.

—Los alimentos están cocidos —repuso Gunnar, como si con esta aseveración quedase todo explicado.

Y así debió de ser, porque, cuando vio la expresión de Hauptman-Everetsky, se levantó de la mesa excusándose.

—No me he recuperado aún de mis heridas. Les ruego que me disculpen.

Lo último fue una afirmación, no un ruego; acto seguido se retiró, con un cansado y lento renqueo. Su fuerte cuerpo parecía abatido por el empuje de la gravedad.

Llegó el nuevo día y lo primero que hizo Greta fue correr en busca de Gunnar. La noche anterior abandonó la mesa muy temprano, dirigiéndose a su habitación; pero Abuwolowo, que reparó en su maniobra, la alcanzó y

marchó con ella. Ahora Greta buscaba por los jardines, cruzando las distintas zonas climáticas. Le halló en el sector subtropical, erguido ante una planta de caucho rojo de grandes dimensiones, casi un árbol. Estaba observando una de sus hojas, que sostenía con las yemas de sus dedos, con los labios ligeramente entreabiertos.

—Parece carne. Carne de ballena —dijo sonriendo ante la imagen de Greta, que se acercaba por el sendero alfombrado con agujas de cedro, entre muros de verdor—. Está usted muy bonita esta mañana.

—Y usted parece un chiquillo, con esta hoja entre los dedos y la boca abierta, como si estuviera a punto de comerla.

—Parece realmente comestible —afirmó apretando una vez más la hoja, de la que manaron unas gotas de jugo que Gunnar se apresuró a lamer.

Una mueca se dibujó en su cara y Greta rió divertida al ver las suaves arrugas que invadían su rostro.

—Bueno, es muy amargo —se defendió, y cogiéndola por los costados la alzó hasta las primeras ramas—. Muerda y verá.

Greta hincó repetidas veces los dientes en las hojas, aparentando un cómico agrado. Satisfecho, la depositó en el suelo, mientras ella se frotaba las costillas. Le contempló, admirada por su corpulencia, y luego adoptó un tono de seriedad.

—Esta mañana he estado leyendo algunas cosas sobre usted —declaró, mirándole de arriba abajo con intensidad.

—Así que me he vuelto famoso.

—Oh, no —repuso ella—, en la enciclopedia. Dice que es usted un *Homo aquati*...

—*Homo aquaticus*, una de las viejas palabras —tocó uno de sus desnudos hombros—, y una de las mejores.

—Eso es —asintió, ensayando la pronunciación—, *Homo aquaticus*. Hace largo tiempo, un hombre llamado Cousteau afirmó que ustedes existirían algún día.

—Cousteau...

—Sí —afirmó Greta, alterando la pronunciación—, Cousteau. ¿Un pariente?

—Murió, y mi apellido se pronuncia del modo en que lo hizo la primera vez.

—No importa. Ahora le mostraré los jardines —dijo cogiéndole el brazo.

Empezó charlando de los distintos arbustos que salían a su paso, pero pronto se dio cuenta de lo poco que dominaba la materia. Él era parco en palabras por naturaleza, de modo que calló y dejó vagar sus pensamientos. Estos se centraron en lo que había leído en la enciclopedia. Por lo visto, las primeras colonias de hombres-pez se habían establecido en el Mediterráneo. Las aguas templadas eran ideales para ellos, y los repentinos temporales que se originaban en el noroeste no se dejaban sentir a veinte metros de profundidad. Las colonias submarinas se dedicaban a la cría de mariscos, cultivaban algas y frutos y cazaban ballenas pequeñas con armas sencillas.

Había leído muy de prisa, pasando velozmente sus ojos sobre las páginas, en sus prisas por correr al encuentro de Gunnar; pero, mujer al fin, recordaba perfectamente algunos detalles acerca de cómo tenían lugar los nacimientos en el fondo del mar. Los niños nacían bajo la presión en la que siempre habrían de vivir, equipados con branquias que les permitían tomar el oxígeno del agua, y sujetos a quimioterapias que les preparaban para la vida adulta.

—Pero ¿por qué viven en los fríos mares del Norte? —inquirió de pronto la joven.

La pregunta era fiel reflejo y consecuencia de sus pensamientos; no obstante, Gunnar pareció comprender su sentido al segundo.

—Porque en los mares templados viven demasiados sujetos de nuestra especie —contestó—. Mi bisabuelo intuyó que las profundidades se estaban poblando demasiado, que la vida se volvería difícil. Por eso nos marchamos.

Orientó su cabeza en dirección al mar, aspirando la brisa, de modo que ofrecía a Greta la visión de su cuello formando pliegues como los de las focas, y añadió:

—En la actualidad, ya no podríamos vivir aquí. Nuestros cuerpos se han modificado y hemos aprendido a amar la caza.

—Pero ha venido a las aguas de esta isla —repuso ella.

—Vine sólo por un corto período de caza. Pronto regresaré.

La conversación fue interrumpida por la curiosa actitud de los jardineros,

que, con los ojos como platos, sorteaban los arbustos para evitar su encuentro. Se hacían señas entre sí. Eran conocedores de los conflictos existentes entre los habitantes de las profundidades y ellos, los pobladores de la superficie. Del mismo modo que los servidores prestaban atención a las conversaciones políticas de los amos, las jóvenes de buena familia no se interesaban lo más mínimo por ellas.

Los jardineros habían recogido rumores del personal de la mansión de los que se desprendía que el Gobierno mundial, con sede en Nueva Kiev, en el Báltico, exigía a los estados subacuáticos independientes el pago de impuestos más elevados, en la forma de algas, de las que se extraían proteínas, uno de los alimentos básicos de la humanidad. Los parientes de algunos de los criados habían servido en flotas de pequeños botes provistos de aparejos aptos para la extracción de algas y mariscos del fondo marino. Dichas flotillas eran enviadas en misiones de castigo y su labor entrañaba serios peligros. Los hombres acuáticos se valían de las aguas para propinar violentos embates a las embarcaciones y volcarlas; cortaban los cables de los aparejos y ataban a sus extremos mensajes en los que hacían objeto de burla a los atacantes.

El escaso fruto que lograban obtener de las profundidades estaba en malas condiciones o en período de crecimiento.

Los criados no sentían odio por los pobladores del lecho marino, sino que más bien les temían, del mismo modo que temían a las tormentas y furias de la naturaleza. Ellos no les respetaban como sus amos. Los hombres-pep eran accidentes de la Naturaleza con los que no había que tratar, salvo en las ocasiones en que tenían lugar sesiones de magia, prácticas que de nuevo habían proliferado a los pocos años de finalizada la Guerra de los Dos Meses.

Gunnar sospechaba lo que aquellas gentes pensaban, pero ese aspecto del problema no le afectaba. Después de todo, su estado no producía lo bastante como para verse implicado en disputas de índole económica. Miró a Greta, sorprendida aún por la rápida y ostensible desaparición de los jardineros.

—Ha pasado mucho tiempo desde que adoptamos nuevamente el mar como medio en el que vivir —explicó, volviendo a tocar su hombro, pues sabía que estos contactos físicos la tranquilizaban—, y ya no nos recordáis.

Somos extraños para vosotros.

Inmediatamente después de sentir en su hombro la mano de Gunnar, Greta apoyó su cuerpo en el de él, al tiempo que efectuaba una serie de movimientos ondulantes con caderas y tronco. Gunnar no concedió importancia alguna a aquella insinuación.

Greta se sumió en el silencio, apartándose de él. No había hecho más que poner en práctica las enseñanzas recibidas de sus preceptoras en el gimnasio. La habían instruido, cuando muy joven, para las placenteras obligaciones de la vida adulta. Se sabía experta y le molestó la completa indiferencia de Gunnar. Abrigaba la idea de que las mujeres-pezu eran más expertas; pero ante aquella reacción abandonó este pensamiento como falso y carente de base. Sus maestros, así como Abuwolowo, le habían asegurado que estaba perfectamente adiestrada para el arte amatorio.

Hadji Abuwolowo Smyth les contemplaba desde una terraza suspendida que se proyectaba, como un dedo, sobre los jardines.

«La chica está coqueteando con el pez —se dijo—. No es más que la novedad.»

Abuwolowo recordó las largas horas de danza que habían constituido parte de su entrenamiento, las grandes fábricas que sus padres dirigían, y los deseos del cuñado de Greta de encontrar nuevos mercados para su maquinaria pesada. Llegó a la conclusión de que no tenía por qué preocuparse, y entró en la casa para someterse al masaje que le prepararía para la lucha de antes del almuerzo.

Cada día, todos los jóvenes, excepto Rolf, luchaban para distracción de los invitados. Su lucha era una combinación de estilos; jiu-jitsu asociado a las menos peligrosas llaves de grecorromana. Todos ellos rebosaban energía, tenían poco que hacer y dejaban transcurrir el tiempo en espera del día en que asumirían cargos directivos en las fábricas automáticas controladas por sus padres.

Gunnar y Greta reaparecieron por la senda arbolada poco antes de que dieran comienzo las luchas. Gunnar parpadeó y volvió su cabeza al sentir el calor del sol sobre su piel quemada. Se detuvo. Greta notó aceite bajo su mano. Los poros de la piel de Gunnar se abrieron y una fina capa de

transparente aceite cubrió su cuerpo. Efectuó una serie de curiosas inspiraciones peristálticas, a cada una de las cuales fluía nuevo aceite protector de su piel.

—Ahora podemos continuar, pero antes cuéntame qué están haciendo allí —dijo.

—Están luchando —respondió ella con sequedad, un tanto molesta por su anterior frialdad y distraída por la lucha.

Llegaron a tiempo de presenciar el final de la primera pelea, que se resolvió con la fácil victoria de Hadji Abuwolowo. Derribó a su oponente con un golpe de cadera y, saltando sobre él, lo inmovilizó. Saludó a Greta con la sonrisa del triunfo en el rostro.

—Y tú, pez, ¿no luchas? —inquirió, burlón.

—No contigo —contestó cortésmente Gunnar, queriendo dar a entender que no pretendía enfrentarse con alguien tan diestro, teniendo en cuenta su poco entrenamiento en aquel tipo de lucha.

—No soy un oponente lo bastante digno para ti, por lo visto — Abuwolowo optó por dar una torcida interpretación a las palabras de Gunnar —. ¿O es que tienes miedo?

Gunnar sintió la pequeña mano de Greta en la espalda. Avanzó hacia el espacio enarenado, dirigiéndose, amenazador, a Abuwolowo.

El nigeriano sintió un amago de arrepentimiento por la impetuosidad con que había lanzado el desafío, pero sólo duró un segundo. Dio un salto con el que pretendió alcanzar con sus manos la cabeza de Gunnar. El salto fue perfecto, pero su intento de agarrar la cabeza del hombre-pezu no tuvo el mismo éxito: no había donde agarrarse, ya que las orejas de Gunnar eran en extremo pequeñas y se hallaban profundamente insertadas en el cráneo. Tenía sólo vestigios de pabellón, y los canales auditivos estaban cubiertos por membranas. Por otra parte, su piel era resbaladiza debido al aceite.

Al fallar el intento, Abuwolowo cayó de espaldas sobre la arena, donde permaneció, desmadejado, por espacio de breves segundos, sintiendo sobre sí el peso del ridículo fracaso. Furioso, se incorporó y saltó de nuevo hacia Gunnar, cruzando el aire con las piernas dobladas. En el preciso instante en que, a través de las súbitamente distendidas piernas, se disponía a descargar

todo el peso de su cuerpo sobre su adversario, Gunnar dobló el cuerpo con la flexibilidad de una anguila. Abuwolowo aterrizó en el suelo, deslizándose un buen trecho por encima de la arena, debido al impulso que llevaba, y despellejándose las manos. Alzó los ojos y su mirada tropezó con la espalda del hombre-pezu, quien ni siquiera había movido los pies. Era demasiado para él, pero sus ansias de matar superaban a su prudencia. Se levantó de nuevo, corrió con cortos pasos de cazador, sigilosamente, hacia la espalda de Gunnar, y describió un rápido movimiento circular con los brazos, aplicando toda la fuerza de sus poderosos músculos. El canto de su mano rebotó tras golpear con fuerza la nuca de Gunnar, pero, satisfecho, vio que éste se tambaleaba.

—Has olvidado la ética del luchador, Hadji —dijo Gunnar amenazadoramente, como no lo había hecho antes.

Abuwolowo avanzó, con cautela, medio paso, pero fue violentamente lanzado hacia atrás por un manotazo que no tuvo tiempo de evitar. Cuando se recuperó, vio que Gunnar seguía en pie, inmóvil como una roca, expectante. Era demasiado tarde para volverse atrás y, aun sin esperanzas, cargó contra él.

Los largos y flexibles brazos de Gunnar, tan gruesos en las muñecas como en los hombros, se extendieron para estrecharle en un abrazo que no pudo eludir, a pesar de que no parecían moverse con rapidez. Por un momento, el hombre-pezu le mantuvo sujeto contra sí, con expresión extrañamente compasiva, tras lo cual le lanzó de súbito al aire. Abuwolowo se elevó, sintió que flotaba por un largo momento y cayó. Luego se hizo de noche en su mente.

Hauptman-Everetsky corrió hacia Abuwolowo, pero Gunnar estaba ya arrodillado a su lado, retorciéndole entre sus brazos.

—¡Guardias! —gritó Everetsky, al tiempo que se arrojaba con furia sobre el hombre-pezu.

—¡Quieto! —la voz de Gunnar sonó como una orden, debido quizá a lo profundo del tono, o a la seguridad que le confería su destreza—. Se pondrá bien; se lastimó la espalda, pero se la he arreglado.

Estas últimas palabras fueron las que dieron al traste con el código de

hospitalidad de Everetsky. Le sonaron igual que las proferidas por cualquier técnico al reparar un juguete mecánico.

Murmuró algo entre dientes, entornando los rasgados ojos, con lo que acentuó más su ascendencia mongólica. A pesar de todo, Gunnar consiguió que se dominara. Su primer pensamiento fue hacer retroceder a los guardianes.

—¡Atrás! ¡Quietos!

La voz de Everetsky estaba alterada, pero su tono fue el apropiado para hacer obedecer a los mastines. Los perros, con los collares metálicos brillando al sol, retrocedieron y se sentaron al pie del muro, semejando estatuas de nuevo.

—Señor —le dijo a Gunnar, recuperado ya el control—, ha herido usted a uno de mis invitados. Podría pasarlo por alto, pero estoy seguro de que se repetiría. Existe verdadero antagonismo entre los dos —hizo una pausa y prosiguió—: Debo ser sincero: tampoco yo simpatizo con los de su especie. Le ruego que se marche; si se siente insultado, le ofrezco la oportunidad de desagraviarse.

—Es usted valiente —contestó Gunnar, abriendo la boca y mostrando súbitamente los dientes— y con los huesos bien cubiertos de carne también; bastarían sus despojos para justificar la lucha, pero nuestro proceder es distinto. No puedo pedirle que mida sus fuerzas con las mías.

Mostró de nuevo sus dientes a Everetsky, separando los labios de tal forma que dejó al descubierto la verdadera magnitud de su boca. Las comisuras estaban, de hecho, situadas junto a la nuca, y dejaban colgando la mandíbula.

—Debería preguntárselo dentro del agua, y entonces —inquirió con frío humor, que sólo a él podía divertir—, ¿qué probabilidades tendría usted?

—Gracias —contestó Everetsky sin disimular su desdén—. No quisiera tener que preguntarle de nuevo cuándo piensa abandonar esta casa.

—Confío en que se me conceda la gracia de poder aguardar hasta la noche; cuando la marea suba, partiré.

Everetsky asintió, y el hombre-pep, dándole la espalda, emprendió el camino de la playa, con tanta seguridad como si lo hubiera recorrido muchas

veces en otro tiempo.

Ya junto a la orilla, Gunnar estudió las aguas, en espera de ver los signos que anuncian la pleamar: algas que dentro de poco serían arrojadas a la arena, desechos marinos esparcidos a lo largo de la costa; burbujas, mariscos y peces muertos serían pronto empujados por las olas, cada vez más grandes, señalando los límites entre sus dominios y los de Everetsky.

—Bobo —dijo—, no comprende nada.

Calló y, aplicando la palma de una mano sobre la arena, percibió las vibraciones de unos pasos que se aproximaban.

Aparecieron dos criados cargados con su traje de buceo. Tras ellos venían dos más y una de las ayudantes de cocina. Depositaron el traje a sus pies, a una distancia que, creyeron, estaba fuera del radio de acción de sus brazos. Luego retrocedieron y, parados, esperaron a los demás para regresar a la casa. Permanecieron en guardia, mirándole, hasta que la mujer y sus compañeros llegaron a su altura.

—Te saludo —dijo Gunnar a la mujer, que se había detenido ante él separando las piernas para mantener en equilibrio el peso de un cuerpo engrosado por años de acarrear grandes jarras de agua, montaña arriba, por empinados escalones tallados en la roca.

—Saludos —respondió ella en un dialecto griego, tan adulterado como las inscripciones que aparecían en las viejas monedas de la antigua Escitia. Tan sólo ella le miró con ecuanimidad.

—Habla —apremió Gunnar, al tiempo que sus ojos, moviéndose independientemente, abarcaban un panorama semicircular de la playa y sus alrededores. Sabía lo que sucedería a continuación, pues era la tercera vez que intervenía en aquel rito.

La mujer se aproximó a él, con el brazo izquierdo extendido y señalando su cara con el dedo índice. Cuando éste tocó la cerrada boca de Gunnar, su gruesa y pesada figura se transformó y el temor del Ática la ayudó a seguir hasta el fin.

Gunnar, obediente, abrió la boca, y de una dentellada seccionó el extremo del dedo. El nauseabundo sabor de la sangre caliente y de la sucia uña llenó su boca; no obstante, se lo tragó inmediatamente y dijo:

—He aceptado. Habla.

La mujer no pudo resistir la tentación de volverse y mirar, con aire de triunfo, a su alrededor. Gunnar pensó: «Pobres diablos; ahora es una bruja con todos los atributos, deforme, y a la que tendrán que obedecer en todo. Deberá imponer su autoridad a los demás. Dar órdenes será su modo de hablar habitual de ahora en adelante. Con un simple gesto de su mutilada mano podrá conseguir que un hombre se acueste con ella, o que una doncella lo haga con aquél. Pero lo más interesante es que unirá a todos los servidores, formando un sólido bloque. Será un importante grupo que responderá a los requerimientos de los pobladores del lecho marino en el momento propicio.»

Sabía muy bien que los herederos y propietarios de la tierra comprendían perfectamente su mundo a través de los planos, pero no eran capaces de hallar las palancas, válvulas y sencillos mecanismos con que poder manejarlo.

—¿Fuiste sincero al prometer que comerías a nuestro amo, Gran Pez?

Gunnar dio la respuesta obligada en aquel caso:

—Recibimos vuestras plegarias.

—Demonio de Poseidón, nuestra gente será salvada —repuso la mujer. También ella estaba familiarizada con el ritual.

—No soy demonio, sino sólo un servidor —se alzó y, tras un nuevo amago de dentellada, como el que intimidara a Everetsky, dijo—: Poseidón necesita más siervos amantes del mar.

—Aceptaremos serlo —contestó la mujer.

Gunnar arrancó de una dentellada un bocado de grasa de su antebrazo y lo escupió en el hueco de las ávidas manos de la mujer, que lo besó en seguida, como parte del ritual, y luego lo guardó entre los sucios pliegues de su ropa.

—Cuando me lo ordenéis, volveré —aseguró la mujer, emprendiendo el regreso.

Gunnar sentía vergüenza de sí mismo, pero no por las amenazas dirigidas a su anfitrión y sus consecuencias. Había planeado y previsto toda aquella serie de acontecimientos. No era la primera vez que interpretaba aquel papel; lo había hecho muchas veces con anterioridad. Su gente no podía pensar en hacer la guerra contra los pobladores de la superficie si tenía que resolverse a

base de cifras y equipo. Las ciudades submarinas eran muy vulnerables; el más simple de los torpedos teledirigidos podía destruir multitud de edificios, y las sanciones económicas desbaratarían muy pronto las vidas de los granjeros que cultivaban el lecho marino, así como las de los ciudadanos.

No se avergonzaba de la táctica empleada, sino de la repugnante cobardía con la que le sorprendió. Se le revolvía el estómago de pensar en el sabor de la especie humana. Ciertamente, su alimentación era pesada, con abundancia de almidón y oscuras carnes cocidas. Semejante dieta daba a su propia carne un sabor desagradable, extraño, no muy distinto, sin embargo, al que tenía la de los enemigos que mató en los días de lucha de su territorio.

Detuvo el curso de sus pensamientos y estudió el mar con creciente interés. Se preguntaba si aquellas preocupaciones no iban a perjudicarlo. Le convenía relajarse, pero persistía aquella extraña sensación de desorden en su mente. Respiraba tragando aire a grandes bocanadas y reteniéndolo hasta que su pecho y diafragma lo expulsaban con un fuerte soplido. Lentamente dejó escapar el aire por la nariz; un atento observador habría notado su cambio de postura: todo su cuerpo estaba laxo, las piernas abiertas sobre la arena, su cabeza caída; sólo los ojos parecían tener vida, girando en las órbitas y escudriñando la superficie de las aguas.

Era una mirada que había sido objeto de investigación a mediados del siglo XX, cuando se estudió el sistema nervioso de la rana. Existían unos circuitos interconectados a los nervios ópticos que discurrían a través del cerebro y conducían los estímulos luminosos ya ordenados a los músculos oculares. Tan sólo los movimientos significativos de la superficie del mar tenían entrada en su cerebro.

Tras dedicar unos segundos a esta actividad, sus piernas se encogieron con brusquedad, se le cerraron los párpados y sus ojos parecieron hundirse en el cráneo. Alzó las rodillas y, así sentado, como un chiquillo, dejó que una amplia sonrisa se adueñara de su rostro.

«Hauptman-Everetsky fue un loco», pensó, mientras se levantaba para dirigirse hacia las olas. Sus últimos pensamientos antes de sumergirse en el agua estuvieron dedicados al hambre que sentía y al propósito de volver más tarde a la playa, para comprobar si lo que pensaba acerca de Greta era cierto.

Se dejó arrastrar más allá de los escollos hasta encontrar una corriente que le llevó por entre las rocas. Para aminorar su velocidad hundía los talones en el fondo arenoso, tocando aquí y allá, como haría un jugador de polo al guiar a su caballo.

Cuando divisó la batisfera descansando en el fondo, entre las negras aguas, comprendió que era obra de Everetsky. Lamentó no haberse calzado los pies de pato, pero no dejó que aquello le preocupara demasiado. De todos modos, pensó que no podía contener más de tres hombres, y nadó hacia la escotilla.

Los tres guardias le vieron en el preciso instante en que entró en el área iluminada por la batisfera. Tan pronto salió el primero de los hombres por la escotilla, Gunnar se abalanzó sobre él agarrándole por la nuca. Los ocupantes de la batisfera ya habían previsto la posibilidad de utilizar a uno de ellos como cebo, para distraer así la atención del hombre-pepe y poder los restantes apresarle con más facilidad. Sin embargo, no habían contado con la simplicidad de la táctica de Gunnar. Cogió al hombre como si de un gato se tratara y le arrancó el tubo conductor de oxígeno de la mascarilla; apuntó su cuerpo hacia el fondo, y de un manotazo en las nalgas lo mandó a las profundidades, mientras el infeliz agitaba las piernas inútilmente.

El segundo hombre intentó acabar con Gunnar disparando su fusil. El hombre-pepe, furioso al ver su torpeza, nadó para interceptar el arpón. Justo cuando pasaba por encima de su hombro, lo atrapó y, acto seguido, lo arrojó contra el tirador. El arpón se hundió profundamente en el plexo solar del hombre, cuyo cuerpo quedó a merced de la corriente. Gunnar lo desvió de su trayectoria dando un violento tirón a su brazo, sin pararse a contemplar sus agonizantes contorsiones.

El último miembro de la partida de asesinos mandada por Everetsky rehuyó el combate. Gunnar le mostró su sonriente cara al pasar junto a una portañola iluminada, mientras se dirigía a la parte superior de la esfera. Cogió la argolla del cable en sus manos, al tiempo que, con las piernas, daba un violento empujón a la esfera, haciéndola volcar sobre el lado en que se encontraba la escotilla. Con otro empujón, se aseguró de que la abertura había quedado obstruida por el fondo arenoso del mar.

Gunnar contempló su trabajo por unos momentos, antes de nadar hacia el último superviviente, que se retorció en el fondo, con las piernas dobladas sobre el estómago. Era inútil que luchara, pensó al sentirse arrastrado. Una cara redonda, suspendida escasos centímetros por encima de su mascarilla, estudiaba, paciente, sus últimas reacciones.

La playa estaba desierta cuando Greta pudo escapar, por fin, de la casa e ir en busca del hombre-pezu. Exasperada, levantó una pequeña nube de arena de un puntapié. Habría marchado de no haber visto un movimiento en la superficie del agua, más allá del rompeolas. Segundos después vio a Gunnar vadeando hacia la playa. Este se encorvó para coger un puñado de arena con el que frotó su boca. A medida que se aproximaba, Greta observó que limpiaba, con el extremo de la lengua, los intersticios dentales.

—Hola —saludó, sin encontrar más que decir por el momento; se arrebuñó dentro de la larga capa.

—Hola —respondió Gunnar, percibiendo su temblor—. Ven, no estás acostumbrada al aire de la noche —observó, conduciéndola al abrigo del farallón—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Greta no lo sabía, excepto que se sentía atraída hacia él. Era el primer hombre, que ella recordara, capaz de sentir cualquier sentimiento, excepto amor.

—Bien —dijo—, abatiste a Abuwolowo con tanta facilidad...

—En las justas del amor... —contestó en velada declaración; pensó que era mejor dejar la frase en suspenso.

Greta, sorprendida, le ofreció su mejor sonrisa.

—Pude haber convencido a mi cuñado para que dejara que siguieras con nosotros. Me debe algún favor.

Gunnar le habría referido el asunto que acababa de despachar en el mar, pero aquella extraña repugnancia le sorprendió de nuevo.

—En realidad, no hubiese aceptado mi presencia por más tiempo —dijo, pero incluso él, no estando acostumbrado a esta clase de sentimientos, notó el vacilante tono de su propia voz.

—Pero si lo único que de veras le preocupa es la diversión de sus invitados —explicó Greta, riendo maliciosamente, como si recordara algún chiste—. Y empiezan a aburrirse. Mucho —aseveró con seguridad.

—También yo acabaría resultando aburrido muy pronto, mi pequeña Greta —alborotó sus cabellos con aquellas fuertes manos.

Greta se acercó más a él.

—No podrías aburrirme nunca. Nunca —dijo alzando su rostro hacia él.

El hombre-pepe vio la suave curva de su garganta, delgada, pero con la redondez de la adolescencia. Las rígidas normas por las que se regía su mente le ordenaban destruir a aquella mujer, incipiente creadora de nuevos seres.

«No; puedo hacer algo mejor», explicó a los ancianos de su pueblo, allá en las profundidades, en mudo diálogo telepático.

Greta se cansaba de esperar un abrazo que no llegaba. Cambió de postura, irritada.

—¿Y bien?

—Debo volver con los míos —repuso Gunnar—. He estado demasiado tiempo ausente.

—¿Debes reunirte con tu mujer?

—Soy demasiado joven para nadar en las mareas del amor.

El significado de la metáfora escapó a Greta, quien la tomó como un cumplido. Creía haber obtenido una pequeña victoria.

—¿Volverás cuando estés preparado?

Gunnar descubrió entonces el origen de su debilidad. De algún modo ella le había enseñado a encontrar el significado, tras simples palabras. Sonrió.

—Desde luego. ¿Dónde podría ir si no?

Greta olvidó toda su laboriosa preparación: la sofisticación que le habían enseñado sus preceptoras. Radiante, rodeó con sus brazos la cintura de Gunnar, apoyando la cabeza en su pecho.

—Gracias —exclamó, aceptando el cumplido con coquetería.

—No debes darme las gracias —contestó, conteniendo la risa—. Pero puedes hacerme un favor.

Antes de continuar, estudió las aguas. Decidió que debía irse ahora.

—Es muy sencillo. No olvides decir esto a tu cuñado: *La guerra se*

*librará en lugares en los que ni siquiera ha pensado.*

—¿Sí? —exclamó Greta, azorada.

—Eso es todo.

Gunnar acarició con delicadeza sus cabellos y se sentó. Se ajustó el traje de buceo y se calzó los pies de pato. Cuando tuvo puesta la cubierta de caucho que protegía su cabeza, se levantó y avanzó hacia las rompientes, hasta desaparecer en el mar.

Más tarde, aquella misma noche, el hombre-pezu habló con las marsopas, cazó un grupo de peces plateados a la luz de la Luna, y luego se dejó arrastrar por la vertiginosa corriente de un torbellino, que le llevaría a su territorio.

Greta transmitió a Hauptman-Everetsky el críptico mensaje. No hizo mucho caso de él, olvidando más y más a Gunnar, con el paso de los años. Cuando lo recordó, era ya demasiado tarde. Los seres que surgieron de las olas recibieron el saludo y la bienvenida de todos los servidores.

Con ellos revolucionados, la isla quedó sin defensas, y la nostalgia era un débil escudo.

La guerra se había librado. Ni Greta ni su cuñado se dieron cuenta de ello. En los túneles subterráneos, los rotos cabos de los cables de alta tensión emitían impotentes chispazos; el agua escapaba a raudales por las rotas conducciones. Timbres y voces con tono autoritario no conseguían apartar a los criados de sus himnos de bienvenida.

Únicamente los muebles, siempre fieles, miraban con oscuros y ciegos ojos la llegada del pez, que acudía, fiel a su promesa, a tomar parte en el juego de Greta.

# TENGO UN TIGRE EN CASA

Kit Reed

*El lector asiduo (¡ha de haber al menos uno!) de esta serie difícilmente habrá olvidado un estremecedor relato de la señora Reed, La parra, publicado en nuestra segunda selección. Los que, por el contrario, no hayan leído La parra, probablemente sientan deseos de hacerlo tras sentir la fascinación de este tigre automático, capaz de transformar por completo la vida de un hombre gris y mediocre.*

*A señalar que el relato es bastante anterior al antiguo slogan «ponga un tigre en su motor».*

Compró el juguete para su primo segundo Randolph, un muchacho de huesudas rodillas, tan rico que, a sus trece años, todavía vestía pantalón corto. Nacido pobre, Benedict no tenía esperanza alguna de heredar el dinero de su tío James. En cualquier caso, gastó demasiado en el juguete.

Siempre se sintió sobrecogido por la transparente y dura mirada de su tío, en anteriores visitas de fin de semana; empequeñecía en aquellos lóbregos salones de paredes recubiertas de oscura madera. Esta vez no iría a Syosset desarmado. El caro regalo que llevaba para Randolph, nieto del anciano, debiera asegurarle, en cierta medida al menos, el respeto de su tío James. Pero había algo más en todo aquello. Era una extraña sensación que le invadió en el mismo momento en que vio la caja, solitaria y orgullosa, en el oscuro escaparate de la juguetería cercana al río.

Era una caja de mediano tamaño, de color naranja y negro, con las palabras «Tigre real de Bengala» en su parte superior. Según la descripción impresa en la caja, el tigre respondía a las órdenes dadas a través de un pequeño micrófono.

Benedict había visto robots y monstruos parecidos al tigre en los anuncios de televisión durante todo el año. «Poséalo con orgullo», rezaba un letrero. Edward Benedict, apartado de los juguetes más por razones de tipo económico que por inclinación, no tenía ni idea de que aquel tigre costaba diez veces más que cualquier otro de características similares, aunque, de haberlo sabido, probablemente no habría influido en su decisión. Impresionaría al muchacho. Además, el aspecto fiero de los ojos de la ilustración le atrajo como un imán. Le costó el salario de un mes de trabajo y aún le pareció barato. Después de todo, se decía a sí mismo, la piel era

legítima.

Nada deseaba tanto como abrir la caja y acariciar la piel, pero el dependiente le observaba fríamente y abandonó la idea, dejando que lo envolviera y lo atara con un cordel. Luego, le colocó la caja en los brazos, sin darle tiempo de pedir que se la mandaran a casa. La cogió sin chistar (odiaba las escenas). Estuvo pensando en el tigre durante todo el camino de vuelta a casa, en el autobús. Como todo hombre con un juguete, sabía que no resistiría la tentación de abrir el paquete y probarlo.

Sus manos temblaban al dejar el paquete en un rincón de la sala.

—Sólo para ver si anda —musitó—; luego lo envolveré otra vez para Randolph.

Desenvolvió la caja y le dio la vuelta de manera que pudiera ver la ilustración.

No quería precipitarse. Preparó la cena y se puso a comer con la caja frente a él. Después de quitar la mesa se sentó a cierta distancia de ella, estudiando al tigre. A medida que las sombras se adueñaban de la habitación, algo, en el dibujo de la caja, parecía obligarle, conducirlo al borde de algo importante, manteniéndole en suspenso. No podía librarse de esta sensación ni siquiera al pensar que aquel tigre y él no eran más que juguete y hombre, regalo y ofrendador. El tigre del dibujo parecía mirarle con tanta intensidad que, al fin se puso en pie, se dirigió a la caja y cortó el cordel.

Al caer los lados de la caja introdujo las manos en ella. Su primera impresión fue de desencanto; aquello parecía un montón de piel vacía. Era áspera y, por un momento, pensó si los empaquetadores de la fábrica no habrían cometido un error; luego, al tantear con sus dedos, oyó un chasquido y la estructura de acero que la piel cubría se desplegó, haciéndole caer de espaldas, sin respiración, viendo cómo la criatura tomaba forma.

Era un tigre de tamaño natural, hecho con piel auténtica, cuidadosamente adaptada a una estructura de acero tan bien confeccionada que la bestia tenía un aspecto tan real como las que Benedict había visto en el zoológico de la ciudad. Los ojos eran de ámbar, iluminados por detrás por medio de pequeñas bombillas. Rayando en la histeria, Benedict notó que los bigotes estaban hechos de rígido filamento de nailon.

Allí estaba, inmóvil, rodeado de una misteriosa aura de poder, esperando a que él hallara el micrófono y diera la primera orden. En su interior, un mecanismo independiente hacía mover su larga cola, que daba trallazos en el piso.

Atemorizado, Benedict retrocedió hacia el sofá, se sentó y se quedó mirando al tigre. La oscuridad era casi completa en la habitación y, pronto, la única luz fue la emitida, por los ambarinos y fieros ojos del animal. Permanecía en una esquina del cuarto, golpeando el piso con la cola, y contemplándole con amarillenta mirada. Benedict abría y cerraba nerviosamente las manos sobre el sofá; pensaba en sí mismo, allí sentado; en el micrófono que transmitiría sus órdenes, en el tigre, esperando en su rincón y en los trallazos de la cola que inundaban la habitación. Se movió un poco y, al hacerlo, sus pies chocaron con algo. Lo recogió examinándolo. Era el micrófono. Todavía sentado, contemplaba al espléndido animal a la tenue luz emitida por sus ojos. Al fin, en la densa quietud de la noche, casi las primeras horas de la madrugada, sintiéndose extrañamente feliz, llevó el micrófono a sus labios y respiró trémulamente.

El tigre se estremeció.

Edward Benedict se levantó con cuidado. Luego, haciendo acopio de valor, consiguió que su garganta emitiera una orden:

—Camina.

Majestuosamente, el tigre obedeció.

—Siéntate —ordenó; apoyándose, trémulo, contra la puerta, sin creer aún lo que veía.

El tigre se sentó. Incluso en esta posición era tan alto como él. Aun estando en reposo, la satinada piel asentada con suavidad y ligereza sobre el cuerpo denunciaba la existencia de piezas de acero ensambladas en él interior.

Respiró otra vez junto al micrófono, maravillándose al ver que el tigre alzaba una pata y la mantenía, inmóvil, a la altura del pecho, mientras le contemplaba. Era tan real, tan emocionante, que Benedict, exultante, dijo «vamos a dar un paseo», y abrió la puerta. No usó el ascensor, sino que salió por la puerta que daba a la escalera de incendios, situada al fondo del

corredor. Empezaron a bajar por ella, excitado al ver que el tigre le seguía en silencio, deslizándose, como agua, sobre los ennegrecidos peldaños.

—¡Silencio ahora! —Benedict se detuvo tras la puerta que daba a la calle.

El tigre se paró tras él. Salió a la noche; la calle estaba tan solitaria, parecía tan irreal, que supuso serían las tres o las cuatro de la madrugada.

—Sígueme —susurró al tigre, internándose en la oscuridad.

Caminaron por las desiertas calles; el animal iba detrás de Benedict, confundiendo en las sombras cuando parecía que un coche iba a pasar demasiado cerca. Finalmente, llegaron al parque y, después de haber dejado atrás algunas docenas de metros de sendero asfaltado, el tigre comenzó a distender sus patas como un caballo en marcha lenta, incansable, junto a las piernas de Benedict. Este le miró y, con un ramalazo de pena comprendió que una parte de él pertenecía aún a la jungla, que había permanecido demasiado tiempo en la caja y ahora quería correr.

—Vamos, ¡corre! —dijo, compadeciéndose, medio convencido de que no volvería a verlo más.

El felino marchó dando un salto; iba tan veloz que, sin darse cuenta, se vio por encima del pequeño lago artificial del parque. Cruzó por el aire de un tremendo salto y desapareció entre los arbustos de la otra orilla.

Solitario, Benedict se dejó caer sobre un banco jugueteando con el micrófono. Ya no le serviría para nada, estaba seguro. Pensó en el próximo fin de semana, en el que tendría que presentarse en casa de su tío con las manos vacías. «Tenía un juguete para Randolph, tío James, pero desapareció...» Pensó en el dinero que había gastado... Luego, reflexionando, pensó en los momentos que habían pasado juntos en el apartamento, la vida que había cobrado la habitación con su presencia, una vida que nunca tuvo antes... En definitiva, llegó al convencimiento de que no había gastado aquel dinero en vano.

El tigre... Ardía de impaciencia por volver a verlo. Cogió el micrófono. Pero, ¿por qué habría de volver siendo como era ahora libre? ¿Por qué, disponiendo de todo el parque, del mundo entero, para correr? Incluso con esta seguridad, no pudo evitar susurrar la orden:

—Vuelve —pidió fervientemente, y luego—: Por favor.

Por algunos segundos, nada sucedió. Benedict escudriñó las tinieblas en un intento de ver algún movimiento; escuchó esperando oír siquiera un rumor, pero no ocurrió nada, hasta que la gran sombra cayó casi sobre él, saltando por encima del banco. Aterrizó, enorme y silencioso, junto a sus pies.

La voz de Benedict se quebró.

—¡Has vuelto! —exclamó emocionado.

Y, el tigre real de Bengala, emitiendo destellos de ámbar por los ojos, con sus blancos bigotes brillantes en la pálida luz, puso una pata sobre sus rodillas.

—Has vuelto —repitió Benedict y, tras una larga pausa, apoyó una indecisa mano sobre la cabeza del animal—. Creo que será mejor volver a casa —susurró, al darse cuenta de que estaba amaneciendo—. ¡Vamos! —le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de su familiaridad—, ¡«Ben»!

Y emprendió el regreso al hogar, casi corriendo, gozoso de ver al tigre correr tras él con largos y silenciosos saltos.

—Debemos dormir ahora —dijo al tigre cuando llegaron al apartamento. Luego, cuando tuvo a «Ben» instalado, enroscado, con el hocico junto a la cola, en un rincón, telefoneó a la oficina, fingiendo estar enfermo. Alborozado, exhausto, se dejó caer en el sofá, olvidando, por primera vez, que sus zapatos descansaban sobre el mueble. Se durmió en seguida.

Cuando despertó era ya casi la hora de partir hacia Syosset. En el rincón, el tigre estaba tal y como lo dejara, inerte ahora, pero aún misteriosamente vivo, con los ojos resplandecientes y la cola golpeando el suelo de vez en cuando.

—Hola —dijo Benedict con voz queda—. Hola, «Ben» —sonrió cuando el tigre alzó la cabeza, mirándole. Había estado pensando en el modo de doblar al tigre y meterlo en la caja, pero, mientras el animal levantaba la cabeza, con los ojos relucientes, Benedict supo que tendría que llevarle otra cosa a Randolph. Aquél era *su* tigre. Moviéndose orgulloso bajo la ambarina luz, comenzó a preparar su marcha, guardando camisetas y calzoncillos en la maleta, envolviendo su cepillo de dientes y la rasuradora en papel higiénico, metiéndolo luego en uno de los departamentos destinados a los zapatos.

Debo irme, «Ben» —dijo cuando estuvo listo—. Aguárdame. Estaré de vuelta el domingo por la noche.

El tigre pareció mirarle atentamente, con los blancos bigotes brillando intensamente. Benedict imaginó haber herido los sentimientos de «Ben».

—Te diré lo que haremos, «Ben» —le consoló—. Me llevaré el micrófono, y si te necesito te llamaré. Te diré lo que debes hacer: primero vas a Manhattan y cruzas por Triboro Bridge...

Guardó el micrófono junto al pecho, en el bolsillo de la camisa. Por razones difíciles de comprender, aquel pequeño objeto cambiaba enteramente su aspecto.

—¿Para qué quiero un juguete para Randolph? —estaba ensayando algunos valientes discursos que dirigiría a tío James—. Tengo un tigre en casa.

En el tren empujó a varias personas, con tal de poder ocupar un asiento junto a la ventanilla. Más tarde, en lugar de coger un autobús o un taxi que le llevara a casa de su tío, se encontró telefoneando para que mandaran a alguien con el coche a recogerlo a la estación.

Ya en el oscuro estudio de paredes revestidas de madera, estrechó la mano de su tío con tanta energía que alarmó al anciano. Randolph, con las rodillas ásperas y enrojecidas, se apoyó, beligerante, sobre un codo.

—Supongo que no me has traído nada —dijo, adelantando la barbilla con desafío.

Por una milésima de segundo Benedict se sintió desmayar. Luego, el contacto del micrófono junto al pecho, hizo que se acordara.

—Tengo un tigre en casa —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué? —Randolph le empujó, hundiéndole los dedos en las costillas—. Anda, vamos a traerlo.

Con un sordo rugido, Benedict propinó un sopapo en la oreja de Randolph.

Desde aquel momento, Randolph fue un ejemplo de respetuosidad. Resultó muy sencillo en verdad. Benedict jamás lo hubiera imaginado.

Poco antes de partir, aquel domingo por la noche, su tío James colocó en sus manos un fajo de acciones.

—Eres un joven inteligente, Edward —dijo el anciano moviendo la cabeza, como si le costara creerlo—. Un joven inteligente.

Benedict sonrió de oreja a oreja.

—Hasta la vista, tío James. Tengo un tigre en casa.

Casi antes de que la puerta del apartamento se cerrara tras él, tenía ya el micrófono en la mano. Llamó al tigre y éste se echó a sus pies. Benedict se abrazó a su gran cabeza. Luego se levantó y retrocedió unos pasos. El animal parecía mayor, más lustroso y cada uno de sus pelos vibraba con vida propia. Los bigotes de «Ben» parecían de nieve. Benedict también se sentía transformado. Pasó un largo rato frente al espejo, viendo unos cabellos que crepitaban llenos de vida: unas mandíbulas antes pesadas y prominentes y ahora tan ligeras.

Más tarde, caída ya la noche, salieron hacia el parque. Benedict se sentó en un banco para contemplar las evoluciones de su tigre, deleitándole la extraordinaria gracia de sus movimientos. Las correrías de «Ben» no duraron tanto en esta ocasión. No hacía más que volver al banco y apoyar la cabeza en las rodillas de Benedict.

Al despuntar el alba, «Ben» comenzó a correr de nuevo, describiendo amplios saltos a ras de suelo. Giró, de súbito, y marchó hacia el lago, con plena seguridad de saber adónde iba. Lo cruzó con tan limpio y formidable salto que hizo poner en pie a Benedict, gritando de contento.

—¡«Ben»!

El tigre pegó un segundo salto, tan espléndido como el anterior, y regresó junto a él. Cuando «Ben» tocó las rodillas de su amo, esta vez Benedict lanzó su chaqueta por el aire, gritando, y emprendió una loca carrera con el tigre. Fue casi una competición, con Benedict al lado de «Ben». Estaban a punto de cruzar el puente cuando una grácil figura femenina apareció, de pronto, ante ellos, con las manos extendidas ante sí, con visibles muestras de espanto y, a medida que ellos reducían su marcha, echó a correr lanzándoles algo, a la vez que abría la boca para proferir un grito que no llegó a encontrar voz. Algo blando le dio a «Ben» en el hocico; éste agitó la cabeza y retrocedió.

Benedict se inclinó para recogerlo del suelo. Era un portamonedas.

—¡Eh, olvidó usted su...! —exclamó empezando a correr tras ella. Recordó de pronto que debería dar explicaciones por la presencia del tigre. Su voz se apagó y se detuvo, con un encogimiento de hombros, viéndose impotente, hasta que «Ben» le empujó.

—¡Eh, «Ben»...! —exclamó incrédulo—. La hemos asustado.

Se irguió contento y sonriente. «Vamos a ver esto» se dijo. Luego, en lo que pareció un nuevo alarde, abrió el bolso y halló algunos billetes. «Haremos que parezca un robo. Ningún policía creerá su historia del tigre» pensó. Después dejó el bolso abierto en el suelo, donde ella pudiera verlo y, abstraído, se guardó el dinero en el bolsillo, prometiéndose, *in mente*, devolverlo a la mujer algún día.

—Anda, «Ben» —dijo suavemente—. Vamos a casa.

Cansado, Benedict durmió toda la mañana con la cabeza apoyada en el suave lomo del tigre. «Ben» permaneció alerta, con el ámbar de sus ojos siempre brillante; los movimientos de su cola eran el único signo de vida en la habitación.

Despertó pasado el mediodía, alarmado al ver que llegaría con cuatro horas de retraso a la oficina. Sus ojos se cruzaron con los del tigre y rió. «Tengo un tigre.» Se desperezó largamente, bostezando. Tomó con calma el desayuno; luego, tranquilo, se vistió. Al hacerlo encontró las acciones que le entregara su tío el día anterior; las examinó y cayó en la cuenta de que representaban una respetable suma de dinero.

Por algunos días se sintió feliz sin hacer nada, pasando las tardes en el cine y las noches en restaurantes y bares; incluso, en dos ocasiones, fue a las carreras. El resto del tiempo lo pasaba en casa, sentado, contemplando al tigre. Cada día frecuentaba restaurantes de mayor categoría, sorprendido de que los jefes de comedor se inclinaran ante él con deferencia, y de que elegantes mujeres le miraran con interés (todo ello, estaba seguro, por el simple hecho de tener un tigre en casa).

Llegó un día en que se cansó de escoger la comida él solo. Incómodo en su nueva situación, se sentía impulsado a comprobar cuán lejos podía llegar. Había gastado hasta el último céntimo de los beneficios obtenidos con las

acciones de su tío James, y (con cierta sensación de culpabilidad), el dinero tomado del bolso de aquella mujer, en el parque. Empezó a leer la sección de anuncios de *The Times* y, un día, copió una dirección y descolgó el teléfono.

—Deséame suerte, «Ben» —susurró al marchar.

Estuvo de vuelta una hora más tarde, moviendo la cabeza, aún atónito.

—Debiste verme, «Ben». En su vida habían oído hablar de mí y, sin embargo, me pidieron que aceptase el empleo. Los tenía acorralados. Yo era un tigre —se sonrojó con modestia.

Los ojos del tigre parpadearon y se tornaron más brillantes.

Aquel viernes, Benedict trajo a casa el cheque de su primera paga y, por la noche, fue él quien abrió la marcha hacia el parque. Corría hasta que sus ojos se anegaban en lágrimas por efecto del frío viento; corrió con el tigre a su lado la madrugada próxima y todas las que siguieron a aquella y, cada día, se sentía más seguro de sí mismo. «Tengo un tigre en casa», se decía en los momentos difíciles, y ésta sería la clave que le ayudaría a salir airoso de las dificultades. Llevaba siempre el micrófono consigo, como si se tratara de un talismán, seguro como estaba de poder hacer uso de él en todo momento, atrayendo al tigre junto a él. Fue nombrado primer vicepresidente a los pocos días.

Fue progresando en su carrera; se convirtió en un hombre atareado y solvente, pero esto no le hizo olvidar nunca el paseo nocturno con su tigre. Había ocasiones en que, en plena velada, rodeado de gente importante, en cualquier atestado club nocturno, se excusaba para poder llevar el tigre al parque y correr a su lado vistiendo aún el smoking y la impecable camisa blanca, resplandeciente en la noche. Se tornó engreído, poderoso, pero permaneció fiel.

Hasta el día en que llevó a cabo su mayor negocio. Su superior le envió a comer con Quincy, el más importante cliente de la compañía, con instrucciones bien definidas: venderle dieciséis gruesas.

—Quincy —dijo Benedict—, usted necesita veinte gruesas.

Estaban sentados en un sofá cuyo tapizado imitaba la piel de tigre, en un restaurante de los caros. Quincy, un colérico hombretón, le habría aterrorizado un mes antes.

—¿Está usted muy seguro! —bufó Quincy—. ¿Qué demonios le hace pensar que quiero veinte gruesas?

Por un segundo, Benedict sintió que le abandonaba el aplomo. Luego, aquella tapicería atigrada hizo sonar en él la cuerda de la inspiración y se lanzó.

—Desde luego, usted no *quiere* veinte gruesas —gruñó—: las *necesita*.

Quincy compró treinta gruesas. Benedict fue ascendido a director general.

Un nuevo título que no pesaba mucho sobre sus hombros. Se concedió el resto de la tarde. Se dirigía a la puerta, silencioso como un gato, cuando le detuvo un rumor inesperado, un roce de seda.

—¿Madeline? —exclamó interrogante.

Vistiendo un sedoso y oscuro vestido, la secretaria, inaccesible hasta aquel día, estaba ahora a su lado. Intentaba decirle algo, insinuante.

Benedict se dejó llevar por el impulso.

—Vendrás a cenar conmigo esta noche, Madeline.

Su voz era acariciante.

—Tengo una cita, Eddy. Mi rico tío de Cambridge está en la ciudad.

Benedict gruñó:

—¿El... ah... tío que te regaló esa piel de visón? Ya le he visto. Es demasiado gordo —dijo, y añadió con un gruñido que anuló la resistencia de Madeline: vendré por ti a las ocho.

—Pero, Eddy..., está bien —le miró a través de unas espesas pestañas—, pero debo advertirte que no soy una chica fácil de contentar.

—Harás la cena, claro, y luego daremos una vuelta por la ciudad —se dio unas palmaditas en el bolsillo que contenía la billetera, dando luego un suave pellizco a su oreja.

Aquella noche, mientras revolvía en el cajón de los calcetines, su mano tropezó con algo duro. Era el micrófono. Por una u otra razón, había olvidado cogerlo aquella mañana. Debió de caerle entre los calcetines al vestirse y había ido sin él todo el día. Lo cogió con alivio y se dispuso a deslizarlo en el bolsillo del smoking. Pero no llegó a hacerlo. Cuidadosamente, lo dejó en el cajón, cerrándolo. Ya no lo necesitaba. Él era el tigre ahora.

Aquella noche, todavía alegre, bajo el efecto de la bebida, del cálido son

de la música y del acompasado respirar de Madeline junto a su oído, se acostó sin desnudarse y no despertó hasta clarear la mañana. Cuando empezó a andar por el cuarto, descalzo, vio a «Ben» en el rincón, con la mirada triste. Olvidó llevarle al parque.

—Lo siento, viejo amigo —se excusó al marchar a la oficina, dándole unas palmaditas.

Y al día siguiente, «estoy muy ocupado», una rápida caricia y «voy a llevar a Madeline de compras».

A medida que los días pasaban y Benedict veía más a la joven, olvidó darle a «Ben» satisfacciones por sus descuidos. El tigre quedó allí, en su rincón, sin vida, viéndole ir y venir, con la mirada cargada de reproches.

Benedict le compró a Madeline un «Oleg Cassini».

En el rincón de la sala de estar, una fina capa de polvo empezaba a cubrir la piel de «Ben».

Benedict compró a Madeline un brazalete de diamantes.

En el rincón, una colonia de polillas se estableció en la piel de «Ben».

Benedict y Madeline pasaron una semana en Nassau. De regreso, cruzaron ante el establecimiento de un vendedor de coches y Benedict compró un «Jaguar» a Madeline.

El sistema de fijación de los enhiestos y brillantes bigotes de «Ben», comenzó a ceder. Ahora estaban flácidos, y algunos pelos habían caído ya.

En el taxi que le traía a casa desde el apartamento de Madeline, Benedict examinó su talonario de cheques por primera vez en muchos días. El viaje y el primer pago del coche habían reducido casi a cero su cuenta corriente. Y al día siguiente vencía uno de los pagos de la pulsera. Pero ¿qué importaba? Se encogió de hombros. Era un hombre importante.

Ya en la puerta de su domicilio, extendió un cheque al taxista por el importe de la carrera, añadiendo cinco dólares como propina. Luego subió a su apartamento deteniéndose un momento ante el espejo para admirar su bronceado semblante. Después, se acostó.

Despertó a las tres en punto de la madrugada. Se sentía oprimido por las sombras, intranquilo, por primera vez. A la fría luz de la lámpara de la mesita de noche, revisó su cuenta corriente otra vez. Le quedaba mucho menos

dinero del que pensaba. Tendría que ir al Banco, hacer un depósito con el que cubrir el cheque que le diera al taxista, o el que extendiera por el primer pago del «Jaguar» no podría hacerse efectivo. Pero, no. Había entregado un cheque por el último plazo del brazalete, y ya debían de haberlo cobrado. Estaba sin fondos...

Tenía que conseguir dinero. Sentado en la cama, meditaba. Recordaba a la mujer que habían asustado en el parque, él y «Ben», el primer día, y el dinero que encontró en el bolso. Se le ocurrió que podía conseguir el dinero que necesitaba en el parque. Recordó el pánico de la mujer, su huida. En su mente, aquello tomaba la forma de un arriesgado robo. ¿No había, acaso, gastado el dinero? Cuanto más pensaba en ello, más decidido estaba a intentarlo de nuevo, olvidando que en aquella ocasión le había acompañado el tigre, y, también, mientras se ponía un jersey a rayas y anudaba un pañuelo a su garganta, que él no era el tigre. Salió sin ver siquiera a «Ben» en su rincón. Corrió al parque, decidido.

Reinaba aún la oscuridad; caminaba ligero, silenciosamente, por los senderos, sintiendo crecer sus fuerzas a medida que avanzaba. Una vaga figura apareció, caminando hacia él (su presa), y gruñó un poco, pero rompió a reír, quedamente, al reconocer a la mujer —la misma pobre mujer asustada por un tigre—; gruñó de nuevo, corriendo hacia ella. «La asustaré otra vez», pensó.

—¡Eh! —gritó la mujer al abalanzarse Benedict sobre ella. Se detuvo en seco, casi perdiendo el equilibrio al ver que no retrocedía asustada; permaneció quieta, con los pies algo separados, balanceando el bolso.

Al verlo, la rodeó e intentó abalanzarse de nuevo.

—¡Démelo! —ordenó.

—¿Perdón? —repuso ella fríamente, sorprendida al intentar Benedict, gruñendo, una nueva acometida—. ¿Qué es lo que le pasa?

—El bolso —dijo amenazador, con el cabello erizado.

—Oh, el bolso —alzó el bolso y lo dejó caer con violencia sobre su cabeza.

Retrocedió, sobresaltado, y antes de que pudiera rehacerse, la mujer se dirigió hacia la salida del parque, riendo despreciativamente.

Había ya demasiada luz para buscar otra víctima. Se quitó el jersey y salió del parque en mangas de camisa, caminando lentamente, dándole vueltas en su mente a su fallido intento de robo. Meditando aún, entró en un café para desayunar. Preocupado, lo hizo sin darse ni cuenta. La cosa no había funcionado bien, decidió al fin, arreglándose el nudo de la corbata. Aquella mañana fue a la oficina demasiado pronto.

—Me han llamado desde el establecimiento donde compraste el «Jaguar» —declaró Madeline al llegar, una hora más tarde—. No han podido cobrar el cheque que les diste.

—¿No? —algo en sus ojos le hizo desistir de hacer algún comentario—. ¡Oh! —dijo con suavidad—, ya me ocuparé de ello.

—Será mejor que lo hagas —contestó ella. Sus ojos eran fríos.

En condiciones normales, habría aprovechado la circunstancia de encontrarse solo con ella para darle un pequeño mordisco en el cuello, pero aquella mañana parecía tan distante... Pensó que la razón estaría en no haberse afeitado. Volvió, pues, a su despacho, donde revisó, cejijunto, varias columnas de cifras en su agenda.

—Esto no marcha —murmuró—. Necesito un aumento.

El nombre del director era John Gilfoyle (mister Gilfoyle o señor, para la mayoría de empleados); Benedict pronto aprendió que el uso de iniciales le confundía, y empleaba este conocimiento en su provecho.

Quizá se había levantado con el pie izquierdo aquel día, o puede que fuera el ir sin chaqueta. Estaba desorientado. El caso es que Gilfoyle ni siquiera parpadeó.

—Hoy no tengo tiempo para eso —casi ladró.

—No parece comprenderlo —Benedict hinchó el pecho y caminó por la alfombra hacia el escritorio, con suavidad, notando, al hacerlo, con gran disgusto, que sus zapatos estaban enlodados de resultas de sus correrías por el parque. Pero era aún el tigre—. Quiero más dinero.

—Hoy no, Benedict.

—Podría conseguir el doble en cualquier otra parte —alardeó Benedict, displicente como siempre; pero, en aquella ocasión, parecía existir algún error en su actitud. Quizá estaba un poco ronco de caminar bajo el húmedo y frío

aire de la noche.

El caso es que Gilfoyle, en lugar de acceder a su petición como siempre hacía, dijo:

—No parece muy hábil esta mañana, Benedict. No como debe serlo un hombre de la Compañía.

—En Welchel Works me ofrecieron... —estaba diciendo en aquellos momentos.

—¿Por qué no se larga entonces con los de la Welchel Works? —gritó Gilfoyle, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Me necesita —contestó Benedict. Su expresión era decidida, como siempre; pero su fracaso en el parque le había afectado más de lo que suponía. Debía de estar haciéndolo todo al revés.

—No le necesito —ladró Gilfoyle—, y salga de aquí antes de que decida que ni siquiera deseo que siga aquí.

—Usted... —empezó Benedict.

—¡Fuera!

—Sí, señor. —Completamente abatido, salió del despacho.

En el pasillo tropezó con Madeline.

—¿Qué hay del pago? —empezó ella.

—Me ocuparé de ello. Si pudiéramos vernos...

—Esta noche, no —parecía notar un cambio en él—. Estaré ocupada.

Benedict estaba demasiado aturdido para protestar.

De nuevo en su despacho, repasó una y otra vez las cifras de su agenda. Era la hora de comer y seguía en su silla, ausente, acariciando el pisapapeles (una esfera de cristal, a rayas atigradas, comprado en tiempos mejores). Al tenerlo en sus manos pensó en «Ben». Por primera vez en varias semanas pensó en el tigre, inesperadamente, abrumado por la añoranza. Permaneció allí sentado el resto de la tarde, abatido, con demasiada poca confianza en sí mismo como para atreverse a salir antes de que el reloj diera la hora. Tan pronto como pudo, abandonó el despacho y cogió un taxi con unas pocas monedas que encontrara en uno de los cajones de su mesa. Pensaba que al menos el tigre no le abandonaría, que sería bueno llevarle a pasear otra vez, encontrando consuelo al correr juntos, su viejo amigo y él, por los senderos

del parque.

Prescindiendo del ascensor, echó a correr escaleras arriba, deteniéndose solo para encender una lamparita junto a la puerta de la sala de estar.

—¡«Ben»! —exclamó, abrazándose al cuello del tigre. Fue al dormitorio en busca del micrófono. Lo encontró en el lavabo, bajo un montón de calcetines sucios—. «Ben» —llamó con suavidad por el micrófono.

Le llevó mucho tiempo al tigre poder levantarse. Su ojo derecho había perdido gran parte de su resplandor, de tal modo que apenas pudo verle. La luz tras el ojo izquierdo se había extinguido. Cuando su amo le llamó desde la puerta, se movió despacio, y, al aproximarse a la luz de la lámpara, Benedict comprendió por qué.

La cola de «Ben» se movía ahora lentamente, sin fuerza, y sus ojos aparecían cubiertos de polvo. Había perdido el brillo, y el mecanismo que convirtiera en movimiento las órdenes de Benedict estaba agarrotado por falta de uso. Los soberbios bigotes plateados eran ahora amarillentos, y estaban manchados aquí y allá donde las polillas habían roído. Con pesados movimientos, «Ben» apretó su cabeza contra Benedict.

—Hola, compañero —dijo éste con un nudo en la garganta—. ¿Qué tal? Te diré lo que haremos —exclamó acariciando la estropeada piel—. Tan pronto oscurezca saldremos para el parque, a respirar un poco de aire fresco —prometió con voz rota—. El aire fresco te devolverá las fuerzas. ¡Ya verás!

Con una sensación de vacío que trataba de encubrir con sus palabras esperanzadas, se sentó en el sofá y esperó. Cuando el tigre llegó a su lado, cogió uno de sus cepillos con mango de plata y empezó a cepillar la piel sin vida de «Ben». Saltaba a pedazos, pegándose a las cerdas. La tristeza de Benedict iba en aumento. Dejó el cepillo.

—Todo irá bien, compañero —dijo acariciando su cabeza, como para tranquilizarse a sí mismo. Por un momento los ojos de «Ben» reflejaron la luz de la lámpara de la habitación y Benedict quiso creer que empezaban a cobrar nueva vida—. Ya es hora —dijo Benedict—. Anda, vamos —empezó a caminar, despacio. El tigre le siguió rechinando y, juntos, emprendieron el penoso camino hacia el parque.

Algunos minutos más tarde llegaron ante las puertas. Benedict pensaba,

no sabía por qué, que una vez allí, en plena naturaleza, el tigre recobraría las fuerzas. Así parecía en realidad, al principio. La oscuridad disfrazaba la miseria de «Ben» y, además, empezó a moverse con cierta rapidez cuando Benedict se volvió y dijo:

—¡Adelante!

Benedict echó a correr a grandes, locas zancadas, por un corto trecho, asegurándose de que el tigre corría tras él; luego, acomodó su velocidad a la de «Ben». Pensó, con razón, que si iba muy aprisa, el tigre no sería capaz de seguirle. Continuó al mismo ritmo por algún tiempo y el tigre se las compuso para seguir a su lado. Después, de un modo imperceptible, decreció su velocidad, yendo más y más despacio, siguiendo los movimientos de «Ben» que, valientemente, movía sus silenciosas patas en un simulacro de marcha.

Al fin, Benedict se dirigió a un banco y le llamó a su lado, con la cabeza gacha, de modo que el tigre no pudiera ver que estaba a punto de llorar.

—«Ben» —dijo—, perdóname.

La gran cabeza le propinó un cariñoso golpe y, al levantar la cara, la débil luz del único ojo útil la iluminó. «Ben» pareció comprender su expresión, porque tocó las rodillas de Benedict con una pata, mirándole con sentimiento con su desafiante ojo ciego. Luego, encogió su cuerpo para distenderlo después, haciendo recordar el poder y la gracia que tuviera antaño. Se puso a correr hacia el lago artificial. Miró atrás en una ocasión, describiendo un pequeño salto extra, como para asegurar a Benedict que volvía a ser el mismo de antes, que no había nada que perdonar. Cogió impulso para saltar de nuevo y cruzar el lago. El comienzo fue espléndido, pero inútil. El mecanismo había estado demasiado tiempo en desuso y, justo cuando estaba en el aire, falló, agarrotándose el grácil cuerpo, cayendo, rígido, dentro del lago.

Cuando pudo ver con suficiente claridad, Benedict se dirigió a la orilla del agua con los ojos anegados en lágrimas. Polvo y algunos pelos flotaban sobre el agua, pero eso era todo. «Ben» había desaparecido. Con cuidado, Benedict extrajo el micrófono de su bolsillo y lo arrojó al agua. Permaneció allí, de pie, mirando el lago, hasta que las primeras luces de la mañana se abrieron paso a través de las ramas de los árboles, luchando por alcanzar el agua.

No se apresuró. Sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que estaba sin trabajo. Tendría que vender sus nuevas ropas y los cepillos de plata para poder afrontar, en parte, las deudas. Pero no importaba ya. Parecía lo más apropiado, ahora que ya no tenía nada.

# CORONA

Samuel R. Delany

*Hay una importante vertiente temática de la SF cuyo epígrafe general podría ser «las tribulaciones del mutante». Los problemas de todo tipo, por ejemplo, con que tendrían que enfrentarse los primeros telépatas humanos han dado pie a algunas de las obras más conocidas del género (como la famosa Slan de Van Vogt).*

*En este poético relato de Delany —a quien les presenté en la octava selección con la novela corta Alta tensión— asistimos al doloroso, pero esperanzador encuentro de dos jóvenes inadaptados: uno a causa de su prodigiosa facultad mental, el otro... por motivos más tradicionales.*

Papá huyó a la colonia de Marte antes de que Buddy naciera. Mamá bebía. A los dieciséis años, Buddy ayudaba en un taller de reparación de helicópteros en las afueras de St. Gable, debajo de Baton Rouge. Una vez decidió que sería divertido llevarse un helicóptero, algo de contrabando, una muchacha llamada Dolores-jo y sesenta y tres dólares y ochenta y cinco centavos a Nueva Orleáns. Nunca había robado nada. Le pescaron antes de que se elevaran del tejado del garaje. En el tribunal mintió al decir su edad, para evitar la indignidad de un reformatorio. Mamá, cuando la encontraron, no estaba demasiado segura de cuándo había nacido. («¿Buddy? A ver, déjenme pensar, debe ser Laford. James Robert Warren, a quien puse el nombre de mi tercer marido, que entonces no vivía conmigo; mi pequeño James nació en... 2032 creo, o 34... Sí, será Buddy.») El policía se inclinaba a juzgarle más joven de lo que era, pero de todas formas le mandó a una prisión para adultos. Allí ocurrieron algunas cosas terribles. Cuando, tres años después, Buddy salió, era una persona más amable que antes; pero cuando se asustaba se volvía violento. Al poco tiempo, dejó sin sentido a una camarera seis años mayor que él. Arrepentido, pidió emigrar a uno de los satélites de Urano. Pero, en veinte años, la economía colonial se había estabilizado. Eran mucho más exigentes con los solicitantes que en tiempos de papá: las colonias ya eran algo casi respetable. Habían empezado por excluir a ex presidiarios y gente por el estilo. Así que se fue a Nueva York, donde consiguió eventualmente un empleo de asistente en el centro espacial Kennedy.

Por entonces, había en un hospital de Nueva York una niña de nueve años que podía leer las mentes y quería morir. Su nombre era Lee.

También había un cantante llamado Bryan Faust.

Hacía un año que el perezoso, violento y rubio Buddy estaba en Kennedy, cuando apareció la música de Faust. Sus canciones invadieron la ciudad, sonaban en todas las radios y llenaban las selecciones de títulos de todos los tocadiscos; gritaban, susurraban y atronaban desde el altavoz del hangar espacial. Buddy caminaba entre las máquinas mientras oía los ritmos discordantes, repentinos silencios y momentos de voz acompañada por un órgano estridente, un oboe plañidero, bajos y platillos. Los pensamientos de Buddy eran escasos y lentos. Sus manos, enfundadas en lona, y sus pies, en botas de caucho, eran grandes y rápidos.

Debajo de él, la nave espacial llenaba el hangar como una protuberancia de doscientos metros de longitud. La numerosa tripulación irrumpió en el hangar, moviéndose por el cemento como sueltas bolas de engranaje.

Y la música...

—Hola, chico.

Buddy se volvió.

Bim se dirigía hacia él.

—Te estaba buscando, chico.

Buddy tenía veinticuatro años, pero la gente le llamaría «chico» hasta pasados los treinta. Parpadeaba mucho.

—¿Quieres venir y ayudarles a arriar aquel disolvente de arriba? El condenado ascensor se ha estropeado de nuevo. Te juro que habrá huelgas si no mantienen el equipo en buen estado. No es seguro. Dime, ¿qué opinas de la multitud que había afuera esta mañana?

—¿Multitud? —Buddy tartamudeaba ligeramente al hablar. Continuó—: Sí, había mucha gente. He estado abajo, en el taller de mantenimiento, hasta las seis, o sea que me debo haber perdido la mayor parte. ¿Por qué estaban aquí?

El rostro de Bim expresó incredulidad; después cambió a una sonrisa tolerante.

—Por Faust —señaló el altavoz: la música se detuvo, sonó de nuevo, y la

voz de Bryan Faust habló de amor con mucha violencia para que resultase más real—. Faust ha venido esta mañana, chico, ¿no lo sabías? Ha estado correteando de satélite en satélite por los planetas exteriores. Tengo entendido que tuvo mucho éxito en los asteroides. También ha estado en Marte, y las últimas noticias son que en la Luna le admiran tanto como en todas partes. Ha llegado a la Tierra esta mañana, y ahora recorrerá las Américas durante doce días. Ésa es su nave —dijo señalándola con el pulgar, moviendo la cabeza y silbando—. ¡Vaya alboroto que hemos tenido! Creo que había chicos por millares, y también personas demasiado mayores para esta exhibición. ¡Tendrías que haber visto a la policía! Cuando intentábamos meter la nave aquí, unos doscientos chicos rompieron el cordón de la policía. Querían desmontar su nave y llevarse las piezas a casa. ¿Te gusta su música?

Buddy miró de soslayo hacia el altavoz. Los sonidos penetraban en sus oídos, en su mente, desencadenando sensaciones. La mayoría eran buenas, envueltas en una firme cadencia, un ritmo sincopado; sensaciones fugaces, pero buenas. Sin embargo, algunas de ellas...

—Sí, me gusta —el latido de su corazón y sus pulmones coincidían con la música—. Sí, me gusta —repitió; la música se aceleró; el corazón y la respiración se quedaron rezagados, Buddy sintió cierto desequilibrio—. Pero es... extraña —turbado, sonrió mostrando su diente roto.

—Ya. Me imagino que mucha gente piensa así. Bueno, ocúpate de esos bidones de disolvente.

—Muy bien.

Buddy fue hacia la escalera de caracol. Se hallaba en el descansillo, a punto de subir, cuando alguien gritó desde arriba:

—¡Cuidado!

Un bidón de cincuenta litros fue a caer a la galería a pocos metros de él. Buddy se volvió rápidamente y vio cómo el bidón se hacía pedazos y el disolvente se desparramaba, oxidándose en el aire, mientras seguían sonando los tambores de Faust.

Buddy dio un chillido y se tapó un ojo. Aquella mañana había estado trabajando con una pulidora mecánica, y tenía los guantes impregnados de aceite y partículas de acero. Se apretó la cara con los guantes de lona.

(El bajo eléctrico de Faust mantuvo en suspenso una disonancia.)

Mientras se alejaba por la galería, sintió a su espalda una lluvia de disolvente. Algo explotó en su interior y empezó a agitar los brazos.

(El último coro de la canción cantaba los últimos acordes y la voz del locutor, sin esperar al final, bramó: «Atención toda la gente de la sala de música...»)

—¿Qué demonios...?

—¡Jesús! ¿Qué pasa con...?

—¿Qué ha ocurrido? ¡Ya os dije que el maldito ascensor estaba roto!

—¡Llamad a la enfermería! ¡Rápido! ¡Llamad a...!

Se oían voces desde el piso de arriba y el piso de abajo. Y pisadas. Buddy llegó a la rampa, dio un grito y se balanceó.

—¡Cuidado! ¿Qué pasa con aquel muchacho?

—¡Aquí! ¡Ayúdenme a aguantar...! ¡Oooh...!

—Se ha vuelto loco.

—¡Traed al doctor de la enfermería!

(«... Y estuvo con ustedes el nuevo disco, asombroso, perturbador, de Bryan Faust, ¡*Corona!* ¡Ya saben ustedes que será un éxito...!»)

Alguien intentó agarrarle y Buddy le dio un puñetazo. Ciego, rodando sobre las caderas, trataba de aliviar su dolor con manos temblorosas. Y no podía. Era como si le hubiesen metido una bombilla en el ojo y ésta hubiese explotado. Golpeó a alguien más contra la barandilla, y siguió tambaleándose y emitiendo alaridos.

(«... ¡Y *por fin* ha llegado a la Tierra, queridos amigos! El pequeño hombre de Ganimedes que durante el año pasado ha interpretado de tantas formas la música de las esferas, ha llegado a Nueva York esta mañana. Lo único que yo quiero decir, Bryan...»)

Ira, dolor y música.

(«... Es: ¡La Tierra está contigo!»)

Buddy no sintió siquiera el pinchazo de la aguja en su hombro. Perdió el conocimiento mientras morían los platillos.

Lee se volvió e hizo girar el botón del volumen hasta que dio un chasquido.

En el cuadrilátero de luz que entraba por la alta y pequeña ventana, abierta porque estaban en agosto, se hallaba su radio, un gráfico con una integración incompleta del área de la curva  $x^4 + y^4 = k^4$ , y su puño moreno. Sonriendo, intentó vencer la tensión creada por la música.

Bajó los hombros, desarrugó la nariz y abrió el puño. Pero los nudillos aún se movían al ritmo de *Corona*.

Tenía unas marcas rojizas en la parte anterior del antebrazo, y otras similares en el brazo derecho. Pero databan de tres años antes, de cuando ella tenía seis.

*¡Corona!*

Cerró los ojos y se imaginó la silueta del sol. En el centro, con los ojos verdes de su padre alemán y los altos pómulos de su madre asiática, se veía el extraño, sensual e impertinente rostro de Bryan Faust. Detrás de ella, sobre la cama, estaba abierta la lujosa revista a cuatro colores, con su interminable e hiperbólica prosa.

Lee cerró los ojos con más fuerza. Si pudiera alcanzar, tal vez tocar (no a él; esto sería demasiado), sino a alguien que se hallase cerca de él, en pie, sentado, o caminando, para saber qué significaba su proximidad, cómo sonaba su voz a través del aire y la luz...; buscó con su mente, alcanzó la música y oyó:

«—... ¿Qué hace tu hija?

»—Todas las semanas, cuando voy a visitarla, me dicen que está un poco mejor. Pero yo, te lo juro, no sé qué pensar. No tienes idea de lo que nos costó enviarla de nuevo a aquel lugar.

»—¡Claro que lo sé! Es vuestra propia hija, y tan bonita, y tan lista. ¿Le han hecho más pruebas?

»—Ha intentado suicidarse otra vez.

»—¡Oh, no!

»—¡Tiene cicatrices desde las muñecas hasta los codos! ¿Cuál habrá sido

mi error? Los médicos no saben decírmelo. Y ella ni siquiera ha cumplido diez años. No puedo tenerla a mi lado. Su padre lo intentó; lo ha intentado todo. Sé que el divorcio puede acarrear problemas emocionales a los niños, pero no comprendo cómo una niña inteligente como Lee puede estar tan... ¡confusa! Tuvo que volver; no hubo otro remedio. Pero, ¿cuál es mi error? Me odio a mí misma por ello, y a veces, sólo porque no sabe decírmelo, incluso la odio a ella...»

Lee abrió los ojos; rompió la mesa con sus pequeños puños morenos, y tensó los músculos de su cara para reprimir las lágrimas. Toda la belleza musical había desaparecido. Volvió a respirar. Se quedó mirando la ventana abierta. El alféizar estaba a tres metros del suelo.

Entonces pulsó el timbre para llamar al doctor Gross y se acercó a la estantería. Pasó un dedo por los lomos de los libros: *Spinoza*, *Los mellizos de Spring Lake*, *La decadencia de Occidente*, *El viento entre los sau...*

Se volvió al oír que abrían la puerta.

—¿Me has llamado, Lee?

—Ha vuelto a suceder. Hace sólo un minuto.

—Anoté la hora cuando me llamaste.

—Duración, cerca de cuarenta y cinco segundos. Era mi madre y su amiga que vive en el piso de abajo. Muy normal. Nada digno de mención.

—Y, ¿cómo te encuentras?

No contestó, sino que miró hacia la estantería.

El doctor Gross caminó por la habitación y se sentó sobre la mesa.

—¿Y te importaría decirme lo que estabas haciendo justo antes de que eso ocurriera?

—Nada. Acababa de escuchar el nuevo disco, en la radio.

—¿Qué disco?

—La nueva canción de Faust, *Corona*.

—No la he oído —bajó la mirada hacia el gráfico y levantó una ceja—. ¿Es tuyo, o de algún otro?

—Usted me dijo que le llamara todas las veces que yo... tuviera un ataque, ¿verdad?

—Sí...

—Hago lo que usted quiere.

—Claro que sí. Lee. No quería decir que tú no estuvieras cumpliendo tu palabra. ¿Quieres decirme algo sobre el disco? ¿Qué piensas de él?

—El ritmo es muy interesante. Cinco por siete, en general, pero faltan muchos acordes y se tiene que escuchar con gran atención para captarlo.

—¿Había algo, quizá en las palabras, que haya podido poner en marcha la lectura del pensamiento?

—Su acento colonial de Ganimedes es tan fuerte, que me perdí la mayor parte de la letra, a pesar que ésta es básicamente en inglés.

El doctor Gross sonrió.

—Me he dado cuenta de que las expresiones coloniales se han introducido en el lenguaje de la gente joven, desde que Faust es tan famoso. Las oigo continuamente.

—Yo no —dirigió una rápida mirada al doctor, después volvió a fijarla en los libros.

El doctor Gross tosió; entonces dijo:

—Lee, creemos preferible mantenerte apartada de los demás niños del hospital. Sintonizas con más frecuencia en las mentes de personas que conoces, o de aquellas que han tenido experiencias y reacciones similares a las tuyas. Todos los niños del hospital están emocionalmente perturbados. Si de repente entraras en todas sus mentes, podrías resultar seriamente dañada.

—¡No lo estaría! —susurró.

—¿Te acuerdas que nos contaste lo que sucedió cuando tenías cuatro años, en el jardín de infancia, y conectaste con toda la clase durante seis horas? ¿Te acuerdas de lo trastornada que estabas?

—Fui a casa e intenté beber el yodo. —Le lanzó una mirada brutal—. Pero oigo a mamá por toda la ciudad. También oigo a extraños, ¡muchas veces! ¡Oigo a la señora Lowery cuando enseña en la clase de abajo! ¡La oigo! ¡He oído a gente de otros planetas!

—Sobre la canción, Lee...

—¡Usted quiere mantenerme apartada de los demás niños porque soy más lista que ellos! Lo sé, le he oído pensarlo...

—Lee, quiero que me digas qué sentiste al oír esta nueva canción.

—Usted cree que los trastornaré porque soy tan lista. ¡No me deja tener amigos!

—¿Qué sentiste al oír la canción, Lee?

Ella aguantó la respiración y parpadeó, mientras los músculos de la mandíbula le temblaban.

—¿Qué *sentiste* al oír la canción; te gustó o no te gustó?

Dejó escapar el aire por los labios.

—Hay tres temas melódicos —empezó al fin—. Aparecen con orden decreciente de intensidad rítmica. Hay más silencios en la última línea melódica. Su música está tan compuesta de silencios como de sonidos.

—Sigo preguntándote, ¿qué sentiste? ¿No comprendes que intento llegar a tu reacción emocional?

Miró hacia la ventana y luego al doctor Gross. Entonces se volvió hacia la estantería.

—Aquí hay un libro, una parte de un libro, que lo cuenta, supongo que mejor de lo que yo podría.

Cogió un volumen de Nietzsche del centro de la estantería.

—¿Qué libro?

—Venga —empezó a volver las páginas—. Se lo enseñaré.

El doctor Gross se levantó de la mesa. Se colocaron debajo de la ventana.

El doctor Gross lo cogió y frunciendo el ceño leyó el título: *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música...* la muerte sólo se encuentra en estos tonos disonantes...

Le arrancó el libro de las manos con la cabeza. Había saltado sobre él como si fuera un mueble y ella un pequeño animal. Cuando su mano no le agarraba el cinturón, la pechera de su camisa, la solapa o el hombro, se estiraba hacia arriba. Logró atraparla justo cuando se asía al borde de la ventana.

Estaban en el piso noveno.

La agarró por el tobillo cuando se tambaleaba sobre el soleado alféizar. Le dio un tirón y ella cayó en sus brazos chillando:

—¡Déjeme morir! ¡Por favor! ¡Déjeme morir!

Cayeron los dos al suelo mientras él gritaba: «¡No!», y la niña lloraba. El

doctor Gross se levantó, jadeando.

Ella estaba tendida en el suelo de vinilo verde, enroscada, temiendo el sonido de sus propios sollozos, apretándose el estómago con las manos.

—Lee, ¿no hay *ninguna* posibilidad de que lo entiendas? Has estado expuesta a más de lo que la mente de una niña de nueve años podría soportar. ¡Pero tienes que acostumbrarte de algún modo! Esta no es la solución, Lee. Me gustaría poder ayudarte. Tal vez pueda...

Ella gritó con la mejilla apretada contra el suelo:

—¡Pero usted no puede ayudarme! ¡Sus pensamientos son tan toscos e imprecisos como los de los demás! ¿Cómo puede ayudar a personas que están asustadas y confusas porque sus propias mentes han formado las asociaciones equivocadas? ¿Cómo? ¡No quiero tener que tropezar también con todas sus inseguridades y temores! ¡No soy una niña! ¡He vivido más años y en más lugares que diez de ustedes juntos! Márchese y déjeme sola...

Ira, dolor y música.

—Lee...

—¡Márchese! ¡Por favor!

El doctor Gross, turbado, cerró la ventana con llave, dejó la habitación y cerró la puerta.

Ira, dolor... Bajo el caos, ella tenía conciencia de la contagiosa melodía de *Corona*. Alguien (no ella), alguien estaba siendo llevado al hospital, sumergido en una dolorosa oscuridad, soñando con los mismos sonidos. Exhausta y llorando todavía, los dejó entrar.

Se dio cuenta a través de su cansancio que los pensamientos del hombre se habían refugiado, para rehuir el dolor, en las armonías y cadencias de *Corona*. Ella intentó esconder su mente allí, y se escapó violentamente. Allí había algo terrible. Intentó retroceder, pero su mente seguía la música.

Lo terrible era que alguien le había dicho a él, una vez, que no debía poner la rodilla en el suelo.

Luchando, ella intentó empujarlo a un lado, para ver si lo que había debajo no era tan terrible. («Buddy deja de lamentarte y deja sola a tu mamá. No me encuentro bien. ¡Vete de aquí y déjame *sola!*») La botella se estrelló contra la puerta junto a él y huyó. Ella se estremeció. No podía haber nada

tan malo en poner la rodilla en el suelo. Así que se abandonó y dejó que llegara hasta ella...

La espuma serpenteaba en el agua sucia. El agua estaba debajo de las rodillas de Buddy. Éste se inclinó hacia delante y frotó la húmeda piedra con el cepillo de alambre. Sus zapatos de lona ya estaban empapados.

—¡Pon tu condenada rodilla en el suelo y te agarraré! Vamos, mueve tu... —alguien, no Buddy, fue golpeado—. ¡Y no dejes que la rodilla toque el suelo! No lo hagas, te digo —y fue golpeado de nuevo.

Chapoteaban en el vestíbulo de la prisión, fregando. Había un rótulo sobre el ascensor: «Instituto de corrección penal del Estado de Luisiana», pero era difícil descifrarlo, porque Buddy no sabía leer muy bien.

—Sigue a su ritmo, chico. No dejes que te adelanten —vociferaba Pie Grande—. Sólo para que no pienses que no tienes privilegios especiales — Pie Grande pisaba fuerte sobre la piedra.

—¿Cuándo tendrán aquí una fregadora automática? —se lamentó alguien—. La tienen en la prisión del condado.

—Este instituto —dijo Pie Grande acercándose— se construyó en mil novecientos cuarenta y siete. No ha habido ninguna fuga en noventa y cuatro años. Lo administramos igual que cuando se construyó en mil novecientos cuarenta y siete. La primera vez que no haga bien su trabajo de teneros a todos encerrados..., entonces pensaremos en administrarlo de otro modo. Volved al trabajo. ¡Cuidado con la rodilla!

Buddy tenía los muslos doloridos y los empeines entumecidos. Sus pies ardían y los bordes de sus pantalones estaban empapados.

Pie Grande le había quitado las zapatillas. Mientras vigilaba a los que fregaban, sacudió las suelas una contra otra, primero delante de su barriga, después detrás de sus pesadas posaderas. *Slap* y *slap*. A cada golpe, golpeaba con un pie la piedra enjabonada.

—No os molestéis en mirarme. ¡Mirad las baldosas!, y no dejéis que la rodilla toque el suelo.

Una vez, en la letrina del patio, alguien había susurrado: «¿Pie Grande?

¡Cuidado con él, chico! Era un predicador en la zona del pantano. Fue a la oficina de emigración de la ciudad, donde admitían a todos los que se presentaban, y pidió que le hicieran papa o algo así, de la colonia europea que estaban fundando. Le echaron de la oficina a carcajadas. El domingo, cuando todos fueron a la concentración, se encontraron con que se había introducido en la ciudad, golpeando en la cabeza al hombre de la oficina de emigración, arrastrándole al pantano y crucificándole ante la tienda de la concentración. Les hizo rezar a todos para conseguir que bajara de la cruz. Después de una hora de rezos en la que no ocurrió nada, trajeron a Pie Grande aquí. Ahora es el administrador.»

Buddy restregó más fuerte con su cepillo de alambre.

—A ver si friegas hasta ahuyentar el diablo de las baldosas. Y que no vea tu rodilla en el...

Buddy enderezó los hombros. Y resbaló.

Cayó sobre su espalda, se agarró al cubo; el agua se derramó sobre él y formó un charco debajo. El jabón le picó en los ojos. Estuvo allí estirado un momento.

Unos pies desnudos se dirigían hacia él.

—Vamos, chico. Levántate y vuelve al trabajo.

Con los ojos muy cerrados, Buddy se levantó.

—Seguro que eres una desmaña...

Buddy cayó sobre las rodillas.

—¡Te dije que no dejaras que tus rodillas tocaran el suelo!

Lona mojada golpeó su oreja y su mejilla.

—¿Te lo dije o no?

Un pie cayó sobre su espalda y le dejó plano en el suelo. Golpeó el suelo con la barbilla y se mordió la lengua fuertemente. Aguantándolo así con el pie, Pie Grande golpeó una y otra vez la cabeza de Buddy, primero con un zapato y después con el otro. Buddy, ciego y con la boca llena de sangre, se retorció en la piedra mojada e intentaba escaparse.

—Ahora no vuelvas a tocar el suelo con las rodillas. Vamos, todos ustedes a trabajar —los pasos se alejaron.

Pese al escozor, Buddy abrió los ojos. El cepillo estaba justo frente a su

cara. Un poco más allá, vio un tacón sonrosado pisando el suelo jabonoso.

Tardó mucho en moverse. Al tercer golpe de cepillo se puso en pie y saltó. Aterrizó en la espalda de Pie Grande y le golpeó con el cepillo. Golpeó tres veces, y luego trató de despellejar un lado del rostro de Pie Grande.

Al final, los guardias le apartaron. Le llevaron a una habitación donde sólo había una cama de hierro sin colchón, y le ataron al somier, por los tobillos, muñecas, cuello, estómago... Les dijo a gritos que le soltaran. Le contestaron que no, que aún era violento.

—¿Cómo voy a comer? —preguntó—. ¿Me soltaréis para que coma?

—Cálmate un poco; mandaremos a alguien para que te alimente.

Unos minutos después de que sonara el timbre de la cena, Pie Grande miró hacia el interior de la celda. Llevaba la oreja, la mejilla, el cuello y el hombro izquierdo vendados. La sangre había empapado la venda del extremo de su clavícula. En una mano, Pie Grande tenía un plato de hojalata con arroz y tocino, y en la otra, una cuchara de hierro. Se acercó, se sentó en el borde de la cama de Buddy, y se quitó una zapatilla de lona.

—Me han dicho que venga a darte de comer, chico —se quitó la otra zapatilla—. ¿Tienes mucha hambre?

Cuando desataron a Buddy cuatro días después, no podía hablar. Tenía un diente roto y varios descantados. El paladar estaba en carne viva; el médico de la prisión tuvo que darle cinco puntos en la lengua.

Lee sintió el gusto del hierro.

En algún lugar del hospital, Buddy yacía en la oscuridad, aterrado, con los ojos ardientes y la cabeza llena de los atronadores ritmos de *Corona*.

Los hombros de Lee se pusieron en tensión; el dolor que Buddy recordaba le hizo apretar las mandíbulas y la lengua. Quería morir.

«¡Basta!», murmuró, y trató de escapar al terror inarticulado que Buddy, obligado por el dolor y el ritmo de una canción, recordaba de una época en que sólo tenía el doble de la edad de Lee. «Oh, ¡basta!» Pero nadie podía oírla del modo como ella oía a Buddy, a su madre, o a la señora Lowery en la clase de la escuela.

Tenía que detener aquel miedo.

Tal vez era la música. Tal vez era porque ya había agotado todos los otros medios. Tal vez era porque el único sitio por explorar era el interior de la mente de Buddy...

... Cuando Buddy quería salir de su celda por la noche, para unirse a una partida de cartas donde apostaban por unos cigarrillos, se llevaba un trozo de chicle y la tapa de una botella de *Doctor Pepper* y los pegaba en el pestillo superior de la puerta. Cuando iban a cerrar las puertas después del recreo, el pestillo no podía cerrarse...

Lee miró la puerta cerrada de su habitación. Podía conseguir el chicle por la tarde, cuando la dejaban pasear por los pasillos. Pero la máquina de refrescos junto al ascensor, sólo los servía en tazas. Se incorporó de pronto y miró la suela de su zapato. En el tacón estaban las chapas de metal que su madre hizo clavar al zapatero para que no se gastaran tan de prisa. Tenía que detener aquel miedo. Si no le permitían hacerlo suicidándose, lo haría de otro modo. Fue hacia la cama y empezó a despegar una chapa de su suela.

Buddy yacía boca arriba, asustado. Después de drogarle, le habían traído a la ciudad. No sabía dónde estaba, y como no podía ver, estaba asustado.

Algo le rozó la cara; ladeó la cabeza para escapar de la cuchara...

—¡Shhhh! No es nada...

Vio luz con un ojo; con el otro aún no veía. Parpadeó.

—Todo va bien —dijo ella (era una voz femenina, aunque todavía no podía verle la cara)—. No estás en la cárcel. Y no estás en... aquel lugar. Estás en Nueva York, en un hospital. Algo le ha pasado a tu ojo, pero nada más.

—¿Mi ojo...?

—No estés asustado. Te lo ruego. Yo no puedo resistirlo.

Era una voz de niña. Parpadeó otra vez y alargó la mano para frotarse los ojos.

—Cuidado —dijo ella—. Vas a...

Le picaba el ojo y quería frotárselo, así que alargó la mano hacia la voz.

—¡Ah!

Le habían mordido el pulgar y se lo tocó con la otra mano.

—Lo siento —dijo ella—, no quería morderte el dedo, pero ibas a estropear el vendaje. Te he sacado el del ojo derecho, porque está sano. Espera un momento.

Algo fresco alivió su vista borrosa.

Todo se aclaró.

Una preciosa niña negra estaba arrodillada junto a su cama, con un algodón mojado en la mano. La luz no era tan brillante como le había parecido: sólo una pequeña bombilla sobre el espejo del lavabo.

—Tienes que dejar de estar tan asustado. Es preciso.

Buddy había pasado gran parte de su vida haciendo lo que la gente le ordenaba, cuando no hacía lo contrario por espíritu de contradicción.

La niña se sentó sobre los talones.

—Así es mejor.

Él se incorporó en la cama; no estaba atado. Crujieron las sábanas que le cubrían las rodillas. Se miró el pecho; llevaba un pijama azul cuyos botones estaban mal abrochados. Alargó la mano para arreglarlos, y sus dedos se cerraron en el aire.

—Sólo ves con un ojo, así que no hay paralelismo para la percepción en profundidad.

—¿Qué? —preguntó él, mirándola otra vez.

Llevaba pantalones cortos y una camisa blanca y roja.

Buddy frunció el ceño:

—¿Quién eres?

—Dianne Lee Morris —repuso ella—. Y tú eres...

Entonces también ella frunció el ceño. Se levantó, cogió el espejo de encima del lavabo y lo llevó a la cama.

—Mírate. ¿Quién eres?

Él tocó con sus uñas grasientas el vendaje que caía sobre su ojo izquierdo. Unos cabellos cortos y rubios asomaban por encima de la gasa. Rozó con el índice la familiar cicatriz de su ceja derecha.

—¿Quién eres?

—Buddy Magowan.

—¿Dónde vives?

—St. Gab... —Se detuvo—. En la Calle 119, entre la Segunda y la Tercera Avenida.

—Dilo otra vez.

—En la Calle 119, entre la Segunda y la Tercera Avenida.

—Muy bien; y ¿dónde trabajas?

—En Kennedy, como asistente.

—Entonces no hay por qué tener miedo.

Él asintió.

—No —y sonrió; se vio su diente roto en el espejo—. No. Tenía una... pesadilla.

Ella devolvió el espejo a su sitio. Mientras se volvía, cerró los ojos de repente y suspiró.

—¿Qué pasa?

Los abrió de nuevo.

—Se ha parado. Ya no puedo leer en tu mente. Ha ocurrido así durante todo el día.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Quizá hayas leído algo sobre mí en las revistas. Me dedicaron un largo artículo en el *New Times* hace un par de años. Yo también estoy en el hospital. En el otro lado, en la sección de psiquiatría. ¿Leíste el artículo?

—No leía demasiadas revistas por aquel tiempo y ahora tampoco. ¿Sobre qué escribieron?

—Puedo ver y oír lo que la gente piensa. Soy una de las tres que están estudiando. Soy la que lo hago mejor. Pero sólo pasa a ratos. El otro, Eddy, es idiota. Lo conocí cuando hacíamos las pruebas. Es mayor que tú e incluso más tonto. También está la señora Lowery, pero ella no oye, sólo ve y a veces puede hacer que los demás la oigan. Trabaja aquí, en la escuela del hospital. Puede ir y venir a su antojo. Pero yo debo estar encerrada.

Buddy la miró de soslayo.

—¿Puedes oír lo que hay en mi cabeza?

—Ahora, no. Pero podía. Y era... —Su labio empezó a temblar, sus ojos

pardos brillaban—. Quiero decir que cuando aquel hombre trató de... con la... —Y empezó a llorar. Se puso el dedo en la barbilla y tembló—. Cuando él... te cortaba...

Buddy vio sus lágrimas y le sorprendieron.

—Vamos, cariño... —dijo tocándole el hombro.

El rostro de Lee le golpeó el pecho mientras se agarraba a la chaqueta de su pijama.

—¡Me dolió *tanto*! —dijo.

Su tristeza y su dolor la sacudieron.

—¡Tengo que evitar que sufras! Lo tuyo no era más que un sueño, así que pude escaparme de mi habitación, bajar aquí y despertarte. Pero los demás, la niña en el fuego, o el hombre en la mina inundada... ¡Aquéllos no eran sueños! No podía hacer nada por ellos. No podía evitar que sufrieran. No podía, Buddy. Yo quería, pero, ¡uno estaba en Australia y el otro en Costa Rica! —Sollozó contra su pecho—. ¡Y otro estaba en Marte!, y yo no podía ir a Marte, ¡no podía!

—Está bien —murmuró él sin entenderlo, y le frotó el áspero cabello; entonces, como ella se estremeciera en sus brazos, empezó a comprender—. ¿Bajaste... aquí para despertarme? —preguntó.

Ella asintió contra la chaqueta de su pijama.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros contra su barriga.

—No..., no lo sé..., quizá fue la música.

Después de un momento él preguntó:

—¿Es la primera vez que haces algo acerca de lo que oyes?

—No es la primera vez que lo he intentado. Pero sí la primera que... lo he logrado.

—Entonces, ¿por qué lo volvías a intentar?

—Porque... —ahora estaba más calmada—, porque pensaba que quizá el dolor se aliviaría si yo lograba penetrar. —Él notaba el movimiento de su mandíbula mientras hablaba—. Y así es. —En su rostro algo se estremeció—. Duele menos.

Puso la mano sobre la de ella, que le apretó el pulgar.

—¿Sabías que estaba... terriblemente asustado?

Ella asintió.

—Lo sabía, porque yo lo estaba al mismo tiempo.

Buddy recordó el sueño. Sintió frío en la nuca y la carne de sus muslos empezó a picarle. Recordó la realidad tras el sueño, y se aferró a Lee con más fuerza, apretando la mejilla contra su pelo.

—Gracias. —No podía decirlo de otro modo, pero no le pareció suficiente; así que lo repitió más lentamente—: *Gracias*.

Al cabo de un rato, ella se desasió y Buddy contempló su cara llorosa con una visión más profunda.

—¿Te gusta la canción?

Parpadeó, y se dio cuenta que la insistente música todavía se hallaba en su cabeza.

—¿Puedes... oír lo que estoy pensando, otra vez?

—No. Pero antes pensabas en ella. Sólo quería confirmarlo.

Buddy reflexionó.

—Sí —ladeó la cabeza—. Sí, me gusta mucho. Me hace sentir... bien.

Ella vaciló y dijo:

—¡A mí también! Creo que es preciosa. Creo que la música de Faust es tan... —y susurró la palabra siguiente como si pudiera ofender— *¡viva!* Pero con la vida que debe ser. No sin dolor, pero con un dolor contenido, ordenado, que da forma y significado, así que todo está bien de nuevo. ¿No lo crees tú también?

—Yo... no lo sé. Me *gusta*...

—Supongo —dijo Lee un poco tristemente— que a las personas les gustan las cosas por diferentes razones.

—A ti te gusta mucho —bajó los ojos y trató de comprender cómo le gustaba, pero no pudo; las lágrimas habían oscurecido su pijama; como no quería que llorara de nuevo, le sonrió al levantar la vista—. ¿Sabes que estuve a punto de verle esta mañana?

—¿A Faust? ¿Quieres decir que viste a Bryan Faust?

Él denegó.

—Casi. Trabajo en el equipo de servicio en Kennedy. Estábamos

trabajando en su nave cuando... —Se señaló el ojo.

—¿Su nave? ¿Tú estabas allí? —el asombro de su voz era totalmente infantil, y encantador.

—Probablemente le veré cuando se vaya —alardeó Buddy—. Puedo entrar en sitios donde no dejan pasar a nadie, excepto a las personas que trabajan en el aeropuerto.

—Daría... —ella se acordó de tomar aliento— cualquier cosa por verle. ¡Cualquier cosa!

—Había una enorme multitud allí esta mañana. Casi desbordó a los policías. Pero yo hubiera podido subir y quedarme en la rampa cuando él bajó, si se me hubiera ocurrido.

Las manos de Lee golpeaban el borde de la cama mientras le contemplaba.

—Claro que le veré cuando se vaya. —Esta vez encontró los botones y empezó a abrocharlos en los ojales adecuados.

—¡Me gustaría verle yo también!

—Supongo que Bim (es el jefe del equipo de servicio) te dejaría atravesar la puerta, si le dijera que eres mi hermana. —Miró su piel oscura—. Bueno, mi prima.

—¿Me llevarías? ¿De verdad me llevarías?

—Claro. —Buddy intentó pellizcarle la nariz, pero no lo logró—. Tú me has hecho un favor. No veo por qué no, si te permiten salir...

—¡La señora Lowery! —susurró Lee alejándose de la cama.

—... Del hospital. ¿Qué pasa?

—¡Saben que he salido! La señora Lowery me está llamando. Dice que me ha visto y el doctor Gross está en camino. Quieren llevarme de nuevo a mi habitación. —Corrió hacia la puerta.

—¡Lee, aquí estás! ¿Te encuentras bien? —En el umbral el doctor Gross le agarró el brazo cuando ella intentaba escaparse.

—¡Déjeme irme!

—¡Eh! —gritó Buddy—. ¿Qué hará con la pequeña?

De repente se enderezó en la cama, destapándose.

Los ojos del doctor Gross se dilataron.

—La llevaré de nuevo a su habitación. Es una paciente del hospital. Debe estar en otra sala.

—¿Ella quiere ir? —preguntó Buddy.

—Está muy perturbada —replicó el doctor Gross a Buddy, que estaba en pie sobre la cama—. Intentamos ayudarla, ¿no lo entiende? No sé quién es usted, pero tratamos de mantenerla con vida. ¡Ha de volver!

Lee sacudió la cabeza contra la cadera del doctor.

—¡Oh, Buddy...!

Éste saltó a los pies de la cama, tambaleándose. En todo caso se tambaleó una vez. No lo logró a causa de la falta de perspectiva. También porque comprendió de pronto la situación. Ya no estaba en el correccional del Estado de Luisiana. ¡Se dio cuenta del mismo modo en que uno comprende una melodía cuando ha dejado de sonar!

—¡Espere! —dijo Buddy.

Al otro lado de la puerta, el doctor decía:

—Señorita Lowery, lleve a Lee a su habitación. La enfermera de noche sabe la medicación que debe darle.

—Sí, doctor.

—¡Espere! —gritó Buddy—. ¡Por favor!

—Perdone —dijo el doctor Gross entrando de nuevo, sin Lee—. Hemos de llevarla arriba y darle un calmante inmediatamente. Créame, siento esta contrariedad.

Buddy se sentó en la cama y arrugó el entrecejo.

—¿Qué... qué le pasa?

El doctor Gross guardó silencio un momento.

—Supongo que le debo una explicación. Es difícil, porque no lo sé con exactitud. Se ha hecho un gran esfuerzo para estudiar los tres casos probados de telepatía que se conocen hasta ahora; Lee es la de mayor fuerza. Es una niña brillante e increíblemente creativa. Pero su mente ha sufrido tal trauma (de todas las vidas que le han llegado telepáticamente), que quiere suicidarse. Estamos intentando ayudarla. Pero si se la deja sola durante un tiempo, a veces semanas, a veces horas, intenta suicidarse.

—Entonces, ¿cuándo mejorará?

El doctor Gross metió las manos en los bolsillos y miró sus sandalias.

—Me temo que lo primero que hay que hacer para curar a alguien de una perturbación mental, es aislarlo del trauma. Con Lee, esto es imposible. Ni siquiera sabemos qué parte del cerebro controla la telepatía, así que tampoco podemos intentar la lobotomía. Todavía no hemos encontrado una medicina efectiva. —Se encogió de hombros—. Espero que podamos ayudarla. Pero cuando soy objetivo, no veo que pueda mejorar. Estará así el resto de su vida. Cuanto antes la olvide usted, menos daño le hará. Buenas noches. De nuevo, siento lo ocurrido.

—Buenas noches.

Buddy se sentó en la cama un rato. Finalmente apagó la luz y se acostó. Tuvo que masturbarse tres veces antes de lograr dormirse. Pero por la mañana aún no había olvidado a la niña de color que se le había acercado y había despertado... tantas cosas en él.

Los médicos se mostraron muy contrariados por lo de la venda y hablaron de oftalmía simpatética. Examinaron la córnea izquierda en busca de restos de polvo metálico. Le retuvieron tres días más en el hospital, ajustando la presión entre los humores vítreo y acuoso, para prevenir su hasta ahora ignorada tendencia al glaucoma. Le dijeron que lo que había empañado ocasionalmente la visión de su ojo izquierdo fue un flotador vítreo y que no debía preocuparse por ello.

—Quédese en casa por lo menos dos semanas —le dijeron—, y lleve el parche hasta dos días antes de volver al trabajo.

Le dieron mucho trabajo con los papeles de compensación de los trabajadores, pero Buddy pudo arreglarlo; era culpa suya, pues había escrito una fecha equivocada. Nunca más volvió a ver a la niña.

Y las radios y tocadiscos de Nueva York y Buenos Aires, París y Estambul, Melbourne y Bangkok, tocaban la música de Bryan Faust.

El día que Faust iba a dejar la Tierra en dirección a Venus, Buddy volvió al aeropuerto espacial. Era tres días antes del fijado para su vuelta al trabajo, y todavía llevaba el parche en el ojo.

—¡Jesús! —dijo a Bim, mientras estaban apoyados en las barandillas del puente de observación, en el tejado del hangar—. Mira a toda esa gente.

Bim escupió al caliente asfalto. La nave estaba sobre la rampa de lanzamiento, bajo el sol de agosto.

—Cantará antes de irse —dijo Bim—. Espero que no se alboroten.

—¿Cantar?

—¿No ves la plataforma de madera que hay allí afuera, y todos los altavoces? Con todos esos chicos, quizá haya un alboroto.

—Bim, ¿puedo bajar al campo y acercarme a la plataforma?

—¿Para qué?

—Para poder verle desde muy cerca.

—Tú eras el que hablaba de toda esa gente.

Buddy, agarrando la barandilla, pasó el pulgar por su superficie. Los músculos de su antebrazo se movieron bajo el tatuaje: «*A Marte iría yo por Dolores-jo*», grabado sobre los aros de Saturno.

—No veo por qué diablos...

—Es por esa niña de color, Bim...

—¿Qué?

—¡Bim!

—Bueno, bueno. Ponte ropa de trabajo y baja con la tripulación. Estarás con los periodistas. Pero no digas a nadie que yo te he enviado. Ya sabes cuánta gente quiere llegar allí. De todos modos, ¿por qué quieres estar tan cerca?

—Por una... —se volvió en el umbral—. Por una amiga. —Bajó corriendo las escaleras hacia los armarios.

Bryan Faust atravesó la plataforma en dirección a los micrófonos. Sobre sus hombros volaban cometas y desaparecían bajo sus brazos. Los soles explotaban sobre su pecho. Alrededor de sus codos giraban los meteoros. Se vendían camisetas de tela polarizada con diseños incandescentes, que se llamaban *Fausts*; algunas de ellas relucían entre la multitud. Se apartó el cabello de la frente y sonrió. Detrás del cordón de policías, cientos de jóvenes

lanzaron gritos. Rió ante el micrófono y se hizo el silencio. A sus espaldas centelleaba una hilera de instrumentos electrónicos. Los controles estaban en los numerosos anillos que colgaban de sus dedos. Levantó las manos, movió las joyas, y los instrumentos, programados para ello, iniciaron el atronador preludio de *Corona*. Bryan Faust cantó. Por todo Kennedy, miles de personas (Buddy entre ellas), le escuchaban.

En su cama del hospital, Lee escuchaba.

—Gracias, Buddy —susurró—, gracias.

Y sintió menos deseos de morir.

# **PACIFISTA**

Mack Reynolds

*El dilema de este agente de una hipotética organización «pacifista», que para defender la paz tiene que recurrir continuamente a la violencia, expresa una de las más angustiosas paradojas de la situación actual, donde al intentar oponerse a un sistema contradictorio es fácil caer en nuevas contradicciones.*

*En este patético relato asistimos al drama de un hombre que no se resigna a vivir en un mundo en el que la brutalidad parece el único camino.*

Era otro tiempo, otro espacio, otra continuidad.

Warren Casey gritó:

—¡Chico! Tú eres Fredric McGivern, ¿verdad?

El muchacho se detuvo y frunció el ceño con asombro.

—Pues sí, señor.

Era un niño de unos nueve años, algo rollizo, sobre todo de cara.

Warren Casey dijo:

—Ven conmigo. Me han mandado a buscarte.

El chico vio a un hombre de unos treinta años, con cierta expresión dinámica pese al cansancio reflejado en su rostro. Llevaba un uniforme que no le era familiar al joven McGivern, pero que inspiraba confianza.

—¿A mí, señor? —preguntó el chico—. ¿Le han mandado a buscarme a mí?

—Así es, hijo. Sube al coche y te lo explicaré.

—Pero mi padre dijo...

—Es tu padre quien me ha *enviado*, el senador McGivern. Ahora, vamos o se enfadará.

—¿Está usted seguro?

Todavía muy extrañado, Fredric McGivern subió al helio-automóvil. En unos segundos, el vehículo bajó del segundo nivel al primero y se dirigió a toda velocidad hacia el sudoeste.

Hasta una hora más tarde no fue descubierto el rapto.

Warren Casey se lanzó en picado, descendió rápidamente dos niveles, y realizó un aterrizaje tan perfecto que no se notó ninguna bolsa de aire sobre el techo del garaje. Pulsó un interruptor con la mano izquierda, mientras que con la derecha sacaba de la chaqueta una pipa requemada. Mientras el ascensor del garaje descendía al piso inferior, cargó la vieja pipa con el tabaco de una bolsa igualmente vieja.

En el garaje, Mary Baca esperaba nerviosa, y aunque forzosamente tenía que haber visto al chico, inquirió:

—¿Lo tienes?

—Sí —repuso Casey—. Le he puesto una inyección. Todavía estará inconsciente una media hora. Llévatelo, ¿quieres, Mary?

La enfermera miró con amargura la figura encogida.

—No podía haber sido su padre. Teníamos que cargar con el niño.

Casey le lanzó una rápida mirada mientras encendía la pipa.

—Todo está planeado, Mary.

—Claro —dijo ella con voz tensa—. Lo pondré en la celda de detrás del cuarto trastero.

En el piso de abajo, Casey fue a la habitación que le habían asignado y se despojó del uniforme. Entró en el baño y se duchó concienzudamente. El lavado le dejó sin la tercera parte del cabello que cubría su cabeza, destiñendo el resto. Salió del baño poco refrescado y unos cinco años más viejo.

Se vistió con un traje barato, mal planchado y raído. La camisa no estaba limpia, a pesar de que aquél era sólo el segundo día que la llevaba, y tenía una mancha de comida en la corbata.

Tomó un bolígrafo del pequeño escritorio, lo sujetó en el bolsillo superior de su americana y metió una abultada agenda en el bolsillo lateral. Durante un momento contempló la pistola, pero hizo un gesto y la dejó. Salió de la casa por la puerta principal y se dirigió a las escaleras del Metro.

La salida de Metro más cercana se hallaba a cuatrocientos metros de la residencia del senador McGivern, y Warren Casey caminó hasta allí. Cuando llegó, su expresión de hastío había asumido un matiz cínico. Ni siquiera se dignó mirar la cara de quien le abrió la puerta.

—Jakes —dijo—. HNS. McGivern me está esperando.

—¿HNS? —preguntó el mayordomo con extrañeza.

—Servicio de Noticias Hemisferio —bostezó Warren Casey—. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es que vamos a quedarnos aquí todo el día? Tengo el tiempo justo.

—Bueno; espere un momento, señor. Lo comprobaré.

El otro se volvió y señaló el camino.

Casey hundió un dedo en su espalda y dijo con voz sin inflexiones:

—No se excite y no le pasará nada. Condúzcame hasta el senador. No haga nada que me obligue a apretar el gatillo.

La cara del criado estaba lívida.

—El senador está en su estudio. Le prevengo..., señor, que la policía se enterará de esto inmediatamente.

—Claro, claro, Mac. Ahora vayamos al estudio.

—Es aquí..., señor.

—Perfecto —repuso Casey—. ¿Qué es aquello de debajo de la escalera?

—Es el armario de la limpieza. La criada de este piso guarda...

Casey le golpeó con un movimiento rápido de la mano. El criado se desplomó con un suspiro ahogado y Casey le agarró antes de que llegara al suelo. Le arrastró hacia el armario de la limpieza, lo abrió y lo metió dentro. Después del bolsillo de su chaleco sacó una jeringa.

—Esto te inmovilizará durante un par de horas —musitó cerrando la puerta del armario.

Se dirigió a la maciza puerta que el mayordomo había indicado como el estudio del senador McGivern y llamó con los nudillos. Se abrió al cabo de un momento y apareció un joven de unos veinticinco años, elegantemente vestido y consciente de su propia importancia, que le miró ceñudamente.

—¿Diga? —preguntó.

—Steve Jakes, de Noticias Hemisferio —dijo Warren Casey—. El director me envió... —mientras hablaba apartó al otro y entró en la habitación.

Detrás del escritorio había una edición más antigua del Fredric McGivern de nueve años. Un Fredric McGivern de unos cincuenta años de edad, con

pesados carrillos que en otro tiempo fueran regordetas mejillas de niño.

—¿Qué significa esto? —gruñó.

Casey se adentró en la habitación.

—Jakes, senador. Mi editor...

Entre las facultades del senador Phil McGivern se incluía la astucia y un agudo sentido de la supervivencia. Se puso en pie de un salto.

—¡Walters! ¡Agárrelo! —gritó—. ¡Es un impostor! —y se inclinó para abrir un cajón del escritorio.

Walters se movió, pero con demasiada lentitud.

Warren Casey lo alcanzó a medio camino, estiró ambas manos y lo asió por el traje. Luego dio media vuelta rápidamente, dando la espalda al senador. Giró sobre sus talones y tiró al suelo al secretario.

Casey no se molestó en mirarle. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y apuntó con el dedo a McGivern a través de la ropa.

El rostro de éste, normalmente sonrosado, cambió de color, y cayó sentado en la silla.

Warren Casey dio la vuelta al escritorio y sacó de un cajón la pistola que el otro había estado buscando. Con un bufido se la metió descuidadamente en el bolsillo.

El senador Phil McGivern no era un cobarde. Miró fijamente a Warren Casey y dijo:

—Se ha introducido en mi casa..., criminal. Ha agredido a mi secretario y me ha amenazado con un arma. Puede considerarse afortunado si no le sentencian más que a veinte años.

Casey se hundió en una butaca desde la cual podía vigilar al mismo tiempo a McGivern y a su ahora inconsciente secretario. Dijo con calma:

—Represento a los pacifistas, senador. Hace aproximadamente una hora han raptado a su hijo. Usted es una de nuestras personalidades más importantes y con toda probabilidad se da usted cuenta de las implicaciones.

—¡Fredric! ¡Usted no mataría a un niño de nueve años!

La voz de Casey era inexpresiva:

—He matado a muchos niños de nueve años, senador.

—¡Es usted un monstruo!

—Era piloto de bombarderos, senador.

El otro, que se había incorporado, volvió a desplomarse en la silla.

—Pero eso es distinto —repuso.

—No lo creo así.

En su difícil carrera, Phil McGivern se había encontrado en muchas situaciones de emergencia. Ahora se sobrepuso.

—¿Qué es lo que quiere..., criminal? Le advierto que no soy un hombre compasivo. Lo pagará, señor...

—Siga llamándome Jakes, si lo desea —dijo Casey con suavidad—. Yo no soy importante. Sólo un miembro de una amplia organización.

—¿Qué es lo que quiere? —repitió el senador.

—¿Qué sabe acerca de los pacifistas, McGivern?

—¡Sé que son una banda de viciosos criminales!

Casey asintió amablemente.

—Eso según las leyes por las que usted se rige. Nosotros las despreciamos.

—¿Qué es lo que quiere? —volvió a preguntar el senador.

—Por necesidad —continuó Casey en el mismo tono—, nuestra organización es secreta; sin embargo, tenemos los mejores cerebros del mundo en todos los campos posibles, incluyendo elementos en los gobiernos de ambos hemisferios.

Phil McGivern gruñó con desdén.

Casey continuó, sin perder de vista a Walters, que, echado en el suelo, se había movido y gemía débilmente:

—Entre los nuestros hay algunos capaces de acelerar el progreso del mundo. Por extrapolación, han llegado a la conclusión de que si su programa político continúa, estallará una guerra nuclear dentro de tres años.

El otro se enfureció y, haciendo un esfuerzo por controlar su voz, exclamó:

—¡Espías! ¡Subversivos! Entérese bien de esto, Jakes, o como se llame: nosotros nos damos cuenta de que no son ustedes más que los instrumentos de los polarios.

El que se llamaba a sí mismo pacifista rió entre dientes agriamente.

—Debería estar mejor informado, senador. Nuestra organización es tan activa en el hemisferio norte como en éste.

Se levantó de repente y se inclinó sobre Walters, que había empezado a moverse. Casey levantó la mano y le dio un puñetazo en la mandíbula. El secretario se desvaneció de nuevo, sin emitir ni un sonido.

Warren Casey volvió a sentarse.

—La cuestión es que nuestros expertos opinan que debe usted retirarse de la política, senador McGivern. Le sugiero que dimita por razones de salud en el plazo de una semana.

McGivern tuvo un rápido acceso de cólera; luego guardó silencio mientras reflexionaba, y finalmente gruñó:

—¿Y Fredric?

Casey se encogió de hombros.

—Se le pondrá en libertad tan pronto como usted obedezca.

Los ojos del otro se entrecerraron.

—¿Cómo sabe usted que cumpliré mi promesa? Un contrato hecho bajo coacción no tiene validez.

Casey dijo con impaciencia:

—El tener a Fredric en nuestras manos es ahora una cuestión de poca importancia; un modo de empezar a pactar que da mayor relieve a nuestra posición. Senador, le hemos investigado a fondo. Tiene usted una esposa con la cual está encariñado y una amante a la que quiere. Tiene tres hijos mayores de su primera esposa y cuatro nietos, y dos hijos de su segunda esposa: Fredric y Janie. También viven un tío, dos tías y cinco primos hermanos suyos. Debido a su carrera, tiene usted muchos amigos superficiales a los cuales no tomaremos en cuenta, pero también conoce a unas treinta personas que significan mucho para usted.

McGivern empezaba a acostumbrarse a esta conversación anormal. Gruñó:

—¿Qué tienen que ver con todo esto?

Warren Casey le miró a los ojos.

—Los mataremos uno por uno. Un disparo a distancia con un rifle de mira telescópica, les lanzaremos una bomba, los ametrallaremos,

posiblemente mientras bajan las escaleras de su casa.

—¡Usted está loco! La policía... La...

Casey continuó sin hacer caso de la interrupción:

—No tenemos prisa. Quizá el pánico impulse a alguno de sus hijos, parientes, amigos o amante, a esconderse. Pero no hay ningún escondite... en todo el mundo. Nuestra organización no tiene prisa y poseemos muchos recursos. Quizá alguno de nosotros sea capturado o muerto. No importa. Estamos dedicados a nuestra idea. Sólo viviremos para matar a las personas que usted ama. Cuando todas hayan muerta, le mataremos a *usted*. Créame, será un acto de caridad; todos sus amigos, sus seres queridos, sus parientes más próximos ya habrán muerto.

»Mataremos, mataremos y mataremos..., pero en total será menos de un centenar de personas. No serán miles ni millones. Sólo serán *sus* amigos más íntimos, *sus* parientes, *sus* hijos y por último *usted*. Al final, senador, tendrá usted una idea aproximada de lo que significa la guerra.

Entonces, aunque todo había sido dicho en una voz sin inflexiones, Phil McGivern cayó sobre el respaldo de su silla giratoria, como al borde de un ataque.

Repitió con voz ronca:

—Es usted un loco.

Warren Casey denegó con la cabeza.

—No; es usted, usted y los que son como usted los que están locos. Instalados en sus puestos de mando, por su afán de riqueza, por la preservación de sus privilegios, nos conducirán a una conflagración que nos destruirá a todos. Ustedes son los que están locos.

El agente pacifista se inclinó hacia delante.

—A lo largo de la historia, senador, ha habido pacifistas, pero nunca como nosotros. En el pasado, siempre han sido motivo de risa o de burla en tiempo de paz, y hechos prisioneros o muertos en tiempo de guerra.

—Cobardes —murmuró el senador McGivern con disgusto.

Casey movió la cabeza y rió ahogadamente.

—Eso nunca, senador. No busque a ningún cobarde entre los pacifistas y los protestatarios concienzudos. Se necesita mucho valor para ir contra la

corriente de opinión pública. Los cobardes están mejor entre las tropas y en general más seguros. En la guerra moderna, por lo menos antes del advenimiento del conflicto nuclear, sólo una fracción de los soldados entra en combate. El resto está en logística, en un millar de ramas detrás de las líneas. Sólo un hombre entre veinte ve al enemigo.

McGivern estalló:

—No me interesa su filosofía, criminal. Vaya al grano. Quiero que me devuelvan a mi hijo.

—Esta es la cuestión, senador. Hoy día, los pacifistas somos realistas. Estamos dispuestos a luchar, a matar y a morir para evitar la guerra. No nos interesa la supervivencia del individuo; opinamos que otra guerra destruiría la raza, y para salvar a la humanidad haremos cualquier cosa.

McGivern dio un fuerte puñetazo en el brazo de la silla.

—¡Necio! El hemisferio norte pretende dominar el mundo entero. ¡Debemos defendernos!

El pacifista movió la cabeza nuevamente.

—No nos importa quién tiene razón y quién no..., si alguno la tiene. Llega un momento en que esto no significa nada. Nuestros colegas trabajan entre los polarios, del mismo modo que nosotros trabajamos aquí, en el hemisferio sur. Las personas como usted, en el otro bando, juegan con la muerte como usted lo hace, recorriendo el camino que les conducirá a la guerra.

Warren Casey se levantó.

—Tiene una semana para abandonar su cargo, senador. Si no lo hace, nunca más verá a su hijo Fredric. Y luego, uno tras otro, se enterará de la muerte de sus parientes y amigos.

El agente pacifista dio rápidamente la vuelta al escritorio, y el senador, en un esfuerzo por escapar, empujó la silla hacia atrás e intentó ponerse en pie. Pero su tamaño le hacía torpe. Warren Casey se precipitó sobre él y le introdujo una jeringa en el cuello.

El senador Phil McGivern cayó de rodillas maldiciendo e intentó ponerse nuevamente en pie, pero no lo consiguió. Sus ojos se inmovilizaron, y se desplomó inconsciente con una mirada vidriosa.

Warren Casey se inclinó un momento sobre Walters, el secretario, pero decidió que disponía de tiempo suficiente. Lanzó una rápida mirada a la habitación. ¿Qué había tocado? ¿Había olvidado algo?

Salió a grandes zancadas de la habitación, deshizo el camino por el cual le había conducido el mayordomo un cuarto de hora antes, y salió por la puerta principal.

Su taxi se detuvo ante una mansión antigua pero bien conservada. Deslizó unas monedas en la caja de cobros del vehículo y lo miró alejarse entre el tráfico.

Se dirigió hacia la puerta y dejó que la pantalla le identificara. La puerta se abrió y entró.

Una mujer joven, con una expresión tan seria que neutralizaba su natural belleza, estaba sentada ante un escritorio.

Se levantó, le precedió, abrió una puerta y ambos entraron en la sala de juntas. Allí había tres hombres alrededor de la mesa, todos ellos enmascarados.

Casey estaba a sus anchas en su presencia. Se acercó una silla y se sentó. La chica ocupó su puesto en la mesa y se dispuso a tomar notas.

El presidente, flanqueado por los otros dos, preguntó:

—¿Cómo ha ido el asunto McGivern, Casey?

—Tal como estaba planeado. El muchacho no presentó ninguna dificultad. Ahora está en el escondite, a cargo de la operativa Mary Baca.

—¿Y el senador?

—Tal como esperábamos. Le hice todas las advertencias.

—El secretario, Walters, ¿ha sido eliminado?

—Bueno, no. Le dejé inconsciente.

Hubo un silencio.

Uno de los hombres enmascarados dijo:

—El plan era eliminar al secretario para dar mayor énfasis a nuestra determinación ante el senador.

La voz de Casey continuó tranquila:

—Del modo como fueron las cosas, me pareció conveniente hacer lo que hice.

El presidente intervino:

—Muy bien. El operativo trabaja con un considerable margen de iniciativa. Nadie puede prever lo que ocurrirá cuando una operación está en marcha.

Warren Casey no dijo nada.

El segundo miembro del consejo suspiró.

—Pero esperábamos que la vista de un brutal asesinato, justo delante de él, impulsaría a Phil McGivern a someterse inmediatamente. Tal como están las cosas, y si nuestras suposiciones sobre su carácter son ciertas, lo mejor que podemos esperar es que se rinda después de que hayan sido despachados varios de su íntimos.

Casey dijo con cansancio:

—Nunca capitulará, a pesar de todo lo que le hagamos. Es uno de los difíciles.

El tercer miembro de la junta, que hasta ahora no había hablado, comentó pensativo:

—Quizá sería mejor asesinarlo en seguida.

El presidente denegó con la cabeza.

—No. Hemos de acabar con todo esto. Queremos usar a McGivern como ejemplo. En el futuro, cuando nos encontremos en casos similares, nuestra gente podrá amenazar a los otros con este precedente. Lo haremos tal como está planeado —miró a Casey—. Tenemos otra misión para usted.

Warren Casey se recostó en la silla con la cara inexpresiva, a excepción de su perpetuo cansancio.

—Muy bien —dijo.

El segundo miembro del consejo cogió una hoja de papel.

—Es un trabajo de prioridad. Unos treinta operativos están implicados en él. —Carraspeó—. ¿Tuvo usted experiencia de interceptor en su carrera militar?

—Un año, durante la última guerra. Fui abatido dos veces y pensaron que mi cronometraje era correcto, así que me destinaron a los bombarderos

medios.

—Estamos informados de que usted voló en un «Y-36G».

—Así es —Casey se preguntaba adonde irían a parar.

El oficial del consejo dijo:

—La primera clase de la academia espacial se graduará dentro de dos semanas. Hasta ahora la guerra se ha restringido a tierra, mar y aire. Con esta graduación, los militares surgirán en un nuevo medio.

—He leído algo de eso —comentó Casey.

—La graduación será espectacular. La clase es reducida, sólo setenta y cinco cadetes; pero la escuela ya se está expansionando. Todos los demás cuerpos estarán representados en la ceremonia.

Warren Casey deseaba que el otro llegara al fondo de la cuestión.

—Queremos hacer de ello una dramática protesta contra el adiestramiento militar —continuó el otro—. Algo que conmueva a toda la nación y atemorice a todos los que están en contacto con las armas.

El presidente tomó la palabra:

—La fuerza aérea hará una exhibición. Veinte «Y-36G» sobrevolarán la tribuna donde estarán sentados los cadetes que se gradúan, esperando su nombramiento.

Casey empezaba a comprender.

—Usted volará en uno de estos «Y-36G» —continuó el presidente. Pronunció la siguiente frase con lentitud—: Las armas de su aparato serán las únicas que estarán cargadas.

Warren Casey dijo sin ninguna clase de emoción:

—Supongo que me agarrarán.

El presidente hizo un gesto negativo.

—No. Tenemos planes para su evasión. Usted sólo hará una pasada, en la cual bombardeará a los cadetes. Entonces se dirigirá hacia el norte, a toda velocidad...

Casey le interrumpió bruscamente:

—Será mejor que no me diga nada más sobre ello. No creo que pueda realizar este trabajo.

Esto evidentemente desconcertó al presidente.

—¿Por qué, Warren? Usted es uno de nuestros hombres más antiguos y un piloto experimentado.

Casey movió la cabeza, apesadumbrado.

—Razones personales. Ningún operativo está obligado a aceptar una misión que no quiere. Me gustaría no encargarme de ésta, o sea que será mejor que no me diga nada más. De este modo me será imposible ceder bajo cualquier presión y traicionar a alguien.

—Muy bien —dijo el presidente apresuradamente—. ¿Quiere unas vacaciones, un descanso de varios días?

—No; encárgueme otra cosa.

Uno de los miembros del consejo cogió otra hoja de papel.

—El asunto del profesor Leonard LaVaux —dijo.

El profesor Leonard LaVaux vivía en un pequeño *bungalow*, en una parte de la ciudad sin más pretensiones que la de pertenecer a la clase media. El césped podía haber estado más cuidado y las rosas mejor recortadas, pero el lugar parecía acogedor.

Warren Casey iba caracterizado con uno de sus disfraces favoritos: el de periodista. Esta vez llevaba una cámara cogida por la correa y una bolsa de instrumentos colgaba de su hombro. Llamó a la puerta, se apoyó en el marco, asumió una expresión de aburrimiento y esperó.

El profesor LaVaux parecía el clásico ejemplo de sabio estereotipado. Cualquier productor le hubiera contratado a primera vista para un papel de intelectual. Miró parpadeando al pseudoperiodista a través de sus lentes.

Casey dijo:

—*El Star*, profesor. Me envían para hacer unas cuantas fotografías.

El profesor estaba sorprendido.

—¿Fotografías? Creo que no hay ninguna razón por la que yo pueda ser noticia, en este momento.

Casey replicó:

—Ya sabe lo que son estas cosas. Su nombre sale a veces en los periódicos. Nos gusta tener material gráfico en archivo para incluirlo. El

director quiere un par de bonitas fotografías en su estudio. Ya sabe, leyendo un libro o algo así.

—Entiendo —contestó el profesor—. Bueno, bueno, desde luego. Leyendo un libro, ¿eh? ¿Qué clase de libro? Entre, joven.

—Cualquier libro servirá —dijo Casey con cinismo periodístico—. Puede ser *Caperucita roja*, por lo que a mí respecta.

—Sí, claro —contestó el profesor—. ¡Qué tonto soy! Los lectores no podrán ver el título.

El estudio del profesor era una habitación muy masculina. Libros sobre libros, pero también una larga hilera de pipas, un pequeño bar portátil, dos o tres sillones realmente cómodos y un canapé para tenderse sin quitarse los zapatos.

LaVaux cogió uno de los sillones y señaló el otro al presunto fotógrafo.

—Ahora —dijo—, ¿qué hay que hacer?

Casey recorrió la habitación con la mirada.

—¿Vive aquí completamente solo? —preguntó, como si le diera conversación mientras preparaba la fotografía.

—Con el ama de llaves —dijo el profesor.

—Podríamos hacer que saliera en una o dos fotografías.

—Lo siento, pero ha salido.

Casey ocupó el sillón que el otro le había ofrecido.

—Entonces podemos ir directamente al asunto —dijo.

Los ojos del profesor parpadearon detrás de las gafas.

—¿Cómo dice?

Warren Casey inquirió:

—¿Ha oído hablar de los pacifistas, profesor?

—Pues..., pues sí, desde luego. Es una organización clandestina, ilegal.

—El profesor añadió—: A menudo les acusan de asesinatos y otros crímenes atroces, pero yo me inclino a considerar exagerados tales informes.

—No lo haga —le cortó Casey.

—¿Cómo dice?

—Soy un operativo pacifista, profesor LaVaux, y me han enviado para prevenirle de que abandone sus actuales investigaciones; de lo contrario, su

vida correrá peligro.

El otro se quedó con la boca abierta, incapaz de asimilar este cambio de identidad.

Warren Casey dijo:

—Evidentemente, usted no está al corriente de nuestra organización, profesor. Se lo explicaré. Nuestra existencia tiene como propósito el evitar un próximo conflicto armado sobre este planeta. Para asegurarnos de ello, estamos dispuestos a tomar cualquier medida. Somos despiadados, profesor. No me interesa convertirle, sino sólo prevenirle de que, a menos que abandone su actual investigación, es usted hombre muerto.

El profesor protestó:

—Pero yo soy un científico, no un político. Mi trabajo se limita a la investigación. Lo que los ingenieros, los militares y eventualmente el Gobierno hagan para aplicar mis descubrimientos, no me concierne.

—De acuerdo —asintió Casey con amabilidad—. En cuanto a este punto, usted, como muchos de sus colegas, no se ha preocupado del resultado eventual de su investigación. En lo sucesivo, preocúpese, profesor, o le mataremos. Tiene una semana para decidirse.

—El Gobierno me protegerá.

Casey meneó la cabeza.

—No, profesor. Sólo durante un tiempo, incluso si le consagran el esfuerzo de un centenar de policías de seguridad. A lo largo de la historia, un grupo realmente dedicado, con muchas personas y recursos.

—Esto era en el pasado —dijo el profesor sin dejarse convencer—. En la actualidad pueden protegerme.

Casey seguía meneando la cabeza.

—Permítame enseñarle uno de nuestros instrumentos. —Cogió su cámara y sacó la parte de atrás—. ¿Ve este pequeño mecanismo? Es una reducida pistola de muelle que dispara una diminuta aguja hipodérmica a través de la supuesta lente de esta falsa cámara. El dardo es tan pequeño que cuando se introduce en su cuello, mano o vientre, no se siente más que la picada de un mosquito.

El profesor estaba interesado más por curiosidad que por temor. Se

inclinó hacia delante para observar el mecanismo.

—Sorprendente —exclamó—. ¿Lo ha usado usted con éxito?

—Otros operativos de nuestra organización lo han hecho. Hay poca gente, en particular los políticos, que puedan substraerse a los fotógrafos. Esta cámara no es más que uno de los accesorios de nuestro equipo, y con ella un asesino no tiene ninguna dificultad para acercarse a su víctima.

El profesor meneó la cabeza, lleno de admiración.

—Sorprendente —repitió—. Ya nunca me sentiré seguro teniendo a un fotógrafo cerca.

Warren Casey dijo:

—No tiene nada que temer, profesor, si abandona su actual investigación.

Leonard LaVaux preguntó:

—¿Y tengo una semana para decidirme? Muy bien, dentro de ese plazo notificaré a la Prensa o bien que he cesado en mi trabajo o bien que he sido amenazado por los pacifistas y reclamo protección.

Casey empezaba a levantarse, pero el profesor alzó una mano.

—Espere un momento —dijo—. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

El pacifista le miró, poniéndose en guardia.

LaVaux observó:

—Usted es el primer miembro de su organización con el que he hablado.

—Lo dudo —replicó Casey.

—¡Ah! Muy secreta, ¿eh? Sus miembros están por doquier, pero no se les conoce. Entonces, ¿cómo reclutan nuevos miembros? Siendo una organización ilegal, el contacto inicial debe de ser realmente delicado.

—Así es —asintió Casey—. Tomamos todas las precauciones. No nos acercamos a ningún aspirante hasta que es evidente que busca una respuesta al problema de poner la guerra fuera de la ley. Muchas personas, profesor, llegan por sí solas a nuestro punto de vista. Empiezan discutiendo el tema y buscando respuestas y compañeros que piensen del mismo modo.

El profesor estaba fascinado.

—Pero incluso así deben de cometerse equivocaciones, y algunos de sus miembros pueden ser desenmascarados a las autoridades.

—Es un riesgo al que siempre se halla expuesto un agente clandestino.

—Y entonces —dijo el profesor triunfalmente—, toda su organización se hunde. Uno traiciona al otro bajo la coacción de la policía.

Casey rió agriamente.

—No. No es así. Hemos aprendido de los que nos precedieron. La historia de las organizaciones clandestinas es muy larga, profesor. Cada unidad de cinco pacifistas conoce sólo a los que pertenecen a su propia unidad y a un coordinador. Este, por su parte, sólo conoce a otros cuatro coordinadores con los que trabaja, además de un jefe de sección, el cual sólo conoce a otros cuatro jefes de sección con los cuales *él* trabaja, y así hasta llegar a los más altos oficiales de la organización.

—Ya entiendo —murmuró el profesor—. Un miembro normal sólo puede traicionar a otros cuatro. Pero, ¿qué pasa cuando la policía captura a un coordinador?

—Entonces veinticinco personas están en peligro —admitió Casey—. Y a veces ocurre. Pero tenemos decenas de miles de miembros, profesor, y entran otros nuevos diariamente. Crecemos demasiado aprisa para que nos destruyan.

El profesor cambió de tema.

—Bueno, por supuesto nadie puede acusarle de ser un patriota.

Casey le contradijo:

—Es un tipo distinto de patriotismo. Yo no me identifico con este hemisferio.

El otro enarcó las cejas.

—Comprendo. Usted es polario.

Casey meneó la cabeza.

—Tampoco me identifico con ellos. Mi patriotismo es para con la raza humana, profesor. Ya no es una cuestión de nación, religión o hemisferio. Ahora se trata de la supervivencia de las especies. No nos interesa la política, ni los sistemas socioeconómicos o ideológicos más que cuando conducen a un conflicto armado entre las naciones.

El profesor le contempló durante un largo período de silencio. Finalmente dijo:

—¿Cree realmente que dará resultado?

—¿A qué se refiere? —preguntó Warren Casey. Por alguna razón, aquel sabio, fascinante y entremetido científico le seducía. Se hallaba relajado durante la conversación, relajado como no se había sentido desde hacía largos meses.

—Intentando mantener el mundo en paz amenazando, atemorizando e incluso asesinando a los que ustedes creen que aprueban la guerra; ¿cree que lograrán algo?

De repente volvió a invadirle la cautela. Los largos meses de cansancio, dudas, y las crecientes náuseas provocadas por la violencia, violencia y violencia. ¡Si pudiera no volver a oír la palabra *matar*!

Dijo:

—Cuando me uní a los pacifistas, estaba convencido de que eran los que poseían la única respuesta. Ahora he tomado mi resolución, pero quizá no esté tan seguro. ¿Por qué cree que no dará resultado?

El científico le señaló con el dedo.

—Se equivocan al considerar todo esto como una cuestión de individuos. Para darle un ejemplo, en síntesis lo que usted dice es: *matad al dictador y la democracia volverá al país*. Tonterías. Construyen el tejado antes que la casa. Ese dictador no llegó al poder porque fuera tan fabulosamente eficiente como para destruir el deseo de libertad de toda una nación. El mismo es el producto de la situación. Cambien la situación y desaparecerá, pero si se limitan a asesinarle aparecerá otro dictador.

Estas palabras preocuparon a Warren Casey, no porque fueran nuevas para él, ya que casi desde el principio las había pensado en su subconsciente. Miró al científico, esperando que continuara.

LaVaux se tocó el pecho con el índice derecho.

—Yo, por ejemplo. Trabajo en un campo que puede adaptarse a usos militares, aunque a mí no me interese. Pero usted amenaza mi vida si continúo. Muy bien. Suponga que me coacciona y yo detengo mi investigación. ¿Cree usted que otros centenares o millares de hombres capaces lo harán también? Claro que no. Mi rama de la ciencia está al borde de varios descubrimientos. Si no los hago yo, otro los hará. No se detiene una

avalancha parando, una sola piedra.

Un tic empezó a mover la mejilla del rostro normalmente inexpresivo de Casey.

—Así que usted cree... —urgió.

Los ojos de LaVaux brillaban tras sus lentes. Era un hombre de opiniones entusiastas. Dijo:

—Los individuos del mundo moderno no empiezan las guerras. Es algo más básico que todo eso. Si el mundo quiere acabar con la guerra, tendrá que encontrar las causas de los conflictos internacionales y eliminarlos —rió brevemente—, lo cual, por supuesto, abre una nueva línea de investigación.

Warren Casey se levantó y contestó:

—Mientras tanto, profesor, represento a una organización que, aunque posiblemente equivocada, no está de acuerdo con usted. Ya le he dado el ultimátum. Dispone de una semana.

El profesor LaVaux le acompañó a la puerta.

—Me gustaría seguir discutiendo este tema otro día —dijo—. Pero, claro, supongo que no volveré a verle.

—Así es —contestó Casey torciendo la boca—. Si tratamos con usted más adelante, profesor, y espero que no sea así, algún otro lo hará. —Le miró un momento y pensó por un instante en dejar inconsciente al científico de aspecto estereotipado, antes de irse; pero meneó la cabeza, ya estaba cansado de violencia.

Mientras andaba por el sendero del jardín hacia la cancela, el profesor LaVaux le llamó:

—A propósito de su disfraz. Existen varias excelentes drogas de uso oral que oscurecen la piel con mayor efectividad que su método actual.

Warren Casey estuvo a punto de echarse a reír.

Disponía de un intervalo cada dos misiones, lo cual era un consuelo. Sabía que estaba agotado tanto física como mentalmente. Tendría que recordar al consejo su oferta de unas prolongadas vacaciones.

Tomando las usuales precauciones con el fin de evitar que le siguieran,

volvió a su propio apartamento. Había pasado una semana con uno y otro trabajo y era un gran placer pensar en unas horas de completo descanso.

Se desvistió, tomó una ducha y luego se vistió con unas viejas pero cómodas ropas. Fue a la diminuta cocina y se preparó una bebida, pero no encontró hielo, pues había desenchufado la nevera antes de marcharse.

Casey se hundió en su butaca de lectura y cogió el libro que estaba leyendo cuando acudió a la llamada del deber hacía ya una semana. Ya había olvidado el tema. ¡Ah, sí! Era una novela histórica de mosqueteros. Sonrió para sus adentros. ¡Todo era tan simple! Lo único que el héroe tenía que hacer era matar al malvado duque y todo se resolvería por sí solo.

Se sorprendió pensando de nuevo en su conversación con el profesor LaVaux. En esencia, era lo que él..., lo que los pacifistas intentaban hacer. Eliminando el equivalente del malvado duque, los individuos en otras palabras, esperaban resolver los problemas del mundo. Era una solemne tontería.

Dejó la novela y miró, sin verla, la pared de enfrente. Ya hacía tres años que era un agente pacifista. Era probablemente su elemento más antiguo. Un agente no podía esperar sobrevivir tanto tiempo; iba contra los promedios.

Entonces se iluminó la pantalla de su teléfono.

El rostro del senador Phil McGivern le miraba amenazadoramente.

Warren Casey se sobresaltó y se quedó mirándole.

McGivern dijo con frialdad deliberada:

—El edificio está rodeado, Casey. Ríndase. Hay más de cincuenta policías que le impiden cualquier posibilidad de huida.

La mente del pacifista prestó atención. ¿Había algo que pudiera hacer? ¿Algo en el apartamento que pudiera traicionar a la organización o a alguno de sus miembros? Necesitaba unos momentos para pensar.

Trató de dominar su voz y dijo:

—¿Qué quiere, McGivern?

—¡Mi hijo! —el político saboreaba su triunfo.

—Temo que Fredric esté fuera de mi alcance —dijo Casey. ¿Mentía el senador sobre el número de policías? ¿Había alguna posibilidad de huida?

—Entonces, ¿en manos de quién está? Usted lo tiene, Warren Casey, y

nosotros le tenemos a usted.

—Él no está aquí —contestó Casey. ¿Había algún servicio que pudiera hacer? Algún modo de prevenir a la organización sobre el método de que se había valido McGivern para encontrar su pista—. ¿Cómo me encontraron? ¿Cómo sabe mi nombre?

McGivern sonrió.

—Usted es tan tonto como criminal. Se sentó en mi oficina y habló con el acento de su ciudad natal. Lo noté inmediatamente. Usted me dijo que había sido piloto de un bombardero y que desde luego había entrado en acción, lo cual significaba que usted había participado en la última guerra. Y usaba el seudónimo de Jakes, ¿no sabía que la gente que usa seudónimos los basa en algo real? Buscamos en su ciudad natal y encontramos a un periodista llamado Jakes. Le interrogamos. Le preguntamos si conocía a un piloto de bombardero, un veterano de la última guerra. Así era. Un tal Warren Casey. De allí en adelante fue fácil..., criminal. Ahora dígame, *¿dónde está mi hijo?*

Durante un momento Warren Casey sintió gran compasión hacia el otro. El senador se había esforzado por encontrar a su hijo; había trabajado duro y con éxito.

—Lo siento, McGivern, pero no lo sé. —Casey tiró el vaso contra la pantalla del teléfono, destruyéndola.

Se puso en pie y se dirigió a la cocina. Había estudiado su ruta de huida hacía tiempo, al adquirir el apartamento. El montaplatos era lo bastante ancho como para acomodarle. Se introdujo en él, deslizando la cuerda entre sus dedos, rápidamente pero sin vacilar. Se dirigió hacia abajo.

En el sótano sacó una llave y abrió un armario. Rebuscó en él y asió la pistola y dos cartuchos. Introdujo uno en un bolsillo lateral, colocó el otro en la recámara y quitó el seguro. Corrió por el pasillo hacia la planta calorífica. Tenía de su parte el hecho de que la policía de seguridad no había tenido suficiente tiempo para descubrir que el edificio compartía su calefacción central y aire acondicionado con la casa de apartamentos contigua.

Y evidentemente no lo había tenido.

Un montacargas le llevó hasta el tejado de la casa vecina y de allí, con suerte, podría llegar hasta el edificio contiguo y huir.

Salió al tejado y echó una rápida mirada alrededor.

A veinte metros de distancia había tres agentes de la policía de seguridad, de espaldas a él. Dos de ellos iban armados con rifles automáticos, el otro con una pistola, y estaban atisbando sobre el parapeto, probablemente hacia las ventanas de su apartamento.

Les apuntó con el arma, pero de nuevo se sintió invadido por su gran cansancio. «No más muertes. Por favor. No más muertes.» Bajó la pistola, dio la vuelta y se alejó cautelosamente en dirección opuesta.

Una voz detrás de él gritó:

—¡Eh! ¡Alto! Usted...

Echó a correr.

El disparo alcanzó a Warren Casey cuando intentaba saltar al edificio contiguo. Le atravesó y se hizo inmediatamente la oscuridad, y lejos, muy lejos, su último pensamiento fue: «¡Así está bien!»

Un cuarto de hora más tarde, el senador Phil McGivern se inclinó con el ceño fruncido sobre la figura encogida.

—¿No hubieran podido arrestarle? —preguntó agriamente.

—No, señor —se defendió el sargento de seguridad—. Se trataba de dispararle o dejarle escapar.

McGivern no ocultó su disgusto.

El sargento comentó, pensativo:

—Es curioso, podía haber acabado con nosotros tres. Éramos los únicos que estábamos en el tejado. Hubiera podido dispararnos y escapar luego.

Uno de los otros dijo:

—Quizá no tenía valor suficiente.

—No —gruñó McGivern—. Tenía mucho valor.

# EL AÑO DEL TERRESTRE

Hogan Smith

*Se afirmaba, siglos atrás, que los esclavos recobraban la libertad al pisar un país libre. El método podría ser eficaz, aún hoy..., suponiendo que hubiera algún país libre al que se pudiera llegar por un medio que no fuera una astronave.*

Estaba acostado en la oscuridad, esperando. La habitación había sido preparada para que él muriera. Agradecía a sus amigos esta soledad.

No quedaba ya mucho tiempo, así que rememoró de nuevo el día. No podía empezar desde la mañana y recordar el día entero, paso a paso. Había planeado hacerlo así e intentó recordarlo todo tal como había ocurrido; pero sólo pudo hacerlo por partes, como fragmentos de tiempo divididos y entrevistados por su mente.

Recordaba haber estado en la playa aspirando la brisa otoñal, impregnada del olor húmedo y penetrante del mar. Podía recordar esto. Entonces se quedó dormido bajo el cálido sol. Una parte de él nunca dormía. Al cabo de un rato esta parte percibió un sonido, despertó al resto de su ser y pudo sentarse para escuchar y averiguar de qué se trataba.

Cuando oyó de nuevo el ruido se tranquilizó. No era más que el tenue sonido de los pies desnudos de un muchacho sobre la húmeda arena. Ya lo había oído antes muchas veces.

—Terrestre —dijo el chico, y se plantó frente al astronauta.

Éste le miró, vio al chico como entre la niebla y tuvo que mover la cabeza y enfocar los ojos para verle bien. La razón era bastante sencilla. La radiación cósmica había dañado su retina, causando cicatrices en las que no podía formarse imagen visual. Encontró el punto de sus ojos que podía ver y miró al chico.

—Jed, hijo de Jed, que vive junto al mar —dijo el astronauta.

De este modo demostraba al muchacho que le reconocía y le permitía hablar.

—Terrestre, mi padre te saluda y me encarga que te diga que es hora de

comer y que estás invitado a compartir nuestra comida y nuestro techo.

Era un chico robusto, guapo y bien plantado. Tenía la piel morena. Su cabello era totalmente blanco. Sus ojos eran típicos de su pueblo, brillantes rendijas de púrpura iridiscente.

—Me siento muy honrado —dijo el astronauta—. Habla a tu padre y dile que me hace un gran honor, al igual que su hijo.

El ritual era cotidiano, confiriendo un aire de gracia social a una cultura poco evolucionada.

El joven asintió con gravedad, gratamente impresionado por las palabras del astronauta.

—Hablaré a mi padre.

El hombre se levantó y se sacudió la arena de su ropa; luego ambos se dirigieron a la casa de la colina, a una milla de allí.

Tras un adecuado intervalo de silencio, el chico preguntó:

—¿Cómo es tu mundo?

—Parecido a esto. Vuestro planeta es más grande que el mío, pero es similar.

—Pik, hijo de Pik, el zapatero, dice que tu mundo está tan poblado que la gente debe vivir junta en altos y grandes edificios.

—Es verdad. Pero no todos vivimos en edificios así. Algunos viven en casas particulares, como vosotros.

—Pik, el zapatero, dijo a su hijo que tú has estado al servicio de tu pueblo durante largo tiempo.

—Sí —dijo brevemente el astronauta—. Mucho tiempo.

Se encerró en sí mismo, ignorando al muchacho.

¿Cuánto era «mucho tiempo»? ¿Cuánto tiempo había recorrido el espacio por cuenta de la Tierra? ¿Cuánto tiempo había esperado en las salas de hospital mientras reparaban sus partes rotas? ¿Y cuánto tiempo había viajado solo, y a veces asustado, dejando huellas y señales suyas tras de sí, mientras la radiación cósmica atravesaba su cuerpo día tras día? ¿Cuánto era «mucho tiempo»? No podía acordarse.

«Mucho tiempo» era suficiente como para ir de un lado para otro, supuso, sin que hubiera mucha distancia entre el origen y el final.

—Me han dicho que no hablara de ello —dijo el chico—, pero hay muchas cosas que me gustaría saber.

El astronauta le miró y sonrió.

—Habla, y nadie más que nosotros lo sabrá.

—Jed, que es mi padre, dice que has servido bien a tu pueblo, e incluso has luchado en sus guerras.

—Es verdad.

El muchacho hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Según vuestro tiempo, hoy es el fin del tercer ciclo desde que llegaste a nuestro mundo.

—Sí.

—Has dicho que morirás cuando acabe el día.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es la costumbre de mi pueblo —dijo el astronauta, con calma.

—¿Vendrán aquí y te matarán?

—Hay un mecanismo en mi interior que no puede ser extraído. Cuando llegue el momento, me destruirá.

—¿Nunca has traicionado la confianza de tu pueblo?

—No. No, hasta que llegué aquí para quedarme y me casé con la que es tu hermana.

—Pik, hijo de Pik, el zapatero, dice que eres muy rico.

—Los pilotos espaciales están bien pagados.

El astronauta desvió la mirada y volvió a enfocar sus ojos para ver el sendero.

—¿Por qué tienes que morir?

El hombre titubeó durante tanto rato, que el muchacho llegó a pensar que se había ofendido y no contestaría.

—Cuando los astronautas empezaron a salir del mundo, se olvidaban a veces de los intereses de la Tierra y sólo se ocupaban de los suyos propios. Algunos perjudicaron mucho a la Tierra de esta forma, y por eso se implantaron restricciones muy severas para los astronautas. Cuando estas

reglas aumentaron en rigidez, los hombres se mostraron reacios a pasar su vida en el espacio.

»Entonces, durante un tiempo, no hubo viajes espaciales desde mi mundo. Esto ocurrió antes de que yo naciera. No sé cuándo empezaron de nuevo. Yo todavía era un niño cuando todo cambió. Crecí sabiendo que llegaría a ser un piloto espacial. Lo fueron muchos de nosotros. Fuimos siempre a escuelas espaciales. Se nos paga mucho dinero por nuestro trabajo, pero como en el espacio no lo necesitamos, se deposita en un Banco en la Tierra. Cuando lo retiramos es nuestro. Cuando yo muera, el dinero pertenecerá a la que es mi mujer.

—Pero, ¿por qué debes morir?

—Es una cuestión de control. Los pilotos espaciales debemos comunicarnos con ciertos lugares, cada tres ciclos, para que los dirigentes de la Tierra estén seguros de que hacemos lo que debemos. Si no informamos en el lugar y el momento adecuados, el mecanismo de nuestro interior nos destruye.

—No lo considero justo —declaró el chico.

—Cuando yo era joven y quería ser rico y ser piloto espacial, creí que era justo.

—Pero ¿ahora no lo crees?

—No creo que sea indispensable.

—¿Decidiste ser piloto espacial cuando tenías mi edad?

—No recuerdo cuándo lo decidí. Siempre supe que sería piloto espacial.

—¿Estás asustado? —el muchacho no conocía el disimulo.

—Sí —contestó el astronauta—. Estoy asustado.

—¿Hay un *otra-vez-tú* en otro mundo?

—No.

—¿Desearías mucho un *otra-vez-tú*?

El astronauta se detuvo y contempló el mar, aspiró el húmedo aire salado y miró el sol que comenzaba su caída hacia el otro lado del planeta.

—Sí —dijo el astronauta—. Mucho más que cualquier otra cosa que el hombre pueda desear.

El muchacho se inclinó y dibujó algo en la arena con el dedo del pie.

—Entonces, que éste sea el año del terrestre —dijo el chico al mar.

El astronauta puso la mano sobre su hombro.

—Vamos, llegaremos tarde para la comida.

Caminaron hacia la casa. Era una construcción de piedra y se parecía mucho a los antiguos castillos de la Tierra. Un hombre, con las mismas facciones y tez del muchacho, estaba en la puerta principal. Era fuerte, como la tierra que le alimentaba.

El astronauta se detuvo en la puerta. Era la última vez que la cruzaría como un ser viviente.

—Terrestre —dijo el hombre del portal; su tono convirtió esta sencilla palabra en una ceremonia.

—Jed, que vives junto al mar; me honras con tu hospitalidad.

—Mi casa se enorgullece al complacerte —dijo Jed.

El astronauta no podía recordar las horas que siguieron. Debía haber saludado a la mujer de Jed. Era la madre de la joven con quien se había casado, y el saludo prescrito era rígido. No recordaba haberla saludado, ni tampoco su última comida, aunque sí recordaba que la había planeado muchos días antes.

El siguiente fragmento de tiempo que recordaba era cuando se hallaba con su mujer, solos en su habitación. Pronto anochecería.

Pam era una mujer hermosa, y se sentía orgulloso de ella, satisfecho de los meses que había pasado proporcionando datos a las computadoras de la nave, para encontrar un pueblo parecido a los humanos, con los cuales fuera posible la procreación. Pero por encima de todo, estaba orgulloso de que ella le hubiera aceptado como marido.

Se hallaban sentados junto a la chimenea de su habitación cuando se lo dijo. Ya no les quedaba mucho tiempo, pero ella había esperado a encontrarse solos.

—Terrestre —dijo con ternura, y apartó la cabeza de su hombro para poder mirarle a los ojos—. Terrestre, puedes estar orgulloso.

Él no podía hablar. Asintió y esperó.

—Terrestre, tu hijo está en mi vientre, vivo y bien.

—¿Estás segura? —palabras roncadas, palabras impregnadas de intensa

urgencia—. ¿Estás segura?

—Vi a Lor, el que cuida de nuestra salud. Estoy segura. El *ser-ahora-mío* encierra al *otra-vez-nosotros*.

—¡Dios mío! Pam, no sé cómo agradecértelo —pronunció tales palabras como una plegaria.

—¿Por qué agradecerme lo que ha creado nuestro amor?

Él se acercó más al fuego.

—Tengo un hijo —murmuró, mirando las llamas.

—¡Vaya! ¿Cómo sabes que no es una hija?

—Sea lo que fuere, llevará mi sangre —dijo el astronauta—. Será mío.

—Y mío —añadió la mujer.

Él le sonrió.

—No quiero decir que yo sea el único necesario para hacer un niño. Pero estuve mucho tiempo en el espacio. Temía que mi semilla hubiera muerto. Antes de abandonar la Tierra, nos dijeron que teníamos todo lo necesario para engendrar hijos, excepto la semilla. Ésta era la única diferencia entre los pilotos espaciales y los demás hombres.

La mujer volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

—Tu semilla es buena —dijo únicamente.

—Es buena —repitió él—, es buena.

Le acarició el hombro, y este fragmento de tiempo se cerró para él; ya no pudo recordar nada más del día.

El tiempo era algo tan corto y rápido. Su último día, cuando llegó, parecía tan normal que casi no lo reconoció.

Había dicho al muchacho que estaba asustado, pues así lo creía. Ahora ya no estaba seguro. Hubo ocasiones, en el espacio, cuando su vida pendía de un hilo, en que sintió más miedo.

Unos momentos más y estaría muerto; no tenía ninguna duda respecto a ello. Sin embargo, a menudo había estado más asustado en el espacio.

Le llegó una sensación desde más allá de la oscuridad, y supo que la espera había terminado. Oyó un chasquido en su interior, extraño y muy profundo, y su fuerza fue desconectada. Una tras otra, sus partes vitales interrumpieron su misterioso funcionamiento.

«No es tan terrible morir», pensó, y con este pensamiento, la claridad le penetró con tanta violencia que le hizo estremecerse. No podía detener esta claridad tosca y vulgar que había irrumpido en el cálido y tranquilo lugar donde se ocultaba.

Supo lo que la Tierra nunca quiso que aprendiera, lo que no hubiese podido aprender de no ser por la radiación, que había alterado y disminuido el bloqueo que pusieron en su mente.

No era un hombre. Ahora podía recordarlo. Habían cogido tejido humano, y después de cultivarlo y alimentarlo habían cubierto sus huesos con él, pero no era un hombre.

Entonces, ¿qué era si no era un hombre? Existía una palabra para todo; ¿cuál sería la palabra para él?

*Programado*, ésa era. Había sido *programado*. No..., eso no. Los hombres le habían programado al fabricarlo.

¡*Padre!* Esta, sí. Esta era la palabra para él. *Padre*. Porque había engendrado un niño en el vientre de su mujer. No. Sólo un hombre podía engendrar hijos; así se lo habían dicho. Le dijeron:

—Eres exactamente como un hombre, pero no tienes semilla.

Pues bien, ahora tenía semilla; se había asegurado de ello antes de casarse con su mujer. La fuerte y profunda radiación del espacio le había proporcionado esperma, del mismo modo que había alterado el bloqueo mental que los hombres pusieron en su cerebro.

Sintió enfriarse sus extremidades y sonrió a la oscuridad. Su nombre no importaba. Cuando su hijo naciera, tendrían que encontrar un nombre nuevo..., tendrían que encontrar un nombre nuevo..., encontrar un nombre nuevo...

Hubo un chasquido final.

En la Tierra, un hombre de la Compañía Interestelar de Flejes y Minerales anotó que Charlie Abel, modelo 1.500, combinación explorador-soldado, había dejado de existir. El hombre no dio mucha importancia al hecho. Después de todo, la compañía perdía a menudo costosas piezas en el espacio.

# **EL PROFESIONAL**

Edmond Hamilton

*El relato que sigue era inevitable. Y le correspondía escribirlo precisamente a alguien como Hamilton, una de las viejas glorias de la SF, escribirlo: rizar el rizo y escribir la historia, hoy ya nostálgica, del veterano escritor de SF que ve como la realidad empieza a dejar atrás a la imaginación.*

El cohete se erguía alto y magnífico, amparado todavía por los brazos de su armazón, pero esperando, mirando hacia arriba y esperando...

«¿Y por qué diablos —se dijo Burnett— tengo que pensar frases de ficción incluso cuando estoy viendo algo real?»

—Debe de producirte una sensación muy extraña —dijo Dan.

—¡Ya lo creo! —Burnett se encogió de hombros, sonriendo—. Extraña y llena de orgullo. Yo lo inventé. En agosto hará treinta años que, en mi novela *Sueño estelar*, lo diseñé, lo construí, lo lancé y lo hice aterrizar en Marte, y me pagaron a céntimo la palabra por publicarla en *Relatos Fantásticos*.

—Es una lástima que no lo patentaras.

—Alégrate de que no lo hiciera —dijo Burnett—. Vas a volar en él. Mi *Sueño estelar* era más bonito que éste, pero sólo tenía dos breves párrafos de intestinos. —Hizo una pausa, y movió la cabeza—. Resulta bastante adecuado, después de todo. El cheque de cuatrocientos dólares que recibí por *Sueño estelar* fue lo que me dio el valor para pedir a tu madre que se casara conmigo.

Se quedó mirando a su hijo, aquel muchacho delgado, de grave rostro juvenil y tranquila sonrisa. Ahora podía confesarse a sí mismo su decepción de que Dan hubiese heredado la complexión de su madre. Burnett era un hombre corpulento, de cabeza voluminosa, manos grandes y anchos hombros, y Dan siempre le había parecido pequeño y casi frágil. Y ahora, ahí estaba Dan, luciendo el uniforme caqui desteñido por el sol, y fresco como una rosa después de todas las pruebas de presión, vértigo, altitud, y las variadas torturas de las cámaras acorazadas y centrífugas, pruebas que Burnett no sabía si hubiese resistido él aun en sus mejores tiempos. Se sintió invadido

por una emoción insólita y turbadora.

—De todos modos, no irás a Marte con él —observó.

Dan soltó una carcajada.

—En este viaje, no. Nos conformaremos con posarnos sobre la Luna.

Caminaron por la explanada, bajo el sol implacable, dando la espalda al cohete. Burnett tenía una extraña sensación, como si le hubiesen limado todos los nervios y el más ligero estímulo los hiciera vibrar. El sol nunca le pareció tan caliente ni había sentido nunca el escozor de su piel, el olor de la tela de algodón empapada en sudor, el crujido de la arena bajo sus pies y la proximidad de su hijo, que caminaba a su lado...

No lo bastante cerca. Nunca lo bastante cerca.

Era extraño, pensó Burnett, que nunca hasta este momento se hubiera dado cuenta de una laguna en sus mutuas relaciones.

¿Por qué? ¿Por qué no antes y por qué ahora?

Caminaban juntos bajo el sol, y la mente de Burnett trabajaba, la mente del escritor, adiestrada y agudizada por treinta años de lucha con la máquina de escribir y un sueldo precario, la mente que ya nunca podría concentrarse por completo en una situación personal, sino que siempre se mantendría aparte, analítica y fría; Burnett escritor frente a Burnett hombre, como si éste fuera el personaje de un relato. La motivación, el hombre. Una emoción no es real si no ha sido motivada, y ésta no sólo carecía de motivación, sino que era inconsistente. No venía a cuento. A menudo las personas parecen inconsistentes, pero no lo son; siempre tienen una razón para todo, aunque no lo sepan, aunque nadie lo sepa. «¿Cuál es la tuya, Burnett? Sé sincero, ahora. Si no lo eres, ni el hombre ni el personaje tendrán consistencia.»

¿Por qué esta repentina y dolorosa sensación de vacío, de no haber hecho lo suficiente por y para este joven satisfecho y, en apariencia, completamente feliz?

«Porque... —pensó Burnett—, porque...»

Las olas de calor vibraban, resplandecían, y la blancura de la arena, del blocao, y de los distantes edificios era insoportablemente dolorosa para su vista.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Dan con voz aguda y lejana.

—Nada, es la luz, que me deslumbra...

Ahora el sudor recorría su vigoroso cuerpo, y una alarma fría tembló en su interior. «Es esto, claro: estoy asustado. Estoy pensando que... Adelante, suéltalo, no conseguirás nada con ocultarlo. Estoy pensando que este hijo mío trepará dentro de pocas horas a la boca de este maravilloso monstruo, y unos hombres cerrarán la escotilla y se alejarán, y otros hombres pulsarán unos botones y prenderán fuego a la cola del monstruo; y es posible, puede ocurrir que...

»Siempre queda la cápsula de emergencia.

»Naturalmente que sí.

»De todos modos, ahí la tienes, la motivación más sencilla del mundo. La sensación de vacío no es por el pasado, sino por el futuro.»

—El sol puede ser brutal aquí —estaba diciendo Dan—. Tendrías que usar sombrero.

Burnett se rió, se quitó las gafas de sol y secó el sudor que le empañaba los ojos.

—No subestimes a tu viejo padre; aún puedo partirme en dos.

Volvió a ponerse las gafas y siguió caminando a paso firme junto a Dan. A sus espaldas, el cohete apuntaba hacia el cielo.

En la sala común de la vivienda de los astronautas se reunieron con algunos de ellos: Shontz, que iría con Dan; Crider, que sería el tercer tripulante, y tres o cuatro más del equipo. Otros ya se habían ido hacia las estaciones de control general, desde donde seguirían el vuelo de Dan y Shontz. Todos eran de un temple similar al de Dan, «que no era corriente, ni mucho menos», pensó Burnett. La mayoría le habían visitado en su casa. Tres de ellos incluso habían leído sus relatos antes de conocerles a él y a Dan. Ahora, naturalmente, todos estaban familiarizados con sus cuentos. Parecían encantados de tener en su equipo a un muchacho inteligente cuyo padre era escritor de ciencia ficción. No dudaba de que hacían bromas al respecto, pero ahora le acogieron con alegría, y él también se alegró, porque necesitaba alguna distracción para olvidar la frialdad de su interior.

—¡Hola! —exclamaron—. Aquí llega el experto en persona. ¿Qué tal, Jim? ¿Cómo va todo?

—He venido a asegurarme de que lo estáis haciendo tal como lo hemos escrito —dijo.

Ellos sonrieron.

—¿Y cuál es el veredicto de un viejo profesional? —preguntó Crider.

Burnett apretó los labios y adoptó una actitud crítica.

—No está mal, excepto un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Las inscripciones del cohete. Habría que pintarlas con colores más vivos, amarillos y rojos, para que contrastasen con la negrura aterciopelada y cuajada de estrellas del espacio.

Shontz dijo:

—Yo tenía una idea mejor: quería que pintaran el cohete de un negro aterciopelado, cuajado de estrellas, para que los habitantes del espacio no advirtieran nuestro paso. Pero los generales se limitaron a mirarnos de un modo muy peculiar.

—Son unos analfabetos —dijo un muchacho alto, de rostro solemne, llamado Martín. Era uno de los tres que habían leído los relatos de Burnett. «Me chiflaron», había dicho al comentarlos, haciendo que Burnett se sintiera más pasado de moda que halagado.

—Tienes razón —convino Crider—. Dudo de que conozcan siquiera al capitán Marvel.

—Esto es lo malo de casi toda la gente de Washington —dijo Fisher, un chico de cara redonda, alegre y tostada por el sol, a quien también habían «chiflado» los relatos de Burnett—. De niños no leyeron más que las aventuras del capitán Billy, y por eso ahora salen con preguntas como: «¿Por qué poner a un hombre en la Luna?»

—Bueno —repuso Burnett—, no se trata de nada nuevo. Ya le dijeron lo mismo a Colón. Por suerte, siempre hay algún idiota que no se conforma con los convencionalismos.

Crider levantó la mano derecha.

—¡Os saludo, camaradas idiotas!

Burnett soltó una carcajada. Ya se sentía mejor. Era fácil relajarse al verles tan tranquilos y contentos.

—No os hagáis los listos conmigo —dijo—. Todos habéis salido de mi pluma. Cuando lloriqueabais en la cuna, yo os inventaba con tinta y el sudor de mi frente para poder pagar las facturas. ¿Y, qué hicisteis vosotros, seres desagradecidos? Os convertisteis en personas reales.

—¿En qué está trabajando ahora? —preguntó Martin—. ¿Va a escribir la continuación de *El hijo de los mil soles*? Fue un relato estupendo.

—Depende —repuso Burnett—. Si me prometéis no acercaros a la constelación de Hércules hasta que yo haya escrito el libro... —contó con los dedos—. Edición seriada, edición encuadernada, edición de bolsillo... Tres años como mínimo. ¿Os veis capaces de esperar?

—Por usted, Jim —dijo Fisher—, nos demoraremos.

—De acuerdo, entonces. Pero os aseguro que no es nada fácil. Con todos esos sondeos alrededor de Marte, Venus, y la divulgación de cuanto se descubre, y un sesudo científico que aparece todos los días con un nuevo avance en partículas elementales, criogenia o campos de fuerzas..., la cosa se está poniendo complicada. Actualmente, he de saber de qué estoy hablando, en vez de limitarme a elaborar una teoría o inventar algo totalmente imaginario. Y ahora, mi propio hijo parte hacia la Luna, y cuando vuelva me explicará cómo es en realidad, y ya habrá doce relatos más que no podré escribir.

Eran palabras, sólo palabras. Pero pronunciarlas y contemplar aquellos rostros sinceros y sonrientes le hacía mucho bien, y ya no sentía aquella frialdad interior...

—Ten fe, papá —dijo Dan—. Ya te encontraré algo en las cavernas: una ciudad muerta, por ejemplo, o una galaxia lejana y abandonada.

—¿Y por qué no? —dijo Burnett—. Todo lo demás ya ha ocurrido. —Les sonrió—. Voy a deciros algo: la ciencia ficción es un difícil medio de vida, pero me alegro de que todo se haya realizado mientras yo vivo para verlo, y para saber cómo se lo toma la gente que se reía de aquellas patrañas infantiles. La expresión de asombro en sus pequeños rostros cuando fue lanzado el «Sputnik», y el horror que se apoderó de ellos cuando empezaron a comprender que el espacio es realmente, algo inmenso...

Ahora no hablaba por hablar; sentía una gran emoción y un gran orgullo

de que su propia carne formara parte de aquel futuro que se había convertido tan rápidamente en presente.

Hablaron un rato más, pero llegó el momento de irse, y se despidió de Dan tan casualmente como si el muchacho partiese para un corto viaje entre Cleveland y Pittsburgh. Sólo un momento, cuando se volvió a mirar el cohete, que ahora aparecía muy lejano, como un dedo blanco que apuntara hacia el cielo, el miedo volvió a retorcerle las entrañas.

Aquella noche volvió a su casa de Cartersburg, en el Ohio central. Estuvo levantado hasta muy tarde, hablando de Dan con su mujer, del aspecto que tenía, de lo que había dicho, y de lo que él, Jim, creía que su hijo sentía en realidad.

—Es feliz como una almeja cuando sube la marea —le dijo—. Tendrías que haber venido conmigo, Sally. Te lo aconsejé.

—No —contestó ella—. No quería ir.

Su rostro reflejaba la misma calma y tranquilidad que el de Dan, pero una nota en su voz le impulsó a rodearla con sus brazos y besarla.

—No te preocupes, cariño. Dan no está preocupado, y es él quien se va.

—Exactamente —repuso ella—. Es él quien se va.

Burnett tomó una o dos copas de más para que le ayudaran a conciliar el sueño. Pero incluso así, no durmió bien. Y por la mañana llegaron los periodistas.

A Burnett comenzaban a disgustarle los periodistas. Algunos de ellos eran buenos chicos, otros se limitaban a hacer su trabajo; pero había otros... en especial aquellos que consideraban emocionante que un escritor de ciencia ficción fuese padre de un astronauta.

—Dígame, míster Burnett, cuando usted empezó a escribir ciencia ficción, ¿creía que todo aquello se haría realidad?

—Es una pregunta un poco tonta, ¿no cree? —replicó Burnett—. Si lo que quiere saber es si yo creía posibles los viajes espaciales... sí, así es.

—He leído algunos de sus primeros relatos. Logré hacerme con algunas revistas viejas...

—Ha tenido suerte. Algunas de ellas se están vendiendo por casi tanto dinero como el que me dieron por los relatos. Continúe.

—Verá, míster Burnett, no sólo algunos de sus relatos, sino casi todos, me impresionaron por su fe en los viajes espaciales. Dígame, ¿cree usted que sus relatos de ciencia ficción contribuyeron a hacer realidad los viajes espaciales?

Burnett refunfuñó:

—Seamos realistas. La verdadera razón de que se lancen cohetes ahora y no hace un siglo es el temor que tienen las dos grandes potencias de que la otra les tome la delantera.

—Pero usted cree que la ciencia ficción contribuyó en algo a su realización, ¿verdad?

—Bueno —repuso Burnett—, podría decirse que animó a la opinión pública y preparó un poco el clima mental para lo que tenía que venir.

El periodista ya había obtenido la respuesta que deseaba, e insistió triunfalmente:

—Así que se podría decir que los relatos que usted escribió hace años son en parte responsables de que su hijo vaya a la Luna.

El vacío volvió a producirse en el interior de Burnett. Repuso, con voz átona:

—Podría decirse así, de querer añadir un matiz sentimental de interés humano a las razones para el viaje a la Luna, pero carecería de fundamento.

El periodista sonrió.

—Verá, míster Burnett, seguramente sus relatos tuvieron alguna influencia sobre Dan en la elección de su carrera. Quiero decir que, habiendo estado expuesto a ellos durante toda su vida, leyéndolos, oyéndole hablar a usted, ¿no será eso la que le empujó a decidirse?

—No tenía por qué ser esto, y no lo fue —contestó Burnett, y abrió la puerta—. Y ahora, si quiere disculparme, tengo muchas cosas que hacer.

Cerró la puerta con llave. Sally había salido para ahorrarse las entrevistas, y la casa estaba silenciosa. Se dirigió al jardín de la parte posterior y permaneció allí, mirando fijamente unas flores rojas y fumando, hasta que se calmó del todo.

—Bueno —dijo en voz alta—. Olvidémoslo.

Volvió a entrar en la casa y fue a su habitación de trabajo (nunca la había

llamado *estudio* porque nunca estudió en ella, sólo trabajó). Cerró la puerta y se sentó ante la máquina de escribir. En el rodillo había una hoja escrita a medias, y, sobre la mesa, seis hojas de papel carbón y el borrador lleno de tachaduras del primer capítulo aún sin terminar de la continuación de *El hijo de los mil soles*. Leyó la última página, luego la que había en la máquina, y apoyó las manos en el teclado.

Después de largo rato, suspiró y empezó a escribir de un modo casi mecánico.

Más tarde llegó Sally, y le encontró allí sentado. Había sacado la hoja de la máquina, pero no volvió a poner otra; estaba inmóvil, como ensimismado.

—¿Dificultades? —preguntó Sally.

—No logro salir adelante, eso es todo.

Ella le sacudió cariñosamente los hombros.

—Ven a tomar una copa y déjate de preocupaciones por un buen rato.

No acostumbraba hablar así. Él asintió y se levantó.

—Nos vendría bien dar un paseo en coche por el campo y podríamos ir al cine por la noche.

«Cualquier cosa con tal de olvidar que mañana por la mañana se efectuará el lanzamiento, si el tiempo es bueno. Dan ya está fuera de nuestra tutela, aislado, y recibiendo las instrucciones finales.»

—¿Le impulsé a ello? —preguntó de repente—. ¿Lo hice alguna vez, Sally?

Ella le miró, sorprendida, y luego movió enérgicamente la cabeza.

—No, Jim, nunca lo hiciste. Fue sencillamente su vocación, así que olvídale.

«Claro. Olvídale.

»Pero a Dan se le marcaron sus horizontes desde muy joven, y, ¿quién puede saber en qué momento dejamos caer la semilla en su camino? Quizá fue sólo una palabra, valorada en dos, uno o incluso medio centavo, y olvidada hace tiempo, lo que había conducido al chico a aquella pequeña cápsula de acero al extremo del cohete.

»Mejor será que lo olvides; ya nada puedes hacer.»

Dieron el paseo por el campo, comieron algo, fueron al cine, y después no

podieron hacer otra cosa que volver a casa y acostarse. Sally se fue a la cama; Jim ignoraba si dormía. Se quedó sentado en su despacho, solo, con una máquina de escribir y una botella.

En torno suyo, colgadas de la pared y enmarcadas, había las ilustraciones originales de las cubiertas y el interior de sus relatos. Una era del *Sueño estelar*, escrito mucho antes de que Dan naciera, que mostraba un precioso cohete blanco en el espacio, con Marte al fondo. Bajo los cuadros, había una estantería que contenía el resultado de más de treinta años de trabajo: montones de papeles amarillentos, con los bordes desgajados, tomos en rústica y ediciones de lujo con brillantes cubiertas. Aquella habitación era él mismo, un caparazón compuesto de sus necesidades y sus sueños de los momentos inspirados en que de su mente fluían las ideas como el agua de un manantial, y de los momentos áridos en que no se le ocurría nada, y del trabajo que amaba y sin el cual dejaría de ser Jim Burnett.

Miró la máquina de escribir vacía y las páginas junto a él, y pensó que si iba a pasarse la noche en vela, debería continuar el relato. ¿Qué era lo que le había dicho Henry años atrás? «Un profesional es un escritor que puede componer un relato cuando no tiene ánimos para hacerlo.» Era verdad, pero incluso para un viejo profesional había ocasiones en que...

A cierta hora de la noche, Burnett se quedó dormido en el sofá, y soñó que se encontraba junto a la cerrada escotilla de la cápsula y que la golpeaba, llamando a Dan. No podía abrirla, y se paseaba furiosamente alrededor de ella, hasta que pudo mirar a través de la portilla y ver a Dan tendido en su sillón modular, vestido como un muñeco, con un reluciente casco de plástico, mientras sus manos enguantadas manipulaban las filas de palancas y manivelas de colores con una eficiencia fría y calmada que le daba una extraña semejanza con un robot. «Dan —le gritó—, Dan, déjame entrar, no puedes irte sin mí.» Vio que Dan volvía la cabeza dentro de su casco de plástico, aunque continuó manipulando las palancas y manivelas. Vio una sonrisa en su rostro, una sonrisa cariñosa, pero impersonal, y le pareció que movía la cabeza con algo de impaciencia, y le oyó contestar: «Lo siento, papá, no puedo detenerme ahora; tengo el tiempo limitado». Una persiana, o una cortina, o quizá una nube de vapor del hidrógeno líquido, ocultó la

portilla, y ya no pudo seguir viendo a Dan, y cuando volvió a golpearla no tuvo fuerzas para producir el más ligero sonido.

Entonces, de improviso, se encontró muy lejos, y el cohete se elevaba en el cielo mientras él continuaba gritando: «Dan, Dan, déjame entrar». Pero un trueno ahogó su voz. Empezó a llorar de rabia y frustración, y sus lágrimas hacían el mismo sonido que la lluvia.

Cuando despertó era ya de día, y se acercaba una pequeña tormenta, una de esas tormentas indecisas que no cambian nada. Se levantó, entumecido, intentando recordar su sueño, y entonces miró el reloj. Faltaba algo menos de dos horas para el lanzamiento.

Bebió un trago para deshacer el nudo que tenía en el estómago, y dejó la botella. Pasara lo que pasase, tenía que estar sobrio para verlo.

«Vaya sueño estúpido», pensó. No había estado en absoluto preocupado, sólo furioso.

Sally ya estaba levantada y había preparado café. Oscuras ojeras cercaban sus ojos, y sus arrugas parecían más marcadas que nunca. No es que Sally fuera vieja, pero ya no tenía veinte años, y esta mañana se le notaba.

—¡Animo! —le dijo, besándola—. Lo han hecho otras veces, ya lo sabes; unas ocho, y todavía no han perdido a nadie. —En seguida, supersticiosamente, sintió haberlo dicho. Rió demasiado alto—. Si conozco a Dan —añadió—, si conozco a este muchacho, ya debe de estar sentado en esa cápsula más fría que la nariz de un oso polar en enero; el único hombre del país que no está...

Se calló de repente, y sonó el teléfono. *El* teléfono. Hacía tiempo que habían cortado la línea regular, para evitar el gran número de llamadas de parientes, amigos, vecinos, periodistas y entremetidos, y este teléfono que sonaba era privado entre ellos y el Cabo. Lo descolgó y escuchó, mirando a Sally, que permanecía como petrificada en medio de la habitación, con una taza en las manos, y al final dijo: «Gracias», y colgó.

—Era el mayor Quidley. Todo va bien menos el tiempo. Pero creen que estas nubes pasarán pronto. Dan está perfectamente. Nos envía un abrazo.

Sally asintió con la cabeza.

—Si aplazan el lanzamiento lo sabremos en seguida.

—Espero que no lo hagan —murmuró Sally—. No me siento capaz de empezar de nuevo.

Tomaron el café, entraron en la sala y pusieron la televisión; y allí estaba, en la pantalla, solitario y magnífico en el centro del campo desierto, con su brillante superficie, rodeado de pequeños chorros de vapor, y muy arriba, muy pequeña, al extremo del enorme cohete, la cápsula apuntaba impacientemente hacia las nubes.

Y Dan estaba allí dentro, equipado, con el casco puesto, alejado ahora de los hombres y de su tierra natal, esperando, observando el cielo y escuchando para oír la palabra que le mandaría al encuentro de los truenos y a desafiar a los rayos, hacia la silenciosa y negra inmensidad donde las estrellas...

«¡Oh, Dios mío! Palabras habladas, palabras escritas, pero no hay palabras ni papel en ese maldito ataúd donde está mi hijo, mi pequeño, mi niño de dientes sucios, pantalones rotos y rasguños en las rodillas, del cual nunca debió esperarse que desafiara a los rayos y los truenos; nadie es capaz de hacerlo. Los héroes inventados están hechos de madera y pueden hacerlo, pero Dan es humano, delicado y fácil de romper. No tiene nada que hacer allí, ni él ni nadie.

»Y sin embargo, en aquel sueño demente, yo estaba desesperado porque no podía ir con él.»

Cuarenta segundos, y continuaba la cuenta atrás. Quizá lo aplazarían...

Rostros de locutores, diciendo esto y aquello, hablando, haciendo tiempo, expresando ponderadas opiniones. Personajes importantes explicando su punto de vista. Rostros de gente, montones de gente con niños, comida, botellas de gaseosa, sillas plegables, gafas de sol, pantalones estrechos y absurdos sombreros que luego lanzarían al aire; todos observando.

—Me atacan los nervios —gruñó Jim—. ¿Dónde se creen que están, en una gira campestre?

—Todos están con nosotros, Jim. Les desean suerte, a él y a Shontz.

Burnett se calmó, avergonzado.

—De acuerdo —masculló—, pero ¿es preciso que beban naranjada?

El locutor se ajustó los auriculares para escuchar y dijo:

«La cuenta atrás continúa, señoras y caballeros. Treinta y nueve

segundos. Todos los sistemas están apunto, la nubosidad desaparece, y ya sale el sol...»

El comentarista desapareció de la pantalla y se vio nuevamente el cohete. El sol caía de pleno sobre sus pulidos costados y su extremo largo y afilado.

Dan notaría el calor del sol.

«Treinta segundos y la cuenta continúa.

»Me gustaría escribirlo en vez de estar contemplándolo —pensó Burnett—. Lo he descrito cien o doscientas veces. La nave se eleva entre llamas, firme, segura, parecida a una flecha de plata con una cola de fuego, y sabes mientras lo escribes que va a hacer exactamente esto porque tú lo dices, y que se sumergirá en la libre y ancha oscuridad del espacio y se dirigirá sin dificultad alguna adonde tú le ordenes.»

Veinte segundos.

«Me gustaría —pensó Burnett—, me gustaría...»

No sabía lo que le gustaría. Se sentó y clavó la vista en la pantalla, y apenas se dio cuenta cuando Sally se levantó y salió de la habitación.

«Diez, nueve segundos. También es ciencia ficción esta cuenta atrás. Hace algunas décadas, alguien lo hizo en una película o en un relato porque creyó que sería una buena idea y ahora lo hacen aquí.

»Con mi hijo.

»Tres, dos, uno, ignición, el humo blanco se convierte en nubes en forma de hongo desde la base del cohete; pero no ocurre nada, nada absolutamente. ¡Ah, sí, claro que sí!, todo el aparato empieza a elevarse, sólo que parece ir mucho más despacio que los otros que he visto. ¿Qué sucede? ¿Qué diablos sucede?

»Nada, no ocurre nada malo todavía. Aún está subiendo, y quizá no va más despacio que los otros, sólo lo parece. Pero, ¿dónde están todas las emociones que estaba seguro de experimentar, después de haberlo escrito tantas veces? ¿Por qué estoy sentado aquí, con los ojos muy abiertos y las palmas de las manos sudorosas, temblando un poco, no mucho, pero sí un poco...?»

Por encima del monótono estruendo y de todas las voces, la voz de Dan, tranquila y rápida: «Todos los sistemas funcionan. Todo va bien. ¿Cómo se

ve desde ahí abajo? Esto es estupendo...»

Burnett sintió una insensata punzada de resentimiento. «¿Cómo puede estar tan tranquilo mientras nosotros nos consumimos aquí abajo? ¿Es que no le importamos un bledo?»

«Efectuada la separación..., efectuada la segunda etapa de la ignición..., todo va bien», continuó diciendo la tranquila voz.

Y Burnett supo de pronto la respuesta a su resentido asombro. «Conserva la calma porque está haciendo el trabajo para el que ha sido entrenado. Dan es el profesional, no yo. Nosotros, los escritores que soñábamos despiertos y llenábamos borradores sobre el espacio, no éramos más que aficionados; pero ahora han llegado los verdaderos profesionales, los jóvenes serenos, tostados por el sol, que no hablan del espacio, sino que simplemente se dirigen hacia él y lo conquistan...»

La flecha blanca continuó su ascensión, las voces siguieron hablando, y el cohete desapareció.

Sally volvió a la habitación.

—Ha sido un lanzamiento perfecto —dijo Jim, y añadió, sin saber por qué—: Ya se ha ido.

Sally se desplomó en una silla, en silencio, y Burnett pensó: «¿Qué clase de diálogo es éste en un hombre que acaba de ver a su hijo lanzándose al espacio?»

Las voces seguían hablando, pero ya sin tanta tensión. «Ha sido perfecto, todo va bien, ya están en camino...»

Burnett se levantó y apagó el televisor. Como si hubiese estado esperando que se hiciera el silencio, el teléfono volvió a sonar.

—Contesta tú, cariño —dijo Jim—. Todo va bien, por lo menos de momento... Será mejor que vuelva al trabajo.

Sally le dirigió una sonrisa, la clase de sonrisa que una esposa dirige a su marido cuando conoce sus pensamientos y quiere darle a entender que a ella no le importa, que siga fingiendo si así lo desea.

Burnett entró en su estudio y cerró la puerta. Cogió la botella y se sentó frente a la máquina de escribir, ante el rodillo vacío y un ordenado montón de hojas amarillas a un lado, y el todavía delgado manuscrito al otro. Le echó

una mirada, y después miró hacia la estantería donde se amontonaban treinta años de revistas, libros, sueños, dedicación, sudores y grandes desengaños, como un montón de rígidos cadáveres hechos de papel.

«Seguramente sus relatos han tenido alguna influencia sobre Dan en la elección de su carrera.»

—No —exclamó Burnett en voz alta, y bebió un trago.

«¿No habrá impulsado todo esto..., a su hijo..., a volar hacia la Luna...?»

Tapó la botella y la dejó sobre la mesa. Se levantó, caminó hacia la estantería y se quedó ante ella. Contempló los libros, cogió uno y después otro, y contempló las brillantes cubiertas con las naves espaciales, los astronautas con sus cascos, y los fondos de estrellas y planetas.

Volvió a colocarlos en sus sitios respectivos. Inclino un poco los hombros y entonces golpeó suavemente con el puño los montones de silenciosos papeles.

—Malditos seáis —murmuró—, malditos seáis...

# EL PEQUEÑO ANTON

R. Bretnor

*Los libros de historia se esfuerzan en ofrecernos una imagen digna y circunspecta de los grandes genios, aunque por fuentes menos convencionales sabemos que a menudo el genio presenta un aspecto más bien poco ortodoxo... Como el de un corpulento y procaz octogenario, o el de un bizqueante adolescente lleno de granos que trafica con pornografía...*

La víspera de la llegada del pequeño Anton a la Isla de Ellis, el consejo de administración de la compañía Luedesing de instrumentos de precisión de New Haven se reunió en sesión especial, para determinar la suerte de su tío abuelo, Papá Schimmelhorn.

A través de sus gafas de montura dorada, el viejo Heinrich Luedesing miraba furiosamente a su hijo Woodrow, al consejo y al capitán Perseus Otter, de la Marina de los Estados Unidos.

—Lo he dicho miles de veces —resopló con fuerte acento alemán—, y ahorra lo rrepito, nunca despedirré a Papá Schimmelhorn. ¡Es un genio!

—Vamos, vamos, papá —le apaciguó Woodrow Luedesing, esforzándose por asumir su mejor sonrisa Dale Carnegie—, lo que ocurre es que las cosas han cambiado. Recuerda que ya no somos la fábrica de relojes de cucú Luedesing. Hemos progresado; tenemos nueva maquinaria. Hay nuevo capital en la firma. Tenemos un contrato para fabricar esos supersecretos detectores «Wilén» para la Marina. Es un material que necesita científicos competentes y especializados. No puede ser dirigido por un técnico en relojes de cucú.

El viejo Heinrich movió la cabeza con obstinación.

—Bien, papá —la sonrisa había desaparecido de sus facciones, siendo instantáneamente reemplazada por las adecuadas pena y simpatía filiales—. No nos gustaría forzar las cosas. Pero... —Woodrow se encogió de hombros — no nos dejas otra alternativa. Después de que el capitán nos dé el punto de vista de la Marina, tendremos que votar.

El capitán Perseus Otter se levantó, inclinándose hacia delante. Esto acentuó su asombroso parecido con Lord Nelson, o, por lo menos, con un

busto de Lord Nelson hecho por algún escultor de fuerte tendencia antibritánica. Era una particularidad desafortunada, cruelmente observada por una larga sucesión de oficiales superiores y por todas las damas que podían haberse casado con él. Le había convertido en un hombre amargado.

—Señor Luedesing —estalló—, hace ocho semanas que aprobé el ascenso de este hombre, Schimmelhorn, de encargado a superintendente de producción, como usted sugirió. En mi opinión no estaba calificado para ese puesto. Tiene ochenta años. Dejó la escuela a los once. Su coeficiente de inteligencia equivale al de un patán de altos vuelos. Su moralidad es censurable. A pesar de todo, cedí ante su criterio. Y aquí, señor, están los resultados.

Sacó dos piezas de su maletín.

—Como usted sabe, el elemento crítico del ingenio «Wilén», la parte que nos permite detectar todos los barcos y aviones, amigos o enemigos, en un radio de mil millas, es el ensamblaje M. Es tan secreto que ninguno de nosotros sabe lo que contiene, tan secreto que debe ser fabricado enteramente por mecanismos automáticos sellados. Schimmelhorn instaló estas máquinas. Sólo él conoce su funcionamiento. Lo único que sabemos nosotros —la voz del capitán tembló con justificada ira— es que el ensamblaje M debía fabricarse en una sola pieza en vez de dos, y que no debía contener ningún mecanismo de relojería.

Un murmullo recorrió la mesa. Las piezas pasaron de mano en mano: un ovoide de plata con seis delgadas patas de porcelana y un tubo vacío en forma de seta lleno de extraños elementos, en cuyo centro resaltaban varias piezas metálicas.

—En resumen —declaró el capitán Otter—. Primero, las piezas no encajan en el tubo. Segundo, el tubo no encaja dentro de la unidad, donde ahora es imposible ponerlo. Tercero, necesitamos que el mismo Wilén venga desde el Instituto Tecnológico de Massachusetts a remediar la situación. Y cuarto —se sonrojó como si una sirena desnuda acabara de pasar ante él—, desde el jueves, señor Luedesing, se han quejado veintiocho empleadas. Schimmelhorn las molesta continuamente.

—Papá Schimmelhorn no molesta a las mujeres —se acaloró el viejo

Heinrich—. Se limita a insinuarse.

El capitán Otter se cruzó de brazos.

—Expondré la actitud de la Marina simple y directamente. Señor Luedesing, *¡Schimmelhorn debe irse!*

Inmediatamente después, por ocho votos contra uno, los miembros de la junta decidieron retirar a Papá Schimmelhorn, regalándole un reloj de oro, una pensión y un certificado firmado. Luego, y a indicación de Woodrow Luedesing, fueron a buscarle para comunicarle la buena noticia.

Papá Schimmelhorn era el doble de corpulento que Heinrich Luedesing. Iba magníficamente ataviado con pantalones y chaqueta deportiva a cuadros verdes, y una deslumbrante camisa anaranjada, y en su colorada mejilla, a medio camino entre la ceja izquierda y la poblada barba blanca, había una marca de lápiz de labios.

Se sentó despreocupadamente en el borde de la mesa y puso un brazo alrededor de los hombros de Heinrich.

—Heinrich, siempre pierdes el tiempo con tales mequetrefes. Sería mejor que fueras con Papá Schimmelhorn a ver a la nueva rubia de la oficina de facturación. Te lo aseguro —señaló al capitán y dirigió a los directores un expresivo guiño—, ¡sería capaz de volver a la vida a un marinero ahogado!

El capitán Perseus Otter siseó ligeramente, como una máquina a punto de ponerse en marcha. Y Woodrow Luedesing, intentando asumir una expresión amistosa pero firme, aprovechó la pausa.

—Hemos estado hablando de usted, señor Schimmelhorn —murmuró—. Estamos preocupados por su..., su edad avanzada, su esfuerzo por acomodarse al rápido avance de la industria moderna, el impacto de nuevos problemas demasiado complejos para sus sencillos conocimientos... Es triste pero cierto que, tarde o temprano, la antorcha del progreso debe ser entregada por las manos temblorosas que tan valientemente la han sostenido hasta ahora. La compañía Luedesing de instrumentos de precisión, señor Schimmelhorn, desea que sus últimos años sean felices. Como director general, yo...

Papá Schimmelhorn dio un jovial bufido.

—Heinrich, ¡cuántas tonterías dice Woodrow! Te dirré lo que necesita —levantó una mano gruesa y nada temblorosa—, una buena azotaina en el trasero. ¡Eso será suficiente!

Woodrow Luedesing, palideciendo ligeramente, buscó la protección del capitán Otter. Varios directores colocaron sillas con toda precipitación entre ellos y Papá Schimmelhorn.

—*Nein*, Papá, *nein* —una lágrima humedeció el poblado bigote del viejo Heinrich—. Ya es demasiado tarde. ¡Ya no trabajas aquí! Has sido retirado, con una pensión, un reloj de oro, y quizá un diploma.

—Por mi recomendación —intervino altivamente el capitán Perseus Otter.

—*Ach, zo?* —Papá Schimmelhorn no parecía estar nada impresionado—. Ahorra lo entiendo, Heinrich. Es porque Woodrow se avergüenza de los relojes de cucú. También —miró de arriba abajo al capitán—, por su culpa. ¡Está celoso porque no puede tener una chica como los demás marineros!

Dos directores se echaron a reír y el capitán Otter comenzó a sisear de nuevo. Pero el viejo Heinrich no se divertía.

—Les he dicho, Papá, que sin ti su trabajo fracasará. Les he dicho que has sido bedel del Instituto de Física Avanzada de Ginebra, donde escuchaste a los *Herr Professors* y te convertiste en un genio. Pero el capitán dice que el aparato está mal hecho...

Con una risita ahogada, Papá Schimmelhorn volvió la espalda a los directores.

—Escucha, Heinrich; he hecho algunas mejoras, pero lo he mantenido en secreto ante estas cabezas de chorrito. Falté tres semanas al Instituto porque conocí a una viuda pelirroja que... —se dio unos golpecitos en la cabeza—. Aquí falta algo que aún no he metido y el interior del ingenio todavía está fuera. No te preocupes, Heinrich, lo arreglaré. Verré a mi amigo Albert de New Jersey. Erra un chico avisado en Suiza, casi un genio como yo. Iré a verle en cuanto traiga al pequeño Anton.

Sacó una fotografía del bolsillo, mostrando a un niño gordo y algo bizco, que miraba atentamente a una rolliza niñera.

—Éste es el pequeño Anton —exclamó con orgullo—. ¡Pesaba ocho kilos

al nacerr! Y ahorra nos lo exporrta desde Suiza a Mamá y a mí, parra que se conviertra en un hombrre distinguido, no como Woodrow.

Se levantó, con sus ojos de un azul brillante echando chispas hacia el consejo.

—No te enfades con ellos, Heinrich. Prronto cometerrán un grran errorr, entonces me pedirrán que vuelva y todo se arreglarrá. Y luego —se golpeó el corpulento pecho—, ¡ja, ja, ja!, quizá, si se porra bien, ¡enseñarré al marrinerro cómo conquistarr a una chica!

Cuando Papá Schimmelhorn llegó a la Isla de Ellis y preguntó por el pequeño Anton Fledermaus, las autoridades competentes abandonaron inmediatamente a todos los inmigrantes del barco, para cumplir la misión en persona.

No encontró nada extraño en ello. Mientras esperaba, flirteó con una negrita de Marrakech y se felicitó de no estar al alcance de los penetrantes ojos de Mamá Schimmelhorn y su duro paraguas negro.

En gran parte guiándose por la fotografía del pequeño Anton, iba equipado con una tortuga de juguete, caramelos y un cuento, cuyo título era *Willie Wabbit*. Por eso no prestó atención a dos guardias uniformados que empujaban a un jovencito ya crecido, que se encontraba en la más repugnante etapa de la adolescencia. Este jovencito llevaba calzones cortos y una chaqueta tres tallas menor de lo que necesitaba, y por todo equipaje ostentaba un cepillo de dientes en el bolsillo superior. Los ayudantes le condujeron hasta Papá Schimmelhorn, le espetaron: «Es todo suyo», y se fueron a toda prisa.

Quitándose respetuosamente la gorra, el jovencito se dirigió a Papá Schimmelhorn con un «querido tío abuelo». Entonces, con una voz que iba de un tímido murmullo a un bajo atronador, pronunció un pequeño discurso en alemán, para expresar los saludos de numerosos parientes y prometer que sería un buen chico y haría lo que le mandaran.

—*¡Pequeño Anton!* —Papá Schimmelhorn soltó a la chica de Marrakech y abrazó al chico calurosamente. Lo apartó un poco para inspeccionarlo—.

Pequeño Anton, ¡cuánto has crecido!

El pequeño Anton retrocedió hasta estar fuera de su alcance.

—¡Caramba! —exclamó—. Creo que ya no creceré más.

—Perro..., perro, ¿hablas inglés?

—Psé —gruñó el pequeño Anton—. He visto las películas de gánsters. El alemán que te he hablado era para causar efecto.

—¡Oh, ja, ja, ja! ¡Pensar que te he traído caramelos y una tortuga de juguete! —Papá Schimmelhorn se desternillaba de risa—. ¡Es un buen chiste a mi costa!

El pequeño Anton echó una mirada a la chica. Por un momento sus ojos bizquearon.

—Papá —se rió—, la hubieras conquistado de no venir yo. Bueno, será en otra ocasión; dale un beso de despedida y vámonos de juerga.

Estas señales de precocidad entusiasmaron a Papá Schimmelhorn. Dio un pellizco a la señorita de Marrakech, que coquetamente murmuró algo en árabe. Entonces agarró por el brazo al pequeño Anton.

—Y ahorra —dijo cuando abandonaron la Isla de Ellis—, iremos a Nueva Jersey a verr a mi amigo Albert. Eso es lo primero antes de la juerga. Y por el camino te hablarré de América.

Inmediatamente, le contó la historia de George Washington y el cerezo, y esto le condujo, naturalmente, al tema de su propia carrera. Cuando llegaron a la estación de Pennsylvania (donde hicieron una pausa para reclamar un desgastado maletín y una gran caja de zapatos en consigna), el pequeño Anton ya conocía la vida privada de varias damas alegres de Berne, New Haven y lugares intermedios. Al llegar a Jersey, ya estaba instruido sobre la necesidad de unirse al frente masculino contra la tiranía doméstica de Mamá Schimmelhorn, y, diez minutos después de que arrancase el tren, había recibido información técnica sobre el detector «Wilen», cuyos detalles, sin pasar por censura, hubieran provocado un ataque de apoplejía en el capitán Perseus Otter.

Oyó todo esto sólo a medias. Soltaba un «¡oh, oh!» de vez en cuando o lanzaba un «¿va en serio?». Una vez, mirando a su tío abuelo con gran admiración, exclamó:

—¡Diablos! Cuando tenga tu edad, papi, seré un viejo macho igual que tú.

Pero pasó la mayor parte del tiempo contemplando a los pasajeros jóvenes, en especial a las chicas, bizqueando los ojos y haciendo expresivos comentarios como «¡caray!» o «¡vaya tía buena!»

Pero por fin, Papá Schimmelhorn dio unos golpecitos en la caja de zapatos que sostenía sobre sus rodillas, y dijo:

—Verrás, pequeño Anton, te diré por qué el asunto es tan secreto. Harrá todas las funciones que te he contado, y además otra que es una gran sorpresa.

Los ojos del pequeño Anton se dilataron. Fijos en la caja de zapatos, bizquearon ligeramente.

—¡Yupi! —exclamó—. Lo llevas aquí contigo, ¿eh? —entonces, con evidente alegría, sacudió el pulgar por encima de su hombro izquierdo—. ¡Eh!, me huelo que por eso ese pequeño bastardo del rincón nos ha estado siguiendo el rastro —gritó—. ¡Me huelo que es un espía!

Papá Schimmelhorn no sólo era un genio. Era un genio con *savoir faire*. Volviéndose con calma, miró de soslayo al bajo y pálido individuo sentado tres asientos más atrás. Luego se rió, divertido.

—¡*Dumkopf!* —se mofó—. Que nos siga no quiere decir que el pequeño bastardo sea un espía. ¿Has oído hablar del FBI? Eso es lo que es. Servicio de seguridad.

—Estás chiflado, papi —replicó el pequeño Anton en voz alta—. He visto a esos tipos en las películas. No se parecen a lo que se atrapa en las ratoneras.

—¡Ja, ja! —Papá Schimmelhorn le golpeó el muslo; su regocijo se oyó en todo el compartimiento—. Los del FBI son listos, pequeño Anton. ¡Eso es un disfraz!

Para entonces, todos los miraban, y cada uno hacía sus propios comentarios. Esto pareció incomodar al hombrecillo, que se removió en su asiento unos segundos. Entonces, calándose su sucio sombrero hasta las orejas, echó a correr y desapareció.

Después de esto, el tumulto decreció gradualmente, y los demás pasajeros, perdiendo interés, volvieron a sus periódicos y cabezadas.

Papá Schimmelhorn dio a Anton unos golpecitos en la cabeza.

—Erres un loco —le dijo—. Cuando seas mayorr, podrrás prreocuparrrte de los espías. Ahorra es mejorr que me los dejes a mí.

—Demonios —refunfuñó el pequeño Anton—. Me temo que te crees el único genio de la familia. Bueno, papi, no digas que no te lo avisé.

Se encerró en sí mismo, mirando fijamente sus pies, rascándose pensativamente los granos de la cara.

Papá Schimmelhorn no le reprendió por su insolencia. Apoyando los codos en el asiento delantero, comenzó a leer el grueso ejemplar del *Newsweek* que sostenía un viajero con gafas. Durante varios minutos, moviendo lentamente los labios, lo recorrió mientras el dueño de la revista fruncía el ceño y se impacientaba.

De repente, cuando el hombre iba a volver la página, Papá Schimmelhorn alargó la mano y le detuvo el brazo.

—¡Esperre! ¡*Donnerwetter*, éste es Albert! —Su mano libre señalaba la fotografía de un viejo y agradable individuo, que necesitaba con urgencia un corte de pelo—. Esperre un momento, quiero leerr...

El hombre se removió en su asiento emitiendo varias protestas airadas, y Papá Schimmelhorn se sumergió en la lectura de un párrafo que comentaba el viaje a Harvard del profesor Albert Einstein, para dar un ciclo de conferencias sobre su nueva teoría de la relatividad.

—¡Siempre supe que erra inteligente! —dijo Papá Schimmelhorn mientras movía la cabeza con admiración—. Ahorra lo han converrrtido en prrofesorr, ¡imagínate!

Y como su víctima, mascullando algo, se trasladó al otro lado del pasillo, se acomodó nuevamente en su asiento.

—*Ach*, pequeño Anton, es una brroma pesada parra nosotrrros. ¡Albert estarrá ausente dos semanas! Tenemos que bajarr en la prróxima estación y tomarr el tren de Massachusetts. Hablarré inmediatamete con el conductorr.

Expresó esta resolución con firmeza, y sin duda la hubiese puesto en práctica si no hubiera entrado una morena.

Era una morena muy guapa, parecida a las que solían decorar los primeros esfuerzos de Cecil B. DeMille, pero iba engalanada a estilo más moderno. Iba vestida con algo espectacularmente negro, llevaba largos

pendientes escarlata y un bonito maletín. A medida que avanzaba contoneándose hacia ellos, sus rasgados ojos parecían examinar cada rostro con detenimiento. Entonces, encontraron a Papá Schimmelhorn y se detuvieron en él. Al pasar por su lado, le dirigió una lánguida y cálida sonrisa.

Papá Schimmelhorn respiró profundamente y miró al pequeño Anton. Éste bizqueó, babeó y dijo: «¡Ostras!». Por lo menos de momento, el *rapport* se había restablecido.

La morena se instaló en el asiento que había ocupado el hombre bajo y pálido. Su perfume llegó hasta ellos con intensidad.

Hizo temblar los cabellos de las orejas de Papá Schimmelhorn.

—Pequeño Anton —dijo con decisión—. Tengo algunas ideas...

—¡Yo también! —manifestó el pequeño Anton.

—... Y una de mis ideas es que se dirrige al concurso de belleza de Atlantic City. Y otra es que Albert está demasiado ocupado con sus conferencias. No estarría bien que lo molestárramos yendo a Massachusetts. Serría de mala educación. Volverrá dentro de dos semanas. Hay mucho tiempo. Nosotros, tú y yo, nos tomarremos unas vacaciones junto al marr. Quizá vayamos a Atlantic City, donde hay tanta gente interesante. Puedes aprenderrlo todo sobre América...

El hotel Lorelei no era ni el más elegante ni el más moderno de Atlantic City. Sus días de gloria se habían esfumado con el traje de baño largo, y ahora albergaba a sacerdotes retirados, viudas de tenientes coroneles y gente de escasos recursos, con cuatro o más niños.

Como Papá Schimmelhorn y el pequeño Anton no encajaban en ninguna de estas categorías, fueron recibidos con frialdad por la gerencia. Un ceñudo empleado de Nantucky los inspeccionó y les pidió el pago por adelantado, después de lo cual les hizo pasar tan de prisa por el lujoso vestíbulo de color púrpura, que no pudieron ver a la morena y al hombre bajo del sombrero sucio inscribiéndose detrás de ellos.

Papá Schimmelhorn inspeccionó su habitación con satisfacción.

Apropiándose de la cama más cercana a la ventana, deshizo la maleta, de la cual sacó una alegre camisa hawaiana, un par de sandalias, unos pijamas floreados que colgó en la dorada lámpara de gas y eléctrica, y un reloj de cucú. Éste último, con la ayuda de un gran clavo y el tacón de un zapato, fue colgado en la pared.

—Igual que en casa.

Sonrió y esperó algún comentario halagador por parte del pequeño Anton.

Pero no hubo contestación. Sólo oyó un chasquido agudo y metálico. Se volvió y se quedó boquiabierto.

Arrodillado en el suelo, el pequeño Anton estaba abriendo la primera de tres enormes maletas.

—¿Dónde... —exclamó Papá Schimmelhorn—, dónde has conseguido esas maletas?

—En Suiza —dijo el pequeño Anton tranquilamente.

—Perro... *Gott im Himmel*... ¿Cómo?

—Quiero ser contrabandista y estoy practicando. Cuando sea realmente bueno haré que Chinks pase la frontera. Pero de momento esto es suficiente. Tú eres un genio, papi, puedes aprender la técnica con rapidez.

Abrió la primera maleta.

—Relojes —declaró con orgullo—. Doscientos relojes que no han pagado aduana.

Abrió la segunda.

—Postales francesas —anunció—. Me las quitarán de las manos.

Papá Schimmelhorn echó una rápida mirada.

—No me extraña que te exportaran de Suiza —murmuró enrojeciendo.

—Mi ropa y material —terminó diciendo el pequeño Anton mientras señalaba la tercera maleta—. Tendrán que esperar hasta más tarde.

Papá Schimmelhorn no pronunció una palabra más. Se sentó en la cama y, mientras el pequeño Anton se ocupaba de hacer el inventario, se devanó los sesos en busca de información sobre su sobrino nieto. Al cabo de un rato recordó que Mitzi Fledermaus había mencionado a su hijo en las cartas que escribía a Mamá. El pequeño Anton había sido un niño de gran imaginación, que tenía extraños sueños, pretendía tener amigos a los cuales sólo él veía y

desaparecía misteriosamente durante horas. Además, ¿no había habido cierto robo en una tienda, que nadie pudo probar?

El cerebro de Papá Schimmelhorn daba vueltas mientras consideraba todos estos asuntos, con otros datos, tales como el misterioso dominio que poseía el muchacho del inglés coloquial. Por fin llegó a una conclusión.

—*Mein* pequeño Anton —empezó con dulzura—. He estado pensando. Cuando hay un genio en la familia pueden haberr más...

El pequeño Anton estaba llenando sus bolsillos con montones de postales.

—Empiezas a entender —gruñó sin pararse.

—... Y hace un rrato, cuando llegaste, me dije: «Nuestro pequeño Anton es listo, un niño prrodigio. Algún día serrá un genio como yo».

—Papi —dijo el pequeño Anton—. No sabes más que la mitad.

La voz de Papá Schimmelhorn se volvió grave.

—Los genios deben trrabajarr juntos, pequeño Anton. Te enseñarré todo lo que sé, y tú... —se frotó las manos— me enseñarrás el trruco de la maleta.

—¡Yupi! —lanzó el pequeño Anton—. Has dado en el clavo, papi.

Se dirigió a la puerta.

—¡Esperra, pequeño Anton! —gritó Papá Schimmelhorn—. ¿Adónde vas? Son las nueve.

—Voy a vender mis sucias fotografías —replicó el pequeño Anton, palpando sus bolsillos repletos—. Este parece ser el sitio adecuado y necesito pasta. Y no te preocupes, no me echarán el guante; la poli no puede hacer nada a los mayoristas.

Dio la vuelta al picaporte. Durante una fracción de segundo bizqueó.

—¿Quieres saber algo de la muñeca del tren, papi? —preguntó—. *¡Tiene tatuado un reloj de cucú en el abdomen!*

La puerta se cerró bruscamente tras él y se fue, dejando a su tío abuelo con la imaginación en plena efervescencia y un problema aún más arduo en su mente.

—¿Es posible? —se maravilló Papá Schimmelhorn—. Un cucú en su abdomen. ¡Qué bonito!

Empezó a andar de arriba abajo como un león enjaulado. ¿Cómo lo habría averiguado el chico? Y, ¿cómo le convencería para que le enseñase el truco?

Había..., había algo..., algo en una de las cartas de Mitzi Fledermaus sobre el pequeño Anton, que tenía entonces cuatro años, y había sido reprendido por hablar de algo que nadie más entendía. Quizá...

Papá Schimmelhorn se detuvo en sus paseos. Se puso las sandalias y la camisa hawaiana y se estiró en la cama, para atacar el problema con comodidad. En aquel momento el cucú de la pared entraba y salía y cantaba diez veces, marcando la hora...

Y casi al mismo tiempo, alguien golpeó ligeramente la puerta.

—¿Quién es? —bramó Papá Schimmelhorn—. Pequeño Anton, ¿ya has vuelto?

La puerta se abrió; pero quien entró no fue el pequeño Anton, sino la morena. Iba ataviada con un pijama de cóctel negro y rojo, con motivos chinos, que le sentaba como una segunda piel.

Sus ojos se agrandaron al ver a Papá Schimmelhorn y se llevó una mano a los labios.

—¡Oh! —gritó—. Yo... ¡debo haberme equivocado de habitación!

Papá Schimmelhorn se puso en pie de un salto. Se inclinó de tal modo que casi arrastró la barba por el suelo. Le aseguró galantemente que, desde su punto de vista, no existía tal error.

—Pero, ¿cómo es eso? Yo *le* conozco. El conductor me dijo que iba usted a Princeton. Usted es el profesor del tren.

Papá Schimmelhorn asintió con modestia.

—No soy un profesor; sólo soy un genio. No he ido a Princeton porque *mein* amigo Albert Einstein no está.

—¡Un..., un genio! ¡Oooh! —De algún modo la puerta pareció cerrarse tras de ella—. Así que usted sabe todo sobre la ciencia, ¿verdad? Quiero decir sobre geometría y física y... bueno, *todo*. —Juntó las manos—. Por favor, ¿puedo venir a hablar con usted alguna vez cuando..., cuando no esté demasiado ocupado inventando sus nuevas teorías?

Su voz era profunda, perturbadora, algo así como la de Edith Piaf con crema chantilly. Los pelos de la barba de Papá Schimmelhorn se pusieron a temblar.

—¡Acabo de terminarr las teorías de toda la semana! —exclamó

alegremente—. Podemos hablarr ahorra mismo...

Se acercó a ella con los ojos fijos en su torso. La cogió con suavidad pero muy firmemente por el codo.

—¡Oh, profesor —suspiró ella—, soy tan *afortunada*!

Decidiéndose por la sutileza, la condujo a una silla.

—Me llamo Schimmelhorn —murmuró—. Perro tú puedes llamarme Papá.

—Mi nombre es Sonya, es decir Sonya Lou.

—Te llamarré Lulú, es más fácil. No te prreocupes, te diverrtirrás. Voy a llamarr al botones parra que trraiga en seguida palomitas de maíz.

—*Adoro* las palomitas de maíz —dijo Sonya Lou.

Él llamó al timbre y se sentó en el brazo de la silla que ocupaba la joven. Enlazó su cintura con el brazo derecho. Ella le miró.

—Ahora hábleme de la *ciencia* —murmuró con fervor.

La mano izquierda de Papá Schimmelhorn se unió con la derecha. Su dedo índice buscó el segundo botón del floreado pijama.

—Empezarremos —le dijo— hablando de pájarros. Me gustan mucho los pajarritos, ¡son tan grraciosos! Los gorriones, las golondrrinas y los petirrojos. Perro en especial —dio la vuelta al botón—, los cucús pequeñitos.

La llegada a New Haven de Ferdinand Wilen casi coincidió con la marcha de Papá Schimmelhorn, y, al principio, estos dos sucesos parecieron obrar maravillas en el capitán Perseus Otter. Se adelantó a grandes pasos, como si, después de una prolongada y peligrosa travesía, hubiese llegado a puerto y su nave ostentara una nueva capa de pintura. Su parecido con el héroe de Trafalgar era más evidente que antes, e incluso hizo un esfuerzo para reanudar su infructuoso asedio a una deslumbrante divorciada llamada señora Bucklebank.

Pero pasaron dos días, y tres, y cuatro. Al quinto, el capitán Otter se encontró de nuevo en presencia del viejo Heinrich Luedesing y de la junta. Sólo que ahora habían llegado refuerzos. Estaba Wilen, con su tic nervioso y profundas ojeras. También estaba un vicealmirante de redonda proa e

impresionante manga. Y también dos contraalmirantes. Y un oficial grande y colorado, cuya cuarta hilera de galones estaba adornada con un lazo.

Era evidente que los tres almirantes miraban de arriba abajo al capitán Otter. También resultaba obvio que el otro oficial trataba de ocultar una profunda fascinación.

—Doctor Wilen —pronunció el vicealmirante—, le ruego que haga su informe.

Las manos flacas de Wilen se posaron sobre la mesa.

—Lo he verificado todo —dijo histéricamente—, comprobando cuatro veces cada servomecanismo, cada enlace, cada generador, cada parte y cada proceso... *todo*. Y lo único que he encontrado es un pequeño espacio vacío, y cuatro terminales que no llevan a ninguna parte —se mordió las uñas—. ¡Tendría que funcionar!, pero... sigue rechazando mis tubos con mecanismo de relojería, ¡pese a todos mis esfuerzos! Los tubos siguen estando fuera cuando tendrían que estar *dentro*. ¡Oh, ja, ja, ja! —rompió en sollozos.

El vicealmirante se dirigió a Otter.

—¿Qué dice usted? —preguntó.

El capitán Otter se estremeció y no dijo nada.

—Hable, Otter, ¿recomendó usted o no el retiro de ese... de ese tal Papá Schimmelhorn?

—Sí, señor. Pero...

—¿Se da usted cuenta, Otter, de que el detector «Wilén» es un proyecto en el que también participan los británicos? Como tal vez habrá usted oído, son nuestros aliados. Se han tomado la molestia, Otter, de mandar hasta aquí el mayor de sus portaaviones, HMS *Impressive*, al mando de este caballero. —Inclinó su cabeza hacia los galones dorados con lazos—. El capitán Sir Sebastian Cobble, CB. El barco está en el puerto de Nueva York, con su equipo completo a excepción del ensamblaje M. Éste debe ser instalado a bordo en un plazo de dos días. Cuarenta y ocho horas, Otter. Ocúpese para que sea así. Le hago responsable.

Hubo un suspiro, posiblemente de alivio, por parte de Woodrow Luedesing.

—Me dieron a entender, almirante —el capitán Perseus Otter estaba muy

pálido—, que mis deberes aquí se limitaban a aconsejar. He hecho lo que he podido. Incluso he mandado a un hombre a buscar a Schimmelhorn. No puedo hacer más.

—¡Vamos, vamos, Otter! No entra dentro de nuestra tradición rehuir nuestras responsabilidades, y menos para entregarlas a un civil. ¿Acaso trata de decirme que desde que llegó aquí no ha servido usted más que de adorno?

Se oyó un agudo crujido, mientras el capitán Sir Sebastian Cobble, CB, partió su pipa en dos con los dientes.

—Ciertamente que no, señor —masculló el capitán Otter.

—Pues bien, no tiene usted ningún problema. Encuentre al tal Schimmelhorn, hágale arreglar este ensamblaje M o lo que sea, y llévelo inmediatamente a bordo del *Impressive*.

Mientras el vicealmirante estaba diciendo esto, un secretario entró y murmuró algo al oído del viejo Heinrich.

—No, lo siento —anunció éste en un tono desolado—. No hemos encontrado a Papá Schimmelhorn, pero Mamá Schimmelhorn está aquí. Si lo desean, la haré pasar.

—Sí, desde luego —asintió el vicealmirante—. Puede que tenga información.

El viejo Heinrich abandonó la habitación, y volvió inmediatamente, acompañado de una anciana dama, muy erguida, vestida de tafetán negro. Iba armada con un paraguas y sus ojos despedían chispas.

—Caballerros —dijo Heinrich Luedesing—; les presento a Mamá Schimmelhorn.

Los almirantes se levantaron.

Mamá Schimmelhorn los contempló.

—Qué desgracia —observó en tono reprobatorio—. Bebiendo, persiguiendo a las chicas y escandalizando por la noche.

Se produjo un reservado silencio.

—Señora... —el vicealmirante se inclinó—. Estoy encantado, y seguro de que usted puede ayudarnos. Tenemos que encontrar a su marido...

—¡Ja! —el puntiagudo extremo del paraguas de Mamá Schimmelhorn golpeó el pavimento—. ¡Es una nulidad! Hace cinco días que se fue, y ¡esto

es lo que recibo de él!

Abrió un bolso negro de bolas de azabache, extrajo de él una postal y se la tendió al vicealmirante.

No era una postal del pequeño Anton. Era una fotografía del Taj Mahal. En una de las ventanas había una gran X, y en el reverso, un mensaje que, traducido libremente, decía así: «*Pasándomelo de marravilla. Ojalá estuvierras aquí. La X señala nuestra habitación. Carriños y besos de tu buen marido, Papá. (También del pequeño Anton.)*»

—¡Perro se ha olvidado del matasellos! —exclamó Mamá Schimmelhorn—. ¡Atlantic City! ¡Hay que verr!

El vicealmirante le dio las gracias, y prometió devolver a su cariñosa custodia a Papá Schimmelhorn. Entonces se dirigió de nuevo al capitán Perseus Otter.

—Bueno, ya sabemos dónde está —declaró—. Siga mi consejo, Otter. Si Sir Sebastian está de acuerdo, puede llevarle a usted a bordo del *Impressive*. Póngase en contacto con la patrulla del puerto de Atlantic City; ellos le ayudarán a encontrar a Schimmelhorn. Tengo entendido que lleva consigo uno de los detectores, así que todo está arreglado. ¿Ve ahora lo sencillo que es?

—Ya se lo dije —el viejo Heinrich sonreía—. No se preocupen, Papá Schimmelhorn lo arreglarrá.

—Zarparé a las cuatro, señor —dijo el capitán Sir Sebastian Cobble, mirando con suspicacia al capitán Otter.

Ferdinand Wilen no había dicho una sola palabra. Mirando fijamente a un punto en el espacio, estaba ocupado en hacer vibrar con el índice su labio inferior.

Mientras el inventor del ensamblaje M se encontraba en esta posición, en New Haven, Papá Schimmelhorn y el pequeño Anton no perdían el tiempo en Atlantic City.

Día tras día, los relojes y las postales francesas entrados de contrabando por el pequeño Anton iban disminuyendo en número, mientras los fajos de billetes que obtenía por ellos se amontonaban en proporción directa.

También día tras día, Papá Schimmelhorn perseguía a Sonya Lou o Lulú.

La asedió sucesivamente con exhibiciones de fuerza, relatos de sus pasadas conquistas, bebidas refrescantes, y ardientes palabras de amor. Incluso, en dos ocasiones, le regaló flores.

Pero nada hizo efecto, ni siquiera la queja desolada (y absolutamente falsa), de que Mamá Schimmelhorn no le comprendía. Para él, el cucú tatuado en su abdomen siguió siendo un misterio.

Se lo tomó con filosofía y le comentó alegremente al pequeño Anton una noche:

—Escucha, pequeño Anton —le dijo—. Esa Lulú tiene la cabeza llena de pájarros. ¡Imagínate! Sólo habla de ciencia, ciencia, ciencia.

—Ochocientos sesenta y cuarenta hacen novecientos —replicó el pequeño Anton, contando sus beneficios ilegales—. No está mal para tres días de trabajo, ¿verdad, papi?

—Cuando la pellizco un poco ella dice: «No, no; hablemos de la relatividad»; si le muerrdo una orreja, dice: «No pienses en mí. Adorro eso que guarda en la caja, ¿en qué principio se basa?» *Ach*, pequeño Anton, ¡qué mujerr! No es natural.

—¿Sabes una cosa? —replicó el pequeño Anton—. Me apuesto algo a que es una espía.

Y así estaban las cosas el día antes de la difícil experiencia del capitán Otter con los almirantes. El pequeño Anton había vendido todas las postales, excepto un escogido montón de tres docenas, y se había tomado un merecido descanso en el vestíbulo del hotel Lorelei. Hundido en una silla, detrás de una maceta, bizqueaba con lujuria, mientras examinaba los rasgos más notables de tres rollizas jóvenes matronas que charlaban a cierta distancia.

De repente, oyó una voz junto a su oído. Era baja y vibrante, e inmediatamente supo que era Sonya Lou.

—Pero, Boguslav —protestaba—, he estado usando la técnica cuarenta y cuatro tal como dice el manual. ¿Tengo la culpa porque el viejo loco no responde? Lo único que quiere es pellizcar, manosear y quitarme la ropa. ¡Dios mío! Estoy llena de moretones.

Una voz de hombre le contestó:

—Entonces, te has equivocado, Sonya. En el manual su clasificación es

Bestia, Burgués, Individualista, Subtipo 7-C. Por lo tanto, ésta es la técnica correcta.

El pequeño Anton dio media vuelta silenciosamente. Olvidando a las jóvenes matronas, atisbó a través de las hojas de las plantas, y vio un sucio sombrero.

La voz del hombre se endureció:

—El manual está basado en la ideología marxista. Nunca se equivoca. Ya sabes el castigo por un fracaso, ¿verdad?

—Desde luego que lo sé —rió ella nerviosamente—. No me he dado por vencida, tengo otra cita con él esta noche. Pero, ¿por qué no estará ese estúpido chico en su lugar? Podría usar la técnica Uno, ya sabes, en la cama sin nada puesto, con la caja de zapatos en mi poder..., y tú vendrías a rescatarme justo a tiempo —gimió—. Por lo menos no tendría que luchar con tanto énfasis durante una semana.

Por unos momentos, el rostro del pequeño Anton palideció, pensativo. Luego cogió silenciosamente las postales y, apartando las hojas de las plantas, las metió en el bolsillo de la chaqueta de Boguslav.

Entonces, cuando el hombrecillo salió solo del hotel, le siguió.

Aquella noche, Sonya Lou no acudió a la cita con Papá Schimmelhorn. Éste esperó veinte minutos, treinta, treinta y cinco. Se paseó por la habitación. Al final llamó a la de ella, y como no estaba, se encogió de hombros con filosofía. «Hay muchos peces en el marr —se dijo—. El cucú está tatuado y así continuará.»

Entonces, pensó en una manicura que había cultivado con cuidado, como reserva; sacó la mitad de una bolsa de caramelos que había comprado aquella tarde, como cebo, y silbando alegremente se dirigió a su apartamento.

Su carencia de atractivos no le estropeó la noche en absoluto, y estaba de un humor excelente cuando volvió al hotel, a las cuatro de la madrugada. Sonrió con tolerancia al ver la cama sin deshacer del pequeño Anton, se tumbó en la suya y durmió el sueño de los justos hasta mediodía.

Su primer pensamiento al despertarse fue para Sonya Lou. Descolgando

el teléfono, gritó:

—¡Buenos días! Aquí Papá Schimmelhorn. Quiero hablarr con Lulú.

—La señorita Mikvik abandonó el hotel hace dos horas —dijo la voz sin inflexiones de Nantucky—. A la dirección le gustaría saber cuándo seguirá usted su ejemplo.

—¿Qué? —El cucú en el abdomen, ¡tan bonito!, había levantado el vuelo y desaparecido, quizá para siempre—. ¿Adónde fue?

—No dejó ninguna dirección —dijo su interlocutor, y colgó ofensivamente.

Papá Schimmelhorn hizo lo mismo. Inmediatamente comprendió que su magnética personalidad había sido demasiado para Lulú. Había despertado en ella pasiones ocultas de las que se asustaba, y por eso se había ido. Lleno de pena, deseó que la pobre chica no se diera nunca cuenta de lo que se había perdido.

Se incorporó y se desperezó, con la intención de dar al pequeño Anton útiles indicaciones sobre la vida y las mujeres, pero se dio cuenta que el pequeño Anton aún no había vuelto. «*Ach*, bueno —pensó—. La juventud siempre es la juventud. Debe estarr con alguna colegiala, sobándose y acarriándose como dos tórrtolos, ¡qué bonito!»

Lleno de simpatía hacia el chico, se vistió, se cepilló la barba y se fue a comer. *En route*, un titular llamó su atención:

¡DIPLOMÁTICO SOVIÉTICO ARRESTADO AQUÍ!  
¡Fotografías obscenas! «Sucio complot de Wall Street», declara un agregado del telón de acero.

Se acercó más y leyó:

*12 de julio:* Boguslav V. Popopoff, agregado comercial del Consulado de Rungaria, se halla en la cárcel de Atlantic City bajo la acusación de poseer tres docenas de postales pornográficas, descriptas por los oficiales que le arrestaron como «las más lascivas que hemos

visto».

Cogido ayer noche, gracias a los informes proporcionados por un joven no identificado, al cual Popopoff se acercó como a un cliente en potencia...

—¡Carramba, carramba, qué interesante! —dijo Papá Schimmelhorn continuando su camino, para pasar el resto de la tarde en el paseo costero y la playa, llenos de alegres corrillos de jóvenes en traje de baño, a las cuales permitió graciosamente que le estiraran la barba, le palparan sus gigantescos bíceps y le robaran un beso.

Cuando volvía pensativamente al hotel, después de cenar, otros asuntos vinieron a ocupar su pensamiento. Un *jeep* gris salió de estampida de una esquina, frenó casi en seco y se paró a su lado. Una pareja de policías le observó con asombro.

—Supongo que usted es Papá Schimmelhorn —dijo uno de ellos.

—El mismo, joven. Yo soy.

—Suba, papi. Daremos un paseo. La Marina le necesita con urgencia.

—¡Irros! —rió Papá Schimmelhorn dando un paso atrás—, no me gustan sus rridículos pantalones, y además soy demasiado viejo.

—Mire, papi —el *jeep* rugió impacientemente—. No le estamos reclutando. Hay un gran personaje que le espera en su hotel. Ahora suba y acompáñenos.

—*Ach*, eso es otra cosa —Papá Schimmelhorn advinó en seguida que el capitán Otter necesitaba ayuda—. Quierre prreguntarrme cómo cazarr a su chica. ¡Clarro que vendrré!

Saltó dentro y el *jeep* arrancó. Con la barba flotando al viento, le llevaron a toda velocidad al Lorelei, donde los dos guardias le acompañaron directamente a su habitación. Entró con una reverencia.

—¡Bueno, marrinerrito! —dijo al ver al capitán Otter—, ¡veo que has entrado en rrazón! Prronto, cuando te enseñe, las mujerres caerán a tus pies como moscas —miró hacia la derecha—. ¡Y te has trraído a un amigo! —gritó encantado—, ¡un camarrada! Bueno, también le encontrarrremos una novia —miró detrás de ellos—. ¡Oh!, y aquí está el pequeño Anton, el niño

travieso que ha estado fuera toda la noche.

El capitán Otter se levantó. Su cara estaba verde, a causa de un ligero mareo. Parecía que hubiera pasado varios años bajo un botalón en el mar de los Sargazos.

—Señor Schimmelhorn —trató de sonreír heroicamente—; le presento al capitán Sir Sebastian Cobble, al mando del navío de Su Majestad, *Impressive*, ahora anclado en el puerto.

Papá Schimmelhorn y el capitán Cobble se estrecharon las manos, expresando su mutuo placer.

—Tiene aquí a un muchacho muy listo —dijo sir Sebastian, señalando al pequeño Anton con su pipa—. Tremendamente bien informado. Hemos estado hablando de contrabando; fascinante, me interesa desde que era un niño.

—Es muy precoz —alardeó Schimmelhorn—. Es normal en la familia, yo mismo...

El capitán Perseus Otter intervino apresuradamente:

—Me temo que no le he explicado el objeto de nuestra visita con claridad. No es..., bueno..., por diversión. En el equipo han surgido ciertas..., bueno... *dificultades*. Y... bueno, la cuestión es que, ja, ja, es que queremos que arregle el ensamblaje que tiene usted aquí lo más pronto posible, y lo instale a bordo del *Impressive* inmediatamente.

—Así que, ¿su trabajo ha fracasado? —rió Papá Schimmelhorn—. Ya se lo dije. Bueno, no preocuparte, marinerrito. Cuando Albert vuelva a Princeton, lo arreglarremos. Sólo son diez días, y podemos irnos de juerga mientras le esperramos.

—¿Diez días? —El capitán Otter pensó tristemente en su número de la lista de ascenso—. Es una emergencia. Debe hacerlo para mañana al mediodía. *Por favor*, señor Schimmelhorn.

—Esto es imposible. Lo de dentro todavía está fuera. Tengo el aparato y le enseñaré por qué...

El pequeño Anton se removía inquieto.

—Oye, papi...

—Chist, pequeño Anton. No interrumpas cuando estoy ocupado —Papá

Schimmelhorn estaba arrodillado buscando debajo de la cama—. ¡Qué raro! Escondí aquí la caja de zapatos antes de irme, porque es un secreto. Y ahora, ¿dónde está?

—Papi —dijo el pequeño Anton.

—¡Cállate! Quizá estará en el otro lado.

—Papi, ya puedes levantarte. La caja de zapatos no está aquí.

Se hizo un espantoso silencio.

—¿Dónde crees que he estado toda la noche? Tu Sonya Lou andaba detrás de ella, era una espía. Se la vendí —el pequeño Anton sonrió con expresión atontada y saboreó el golpe—. Pero no por dinero, ¿eh, papi?

—¿Qué? —tronó Papá Schimmelhorn—. ¿Qué has hecho?

—¡Increíble! —gritó el capitán Cobble, destrozando otra pipa.

—¡Traición! ¡Traición a sangre fría! —dijo en forma entrecortada el capitán Perseus Otter, palideciendo aún más.

—No se preocupen —el pequeño Anton continuaba imperturbable—. Cerré muy bien la caja de zapatos. Sonya debe estar ahora a medio camino de Europa con ella. Pero no encontrará ningún detector. ¿Qué clase de ingenuo se piensan que soy? —señaló el protuberante y desnudo clavo que había en la pared—. ¿Hay algo secreto en un reloj de cucú? —preguntó.

El capitán Otter secó el sudor frío de su frente. Su momentánea visión de la Junta de Investigación y de los tribunales navales empezó a borrarse.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeó—. *¿Está todavía aquí?*

—En la mismísima cartera de papi —el pequeño Anton hinchó el pecho—. Me parece que soy bastante listo, ¿eh, capitán?

Papá Schimmelhorn alcanzó la cartera y en seguida encontró el ovoide de plata. Rebuscó de nuevo y sacó la mano totalmente vacía.

—Perro aquí sólo está la mitad —enarcó las cejas—. ¿Dónde está lo que falta?

—¡Oh!, eso. —El pequeño Anton sonrió imperceptiblemente—. Lo he arreglado, genio. Lo he metido dentro, donde debe estar.

—¡Tonterías! —exclamó Papá Schimmelhorn.

—Está bien, ya veo que no me crees —sonriendo, el pequeño Anton alargó una mano—. Dame.

Cogió el ensamblaje M. Bizqueaba espantosamente. Sus dedos hicieron un rápido y curioso movimiento...

Y el tubo, junto con el mecanismo de relojería, volvió a salir.

—¡A que no saben cómo lo he hecho! —les retó.

Pero al capitán Perseus Otter no le interesaba.

—Hijo mío —dijo no sin emoción—, estos detallitos técnicos pueden esperar. Lo has hecho muy bien. Yo mismo te mencionaré en mi informe. Pero ahora tenemos algo importante que hacer. —Dio unos golpecitos a su reloj—. Será mejor que nos pongamos en camino.

Y, mientras se dirigían hacia el mar y el HMS *Impressive*, se dijo que ahora, por fin, se habían terminado todas las dificultades.

Se había olvidado de las piezas metálicas del tubo.

Treinta y seis horas después de que Papá Schimmelhorn y el pequeño Anton se hicieran a la mar, el jefe de operaciones navales llegó de Washington. Acompañado de dos personas del Departamento de Estado, irrumpió en la oficina de aquel vicealmirante que había complicado tanto la vida del capitán Otter, y, en el tono menos amistoso imaginable, dijo:

—¿Bien?

El vicealmirante se estremeció y no dijo nada.

—Hable, Marlinson. Está usted enterado de que los británicos son nuestros aliados, ¿verdad? Seguramente comprenderá que, como todo pueblo navegante, prefieren conservar sus barcos a flote. Y admitirá, supongo, que nos interesa que lo consigan.

—Sí, señor... pero...

—¿Puedo recordarle, Marlinson, que hemos tenido a otros Otter en la Marina desde la Revolución? Seguramente habrá usted oído hablar del comodoro Columbus Otter, que llevó a su escuadrón por el río Susquehannah y desapareció, una hazaña que ningún otro oficial ha repetido. Y del comandante Leviathan Otter, que atracó el buque insignia *Mugwump* en el puerto de Charleston en 1863, convencido de hallarse en Portland, Maine. Y del teniente Ahab Otter, que tan claramente demostró la imposibilidad de que los submarinos se sumerjan con las escotillas abiertas. —Levantó la voz—. Y sabiendo todo esto, Marlinson —rugió—, ¿usted ordenó al capitán Perseus

*Otter QUE SUBIERA A BORDO DE UN BARCO!*

Con la vergüenza patente en el rostro, el vicealmirante inclinó la cabeza.

—Y no de un barco *cualquiera*. Conociendo sus notables antecedentes, le mandó usted a bordo de un barco *británico*...

El jefe de operaciones navales continuó varios minutos más, deplorando que esta débil época prohibiera costumbres tan pintorescas y útiles como hacer pasar debajo de la quilla y castigar a latigazos delante de toda la flota. Entonces...

—Marlinson —dijo—. El HMS *Impressive* recogió a su gente el miércoles a las 22.04. A las 23.18, recibimos un extraño radiograma. Decía así: EL DETECTOR FUNCIONA STOP NOS HACEMOS A LA MAR PARA PRUEBAS MÁS AMPLIAS STOP LLEGADA NUEVA YORK MEDIODÍA VIERNES STOP PAPÁ MANDA ABRAZOS A MAMÁ (FIRMADO) COBBLE. No se ha recibido nada más desde entonces. Todos los aviones y barcos disponibles los han buscado sin éxito. No podemos por menos de suponer que el HMS *Impressive* se ha ido a pique con toda la dotación. Habrá graves repercusiones internacionales, Marlinson.

—Ya oigo al señor Churchill —gruñó el primer secretario del Departamento de Estado— en el Parlamento.

—Y *Pravda* —dijo sombríamente el segundo—. Y al senador McCarthy. Y... y al señor Bevan.

—Prefiero no *pensar* en ello...

El jefe de operaciones navales se levantó para irse.

—Por ahora guardaremos el secreto, almirante Marlinson. Pero este mediodía debemos revelarlo. Es su responsabilidad. Por lo tanto, usted acompañará al agregado naval británico cuando vaya a reunirse con su barco. Cuando vea que no aparece, usted le explicará por qué no está. Después puede informarme a mí en persona.

Se fueron, y media hora más tarde el vicealmirante subía tristemente a bordo del barnizado lanchón que, estaba seguro, el destino había escogido para presenciar una de las últimas escenas de su carrera. El agregado naval británico se encontraba allí, acompañado de dos ayudantes, varios oficiales de su Estado Mayor y una linda subteniente de la Marina. También estaban

Heinrich Luedesing, Woodrow Luedesing y Ferdinand Wilen, algo más calmado ahora.

Controlando su voz, los saludó. La barcaza zarpó, y durante todo el recorrido a lo largo de la bahía, pidió fervorosamente un milagro. Pero cuando, minutos antes de la hora acordada, se llegó al punto fijado para el encuentro, el mar estaba desierto.

El agregado naval escudriñó el horizonte con los binoculares.

—Extraño —dijo—. Muy extraño. Ya tendría que verse *ahora*.

Todos los demás hicieron observaciones similares.

Sólo el vicealmirante Marlinson guardaba silencio. Los segundos pasaban implacablemente y casi eran las doce en punto. La ansiedad se reflejaba en todos los rostros menos en el de Heinrich Luedesing.

Al final, cuando sólo faltaban quince segundos, el almirante se armó de valor. Llamó al agregado naval junto a sí.

—Tengo el triste deber... —empezó. Se interrumpió para enjugarse la frente—. Es mi deber...

No pudo acabar. La pequeña subteniente lanzó un penetrante chillido, hubo un grito general...

—¡Dios mío, allí está! —exclamó el agregado, señalando el puerto con excitación.

Y allí, escasamente a un cable de distancia, se hallaba el grande, gris e impresionante HMS *Impressive*. La tripulación estaba formada en la cubierta superior. La banda tocaba el *God Save the King*. Y por encima de todo, una estentórea voz gritaba:

—¡ACH HEINRICH! ¡AQUÍ ESTOY! ¡HOLA! ¡AH DEL BARCO!

En dos minutos el aturdido vicealmirante fue conducido a bordo. En menos de tres encontró a Papá Schimmelhorn y al pequeño Anton, tocados con airosas gorras marineras con el HMS *Impressive* en las cintas. En cinco había llegado a un punto donde, llevando un poco aparte al capitán Otter, pudo preguntarle:

—En nombre de todos los santos, ¿DÓNDE HAN ESTADO?

El capitán Otter iba sin afeitar. Llevaba la gorra ladeada de tal modo, que si se hubiera tratado de un joven oficial, él mismo le hubiera reprendido

severamente. Pero había una nueva luz en sus ojos.

—En el mar, *señor* —dijo.

—¿*De veras?* —ladró el vicealmirante, acalorándose—. ¿Sabe usted, señor, que cada bendito avión y barco y cada empleado del Departamento de Estado ha estado buscándolos desde que desaparecieron?

El capitán Otter sonrió y luego empezó a reír. Se puso las manos en las caderas, echó la cabeza hacia atrás y lanzó grandes carcajadas.

El barómetro emocional del almirante se encaminaba a un ataque de apoplejía.

—¿Le importaría decirme *qué* es tan divertido? —preguntó peligrosamente.

Pero fue Papá Schimmelhorn quien le contestó. Del modo más amistoso le dio una palmada en la espalda.

—¡Ja, ja, ja, ja! —estalló—. Claro que no podías encontrarnos, marrinerrito. ¡Es el Efecto Schimmelhorn! Las ruedecitas del tubo dan vueltas, ¡y entonces somos *infisibles!*

—¿In... invisibles?

—Así es, señor —dijo el capitán Otter, recobrándose con sorprendente rapidez—; completamente invisibles: para el ojo humano, las cámaras, e incluso el radar. De todos modos, es mi deber rogarle, señor, que no pida más información. —Sonrió con serenidad—. El Efecto Schimmelhorn es altamente secreto.

—Pero... —empezó a protestar el almirante; no fue más allá.

—¡Eeeeh! —gritó la pequeña subteniente justo detrás de él.

Dio media vuelta. La subteniente enrojeció furiosamente. Señalaba con gesto escandalizado al capitán Cobble.

—Dígale..., ¡dígale que no haga esto! —chilló.

El capitán Cobble rió entre dientes y dejó de bizquear.

—¡Vamos, vamos! ¿Qué pasa? —estalló el vicealmirante.

Durante un instante el capitán sir Sebastian Cobble miró a su alrededor, consciente de sí mismo. Entonces:

—¿Pasar, señor? —Hizo un guiño al pequeño Anton—. ¡Ah! Sólo un truco más de la mente científica. El... el Efecto Fledermaus.

Sería inútil relatar con todo detalle los sucesos subsiguientes a bordo del HMS *Impressive*. El vicealmirante pronunció un corto pero emocionante discurso, en el que tocó temas como la «tradición» y las «manos que se estrechan a través del mar». El capitán sir Sebastian Cobble dirigió una cálida despedida al capitán Perseus Otter, asegurándole (pensando quizá en la proa sin adornos de su propio navío) que siempre tendría un puesto en la Royal Navy, si se retiraba. Finalmente, Papá Schimmelhorn bajó la plancha a hombros de cuatro forzudos marineros, mientras todos los ocupantes del navío cantaban *For He's a Jolly Good Fellow* con toda la fuerza de sus pulmones.

Inmediatamente después, el capitán Otter, Papá Schimmelhorn y el pequeño Anton volaron a Washington, donde fueron interrogados con el máximo secreto por expertos navales, expertos técnicos y envidiosos representantes de las Fuerzas Aéreas y el Ejército, quienes, considerando que el asunto iba más allá de su capacidad, decidieron dejarlo en las manos evidentemente capaces del capitán Otter.

Cuatro días después, se reunió el consejo de administración de la compañía Luedesing de instrumentos de precisión de New Haven, con el único fin de establecer un orden nuevo.

En la cabecera de la mesa, el viejo Heinrich Luedesing miraba furiosamente a su hijo Woodrow y al consejo.

—He hablado con Papá Schimmelhorn —dijo—. Porque somos viejos amigos, dice que volverrá, perro sólo si le nombrramos director generral y Woodrow trrabaja parra él...

—¡Esto es ridículo! —Woodrow expresó su aguda y gran indignación—. ¡Este hombre no está en absoluto calificado! ¡Yo dimitiré! Y...

—¡Bah! —le cortó secamente el viejo Heinrich—, mejorr serrá que tengas cuidado, Woodrow, más tonterrías y te pongo a trrabajarr parra el pequeño Anton.

Woodrow Luedesing buscó, con la mirada alguna ayuda de los miembros del consejo, pero no encontró respuesta. Enfurruñado, cayó en un hosco

silencio.

—Bien, esto ya está decidido —dijo su padre—. Ahorra, el doctor Wilen dará su informe y quizá el capitán Otter hará un discurso. Entonces votaremos.

Ferdinand Wilen se puso en pie, con una expresión entre relajada y azorada.

—Caballeros —dijo—, supongo que se dan cuenta de lo importante que es el Efecto Schimmelhorn para nuestro poder y nuestra seguridad. Estoy seguro de que les gustaría saber cómo funciona. Pues a mí también. De momento, lo importante es que funcione.

Varios directores asintieron enfáticamente.

—Su Papá Schimmelhorn —sonrió Wilen—, explicó el principio lo mejor que pudo. Dijo que todo había ocurrido gracias a la constante de Maxie, a quien conoció cuando era bedel del Instituto de Física Avanzada de Ginebra. Me costó un poco averiguar adónde quería llegar. Su genio funciona a un nivel subconsciente. Absorbe información teórica que apenas tiene significado para él, la extrapola y la integra en su propia tecnología primitiva. Pronto, surge un... ¡detector! Creo que por *Maxie* se refiere a Max Planck. Las ruedecillas giran, ocurre algo que puede tener relación con el valor de la *constante de Planck*, y, ¡hemos conseguido la invisibilidad!

—¡Extraordinario! —dijeron uno o dos directores—. ¡Asombroso! —murmuraron otros varios.

—¡Como mínimo! Y usó el mismo principio para ocultar sus piezas extra. Invisibles, ocupaban el «espacio vacío» de la unidad y eran generadas por cables que no parecían ir a ninguna parte. Esto fue lo que me volvía loco cuando intentaba arreglarlo.

—Pero, ¿por qué el... el ingenio salió en una sola pieza en vez de dos? —preguntó alguien.

—Porque faltó tres semanas a las conferencias de Ginebra. Había algo que faltaba, y esto —se estremeció ligeramente—, nos lleva al pequeño Anton Fledermaus, que ha demostrado ser un perfecto sustituto para ese algo. En la niñez, son raros los individuos que desarrollan poderes supranormales; el fenómeno psicogénico poltergeist, por ejemplo. Según

los parapsicólogos que le han examinado, nuestro pequeño Anton ha mantenido contacto con un área de la existencia que él describe como «a la vuelta de la esquina». Parece no tener coordenadas espacio-temporales ordinarias, sino existir solamente *en relación a él*. Un leve contacto con esta área (cuando bizquea), lo capacita para ver a través de sustancias como la seda, la lana y el nailon. Un contacto más estrecho..., bueno, ya han visto la demostración. Tiene el secreto del ensamblaje M «a la vuelta de la esquina». Parece que la mitad se evapora. Él mete el tubo, ¡y eso es todo!

Un rollizo director frunció el ceño.

—Estos términos científicos son demasiado complicados para mí —gruñó—. ¿Qué hacemos ahora? Es lo que quiero saber.

Wilén se sentó y el capitán Otter se puso en pie para dirigir la palabra al consejo. Aún no se había afeitado. De hecho, ya era evidente que se dejaba barba.

—Me parece que éste no es el momento —observó— de profundizar en teorías y tecnicismos sin importancia. Papá Schimmelhorn ha demostrado su habilidad *práctica*, para mi completa satisfacción. Además, él y el joven Fledermaus se deshicieron con gran destreza de dos agentes extranjeros extremadamente peligrosos. La opinión del Departamento de Marina —dirigió una mirada ceñuda a Woodrow Luedesing—, es que Papá Schimmelhorn debería ser readmitido bajo sus propias condiciones.

Se sentó de nuevo. El viejo Heinrich llamó al orden al consejo. Y sin más retraso, por ocho votos contra uno, Papá Schimmelhorn fue promovido al puesto de director general.

Un gran regocijo siguió al anuncio, y se envió inmediatamente a un secretario para que transmitiera las buenas noticias. Pasaron algunos minutos antes de que el consejo se diera cuenta de que el doctor Wilén tenía algo más que decir.

—Aunque no estoy asociado en la firma —empezó apologeticamente—, me gustaría hacer una sugerencia...

El viejo Heinrich le animó a continuar.

—Una sugerencia que confío será bien acogida por todas las partes interesadas. Papá Schimmelhorn es sin duda alguna un genio. Y, a su manera,

el pequeño Anton también. Pero ambos tienen un exceso de exuberancia, de *joie de vivre*. Quizá sería acertado, con tacto desde luego, tomar algunas precauciones para protegerlos de sí mismos.

El viejo Heinrich asintió sensatamente. El capitán Perseus Otter admitió de mala gana que el doctor Wilen podía tener razón. Pero Woodrow Luedesing reaccionó con mayor viveza.

Su ceño desapareció. De pronto, su rostro recobró el habitual tinte rosado. Sonrió beatíficamente.

—Caballeros —dijo—, déjenlo de mi cuenta.

A las tres de la tarde siguiente, Woodrow Luedesing encontró a Papá Schimmelhorn y al pequeño Anton en la oficina que él había ocupado hasta entonces. Estaban conversando con la rubia de la oficina de facturación. Papá Schimmelhorn, con el brazo alrededor de su pequeña cintura, le hablaba de Sonya Lou.

—Y el pequeño Anton dice que no había cucú después de todo. ¡Erra una brroma! ¡Ja, ja, ja!

—¿Interrumpo? —preguntó Woodrow deferentemente.

Papá Schimmelhorn le aseguró que no.

—*Ach*, ¡ahorra trrabajas parra mí! Llegas justo a tiempo. Estaba hablando de la espía con Mimí. ¡Imagínate! Ha ido hasta Europa con la vieja caja de zapatos, la abrió y... Aquí en el perriódico, mirra. ¡Ja, ja, ja!

Woodrow Luedesing tomó el diario y, mientras Papá Schimmelhorn casi se moría de risa, leyó un artículo de Tass, que pretendía impertinentemente que el primer reloj de cucú había sido inventado, en realidad, por un inteligente campesino de Kiev, siglos antes de que el mundo occidental hubiera oído hablar de él.

—Qué interesante —observó Woodrow con amabilidad—. Pero he venido a verle, señor, para tratar un pequeño asunto de negocios...

—¡No te prreocupes porr los negocios, Woodrow! —gritó Papá Schimmelhorn—. Te enseñarré a no serr un funcionarrío. ¡Te enseñarré a diverrtirrte!

—Es muy amable por su parte —replicó Woodrow—, pero siendo usted el director general, creo que primero debería conocer a nuestra nueva directora de seguridad. Es bastante notable.

—¿Dirrectorra? —Papá Schimmelhorn flexionó automáticamente sus bíceps—. Woodrow, ¿es bonita?

—Yo diría que como una estatua, señor. Pero venga a verla usted mismo. Le está esperando en su oficina.

Papá Schimmelhorn dio un apresurado pellizco a la rubia de la oficina de facturación. Cogiendo del brazo al pequeño Anton y a Woodrow, echó a andar.

De este modo atravesaron el vestíbulo. Pero cuando llegaron a una puerta, que ostentaba el rótulo «Seguridad», Woodrow se apartó.

—Le veré más tarde, señor —dijo con un amplio guiño.

—Después de todo, eres un buen chico —afirmó Papá Schimmelhorn, contestándole.

Entonces, Papá Schimmelhorn y el pequeño Anton abrieron la puerta y entraron apresuradamente. Pero se quedaron clavados en el suelo, con la boca abierta...

—¡Ja! —dijo Mamá Schimmelhorn.

# UN CORAZÓN ROJO Y ROSAS AZULES

Mildred Clingerman

*Es sobradamente conocida la importancia del complejo de Edipo, así como la posibilidad de transferirlo sobre otra persona cuando la madre falta o no es idónea para la fijación afectiva del sujeto. Se trata sin duda de un impulso fuerte; aunque por fortuna no tanto como para producir los desconcertantes efectos que se le atribuyen en este extraño relato.*

«Estoy bien despierta», aseguré al espectador, el cual había vigilado mis sueños y los estaba ahora comentando entre divertido y disgustado. De haber dormido, ¿sabría la hora en aquellos momentos? Y por supuesto que la sabía. Era aquella hora razonablemente apacible en que los visitantes han abandonado ya el hospital, la hora en que la comida no es más que una lejana promesa, corredor abajo. Estaba despierta. Pero el espectador parecía tan sólo interesado en indicarme, silenciosamente, con su dedo, a través de una profunda grieta, el gran hospital donde proseguía «la caza del Snark» de Lewis Carroll.

—Siguieron su rastro con gran cuidado —comentaba el espectador.

Obediente, me dispuse a seguir, al pie de la letra, el párrafo: «Le persiguieron con tenedores y esperanza; amenazaron su vida con un trozo de raíl».

—¿Está usted muy enferma, querida?

La cálida y maternal voz llegaba a mí a través del vacío azul profundo en que me estaba sumiendo.

—¡Oh, no! —su interés me animó—. Lo hicieron todo más soportable con sonrisas y jabón.

Abrí los ojos y, en unos momentos, me desperté totalmente. En la cama vecina a la mía, una enorme y sonrosada mujer se incorporaba para dirigirse a mí.

—Estaba durmiendo de nuevo —me acusó con tono festivo—. Entre despierta y dormida ha dicho usted cosas sorprendentes, querida. Pero no me importa en absoluto; me ha ayudado a distraerme. ¿Sabía que ha estado aquí su esposo? Se pasó usted todo el tiempo durmiendo.

Le di más y más vueltas a este hecho, tratando de recordar. «Llevaba una corbata que no iba en absoluto con la camisa a rayas.» Estaba triunfal y positivamente despierta.

—Estuvo usted muy brusca con él —comentó—, pero, de todos modos, pareció muy complacido.

Permanecí relajada y en silencio por un momento, como quien necesita reposo tras realizar un gran esfuerzo.

—¿Cuándo ingresó usted en el hospital?

Luchaba por mantenerme despierta el tiempo necesario para oír la respuesta, pero fracasé.

—... Días —estaba diciendo la mujer—, pero no me han traído aquí hasta hoy por la mañana. Estaba usted dormida. En un principio me acomodaron en una habitación individual, pero, finalmente, decidieron que no me convenía estar aislada. Continúo teniendo pesadillas, ¿sabe usted?, acerca de tatuajes...

—... Flan de tapioca o jalea, si lo prefiere.

La enfermera se estaba poniendo pesada acerca de algo. Sus brazos eran de color amarillo pálido, musculosos. Me senté y comí el flan de tapioca.

La otra mujer comía con apetito de una fuente repleta. No daba tregua a su tenedor, que clavaba en algo color pardo oscuro, de apariencia sabrosa. Repentinamente, me sentí desgraciada y hambrienta. Bebí una taza de té con mucho azúcar.

—Tomaré también la jalea —dije, pero la enfermera y la bandeja habían desaparecido.

—... Un hijo en la Marina.

Era avanzada la mañana y la mujer alzó los hombros, en señal de disgusto, dentro de su camisón rosado.

—¡Caramba, mi hijo está también en la Marina!

Me incorporé con fuerza para dejarme caer luego, cómodamente, sobre la almohada, y me quedé mirándola, como si el cepillo que estaba blandiendo fuera una varita mágica.

—Ya lo sé, querida. Esto es precisamente lo que le estaba diciendo. Me lo contó su marido. Mi hijo no está en la Marina, sino en el Ejército de Tierra. Los médicos creen que éste puede ser, precisamente, el origen de todos mis

problemas. Las pesadillas, ¿sabe usted? Verá, mi padre y todos mis tíos estuvieron en la Marina. Cuando me casé, mi marido no había cumplido aún el servicio militar, pero siempre supuse que nuestro hijo elegiría la Marina cuando llegara el momento. Bueno, no lo hizo así —suspiró al tiempo que se aplicaba a librar de cabellos el cepillo—. En cierto modo, mi hijo me ha decepcionado. No era lo bastante bueno en matemáticas para matricularse en Annapolis o West Point. El año próximo será ya licenciado, y tiene intención de colocarse de aprendiz en una empresa de pompas fúnebres. ¿Llamaría usted ambición a esto?

—Una ambición eminentemente respetable, diría yo —contesté titubeando.

Agitó su cepillo ante mí, como amenazándome.

—Se siente ya mejor, ¿verdad? —observó.

Desde luego que sí. Después de haber devorado tan miserable desayuno, me sentía con fuerzas suficientes para contarle a mi compañera de habitación todo (y más) acerca de mi hijo y de la Marina.

—Está en uno de los nuevos submarinos «Polaris» —expliqué—. El haber nacido y crecido en el desierto hizo que el chico viviera tan sólo pensando en el momento de ingresar en la Marina. Sentía pasión por el agua. Nunca logramos que nadara en la superficie: siempre estaba bajo el agua. Más tarde, cuando estudiaba bachillerato, se hizo socio de un club de buceadores y se pasaban horas y horas en el fondo de la piscina, sentados en círculo.

—¿Les visita a menudo? —preguntó, mientras se frotaba la frente con el dorso de la mano.

—No mucho —repuse quejosa—. Además, huye de escribir cartas como si de la peste se tratara. En cambio, se le va la mano en lo que a llamadas de larga distancia se refiere. Las pagamos en casa, claro.

—Desde luego; Clay hace exactamente lo mismo.

Una corriente de simpatía con origen en pesares comunes se estableció entre las dos. Después de todo, éramos dos madres de mediana edad con crecidísimas facturas de la compañía telefónica que pagar.

—Pero cuénteme, querida, ¿le lleva su hijo, en ocasiones, a alguno de sus

compañeros de servicio a casa? Para quedarse algún tiempo, quiero decir.

—Nunca, pero no me importaría que lo hiciera.

—Esto es lo que cree ahora —dijo sombría—. Debe tener mucho cuidado. Me temo que hay más de un huérfano sirviendo en la Marina. Suponiendo que fuera eso...

—¿Quién?

—¿Seguro que no lo mencioné ayer? Ese chico, ese hombre, esa cosa que Clay nos trajo a casa por Navidad hace un par de años.

—Puedo recordar las Navidades de hace un par de años —repuse—, pero lo que dijo ayer...

Me lanzó una mirada de estupefacción.

—Pero si tenía los ojos abiertos, e incluso hizo algunos comentarios mordaces. ¿Quiere hacerme creer que estuvo durmiendo todo el día?

—¡Oh! Tan sólo amodorrada. Creo que luché todo el tiempo tratando de retener el presente actual, pero sin soltar ni el último ni el inmediato. Era de lo más difícil. Tenía que hacer uso de las dos manos para sujetar a uno de ellos, por lo que los dos restantes no cesaban de caérseme. Estoy realmente apenada. Lo bueno del caso es que me las apaño divinamente haciendo juegos malabares con tres naranjas... —dudé unos instantes y decidí ser honesta— algunas veces.

Soltó una especie de bufido, pero era evidente que perdonaba mi poca atención del día anterior.

—No se lo tome tan a pecho, querida. Es del todo lógico pensar en una mujer de seis manos para comprender y manejar a alguien como Damon Lucas. Creo que era una especie de demonio. Mi esposo piensa que era un gorrón por excelencia. Rhoda, mi hija, que tiene diecinueve años y es muy linda, cree que era uno de estos latosos que se dedican a perseguir a mujeres de cierta edad. Clay dice, simplemente, que es un bicho raro. ¿Se da usted cuenta? Ni la misma gente que le trató puede ponerse de acuerdo a la hora de definirle. Quizá, en cierto modo, estábamos todos poco predispuestos hacia él. —Hizo una pausa, que aprovechó para frotarse el entrecejo—. No me preocuparía si supiera, de modo positivo, que sólo se trata de un misterio de familia, con todos nosotros tranquilamente sentados aquí y allá, especulando

acerca de lo que es o no es. Incluso podría haberse tratado de una broma pesada.

—¿Por qué no habría de ser así?

Me estaba arrepintiendo de haber dedicado todas aquellas horas del día anterior a estúpidos juegos malabares, cuando habría podido pasarlo estupendamente intentando colocar en su sitio las piezas de aquel complicado rompecabezas.

—¿Cómo vamos a tomarlo a broma, si no deja de aparecérsenos una y otra vez? Y siempre que lo hace, parece más y más joven.

Me estaba desesperando.

—¿Sería tan amable de empezar de nuevo desde el principio, e ir más despacio? Creo que voy a necesitar de las seis manos otra vez.

—Claro que lo haré, querida. ¡Pobrecita, qué poco considerada soy!

Su semblante se suavizó y me sonrió como a una chiquilla de tres años que acaba de abotonarse la ropa al revés. Parecía el ideal de madre que cada uno guarda en su mente, hasta tal punto que estuve tentada de acurrucar mi cabeza en su mullido regazo y llorar un mar de lágrimas. Además, estaba muriéndome de hambre en aquel horrible hospital, pero esto no parecía importarle a nadie. Di un respingo, puse los ojos en blanco y hablé fríamente, mirando hacia el techo:

—Supongo que se habrá dado cuenta de que se han olvidado de traernos comida.

—Pero, querida, son tan sólo las nueve —dijo, saliendo de la cama; empezó a hurgar en los cajones de su mesilla de noche, y luego, descalza, se acercó a mi cama—. Tome estas pastillas de chocolate. En realidad, me hará un gran favor comiéndoselas. Estoy engordando demasiado. Pero que no la vea la enfermera, ¿de acuerdo? —Corrió a meterse en su cama, dirigiendo una furtiva mirada a la puerta.

—Ni siquiera sé su nombre. —Había dado ya cuenta de tres chokolatines antes que ella hubiera tenido tiempo de recuperar el aliento y arreglar las ropas de su cama.

—Me llamo Pemberton, Katie Pemberton, rondando los cuarenta y con más carne de la que deseo. ¿No le parece que, con una figura como la mía,

una mujer puede sentirse totalmente a salvo de muchachos desaprensivos por el resto de sus días? Bueno, también yo lo creía así, hasta que Damon Lucas comenzó a perseguirme como si se tratara de un perrito faldero. A primera vista, todos pensamos que era atractivo, rubio y agradable, como en efecto parecía. Rhoda estaba dispuesta a prendarse de él, lo sé; pero, después de haber estado unas horas con nosotros, se veía claramente que a él no le interesaba en absoluto. De hecho, no recuerdo que la mirara siquiera. No iré a decirme que éste es un comportamiento normal en un joven de veintiséis años, libre, y menos aún tratándose de una muchacha tan bonita como es mi hija Rhoda. Philip, mi marido, empezó a preocuparse. Pensó que Damon debía de tener inclinaciones sexuales un tanto dudosas, pero, después de haber interrogado a fondo a Clay y de vigilar a Damon cuando mi hijo rondaba por allí, llegó a la conclusión de que estaba menos interesado por Clay que por Rhoda, si ello era posible. Parecía como si, en realidad, Clay le cayera mal, y cada día se afirmaba más en nosotros esta convicción. En aquel tiempo todos nos sentíamos incómodos por su causa, por una u otra razón. Nada concreto, pero el hecho subsistía.

La señora Pemberton suspiró y fijó sus ojos en el único cuadro que había en la habitación: una imagen de Jesús, dando su bendición a un grupo de chiquillos.

—Fueron unas Navidades muy extrañas, se lo aseguro.

—¿Por qué le invitó Clay? ¿Eran acaso buenos amigos?

—¡Oh, no! Clay no le había visto jamás, hasta el momento en que se encontraron en la sala de espera de la estación de autobuses. Le contaré cómo fue. Clay no esperaba que le dieran permiso para pasar las Navidades en casa. Lo supo muy tarde, tanto que no le dio tiempo de hacer las oportunas reservas en ningún vuelo. Dos líneas aéreas estaban en huelga y las restantes no podían admitir ya más pasaje, por lo que Clay llamó por teléfono —pagando nosotros la llamada, claro— diciéndome que llegaría en autobús.

»Más tarde me contó que la estación de autobuses estaba repleta de soldados pertenecientes a todas las armas del Ejército, todos ellos intentando obtener pasaje para ir a sus casas a pasar las Navidades. Entre la multitud, había soldados y marinos que disponían de automóvil y buscaban

compañeros de viaje que supieran conducir y que, al propio tiempo, les ayudaran a cubrir los gastos.

»Clay pensó que aquél sería un buen sistema para poder llegar a casa más pronto, de modo que se dispuso a encontrar a algún compañero que llevara su misma dirección. Al fin, un muchacho vestido de paisano se acercó a Clay y le dijo que iba a Phoenix, por lo que aceptó encantado. Sin embargo, por una vez Clay hizo uso de su sentido común. Dio un vistazo al coche —un “Corvette” de competición casi nuevo—, para tomar nota de la matrícula y el nombre de su propietario, y llamó a casa de nuevo para contarme sus planes y enterarme de los detalles. Creo que, de haber demostrado disgusto ante sus planes, Clay los habría llevado a término a pesar de todo. En su conversación telefónica no se cansó de repetir lo maravilloso que sería conducir un coche semejante.

»No lo aprobé, en realidad. Llámelo instinto, o tal vez era sólo mi convencimiento de que iban a conducir demasiado rápido, pero no lo consideré seguro. De veras que no me gustaba la idea, pero era Navidad y Clay es aún un chiquillo en muchos aspectos... Sólo me dio tiempo para decirle que tuviera mucho cuidado, y, después de colgar, empecé a rezar.

—¿Sufrieron algún accidente?

Deseaba sinceramente que no, pero el caso es que me sentía repleta de chocolate y de contento. Era de lo más agradable estar cómodamente en la cama mientras una madre de respetables proporciones, rosada, me contaba historias.

—Nada serio. Nevaba en Nuevo México, y Clay, que no había conducido antes por carreteras heladas, metió el coche en la cuneta. Estuvieron allí siete horas, hasta que la policía de carreteras llegó y les prestó un par de palas con las que liberar al coche y a ellos mismos de nieve. Incluso con este retraso, hicieron el viaje —casi tres mil doscientos kilómetros— en un tiempo increíblemente corto. Me temo que sólo pararon para repostar gasolina y comprar comida, y supongo que debieron de dormir por turnos, mientras uno de ellos conducía. Llegaron un sábado por la tarde, cubiertos de barro hasta las orejas. Tenían los ojos enrojecidos y estaban exhaustos. Habría sido muy poco humano no ofrecer a ambos un baño caliente, comida y reposo.

»Philip corrió a preparar la cama de campaña en la habitación de Clay, al tiempo que sacaba el viejo saco de dormir. La habitación de Clay es pequeña, ¿sabe?, y está dispuesta de forma que parece el camarote de un capitán, muy compacta y marinera. Arreglamos el cuarto de esta manera cuando el chico no tenía más que diez años y yo abrigaba aún esperanzas de que le iba a dar por la Marina. Bien, olvidemos esto...

»Después de haberse duchado y afeitado, y de devorar bocadillo tras bocadillo de jamón, junto con un par de litros de leche, se fueron a dormir y no volvimos a verles hasta la noche. Había ya desistido de mariposear cerca de la cerrada puerta del cuarto, cuando apareció Clay parpadeando y sonriente, medio muerto de hambre. Damon continuaba durmiendo en la cama de Clay. Mientras asaba unas lonchas de carne, Clay me contó unas pocas cosas de Damon, lo único que había podido sacarle durante el viaje.

»Damon había sido licenciado recientemente en la Marina; tenía veintiséis años, era soltero y proyectaba establecerse en Arizona, con preferencia cerca de Phoenix, donde tenía un pariente lejano, un primo segundo, según creo, al que jamás había visto. Era el único pariente que tenía, aparte de sus padres, fallecidos en un accidente de automóvil hacía poco tiempo. Para ser más exactos, había sucedido pocos meses atrás, en el día de la Fiesta del Trabajo. Era evidente que Clay estaba afectado, como yo misma, por la situación de aquel muchacho y su incierto futuro, y muy especialmente por lo desolado que debía de sentirse ante aquellas primeras Navidades sin sus padres. Las tierras y la casa que poseían fueron vendidas casi en seguida, después del doble funeral. Damon había adquirido el coche con parte del dinero que recibió del seguro, y le quedaba bastante para poder vivir unos meses, hasta que encontrara el trabajo que le convenía y un lugar donde fijar su residencia.

»Mientras me contaba todo esto, Clay comía la carne asada, una gran fuente llena de ensalada y medio pastel de nueces. Antes de llegar al pastel y al café, sabía que le pediría a Damon que pasara aquella Navidad en casa. También sabía que cualquier otra decisión que hubiera tomado habría disgustado tremendamente a Clay, a pesar de no sentirse atado a Damon en ningún aspecto. Él había servido en otra arma, era algunos años mayor que

Clay y, según la propia expresión de mi hijo, era “divertidamente peculiar”, en cierto modo. La actitud de Clay ante situaciones de este tipo es muy simple: los perros, gatos y seres humanos sin hogar deben recibir alimento, cariño y cobijo en cualquier época del año. En Navidad había que extremar el trato, por el mero hecho de ser Navidad. Es por esta cualidad de Clay que siempre me siento entre desesperada y emocionada. No le habría dejado ir por esos mundos...

La señora Pemberton encontró un pañuelo y se sonó. Me dirigió una penetrante mirada para asegurarse, creo, de que continuaba despierta. Asentí con la cabeza y, tranquilizada, prosiguió:

—La mayoría de huéspedes son, para mí, un estorbo. Incluso cuando son de lo más considerados. Se nota algo raro en el ambiente, en cada habitación, en toda la casa. Las pertenencias de uno comienzan a parecer lo mismo decrépitas que escandalosamente nuevas. Las costumbres de la familia parecen salirse de su orden acostumbrado, e incluso me dan la impresión de ser del todo estúpidas. Debo admitir que hay un par de personas, quizá tres, que pueden permanecer en mi casa sin afectar mi vida para nada, y, si lo hacen, de ello resulta un aumento de placer y excitación. Pero incluso esto puede resultar fastidioso. Ya debe de conocer aquel refrán que dice que «el pescado y los invitados empiezan a oler mal a partir del tercer día». En el caso de Damon, debería decir que empezó a oler tres segundos después de despertar y de reunirse con nosotros en la salita.

»Para empezar, tras breves inclinaciones de cabeza dirigidas a Philip y a Rhoda (ignoró por completo a Clay), se dirigió tan sólo a mí. “Encontré la cama muy cómoda —dijo—. La habitación también me ha gustado, pero la cama de campaña parece llenarlo todo. La he guardado. Clay puede dormir en esta otra habitación que he descubierto al final del vestíbulo. La cama está repleta de regalos de Navidad, pero creo que aún puede hacerse un poco de sitio para él.” Después se frotó las manos enérgicamente, y, con la barbilla, me indicó el camino a la cocina. Supongo que debí de quedar mirándolo con la boca abierta, porque vino hacia mí y, pegándose un juguetón puñetazo en el mentón, exclamó: “¡Vamos, mami, dame de comer! ¡Tu nuevo chico está hambriento!”

—Supongo que le mandó usted a paseo —observé—. Imagino que yo le habría pegado un puntapié y ordenado salir de mi casa.

—También yo lo habría hecho —me contestó la señora Pemberton secamente—. Siguió un largo silencio, esperando, cada uno de nosotros, que alguien se moviera o dijese algo; pero todo lo que hicimos fue reír del modo más estúpido, tan sorprendidos estábamos. Después, sin saber apenas lo que hacía, me levanté y salí de la sala con Damon pegado a mis talones. Philip se levantó también y siguió a Damon. Fui derecha a la habitación de Clay, saqué de nuevo la cama de campaña y, con la ayuda de Philip, la desplegué. Luego, trasladé todos los regalos de Navidad a la cama de campaña. Acto seguido, y siempre bajó la atenta mirada de Philip y Damon, cargué con la maleta de éste y la llevé a la habitación ya preparada, dejándola caer con estrépito al suelo. «Dormirás aquí», dije. Esta es la clase de estupideces que comete la gente cuando se enoja y pierde los estribos.

—¿Por qué dice usted eso? Me parece muy natural que lo hiciera.

—Pero ¿no comprende? Apoyé a Damon... Di por sentado que se quedaba en casa. Creo que, desde el momento en que hablé con Clay y decidimos pedir a Damon que pasara la Navidad con nosotros, ya me había propuesto, inconscientemente, prepararle aquella habitación, y, bajo la tensión de lo que sucedió más tarde, hice lo planeado horas antes sin darme cuenta. Fue algo automático, como el recoger algún hilo de la alfombra cuando la casa está ardiendo por los cuatro costados. Vi al momento, por la expresión que tenía la cara de Philip, que había procedido mal.

»“Esta noche —dijo Philip a Damon— puedes quedarte. Por la mañana, no dudo que querrás continuar tu viaje”. No había equívocos en lo que quiso decir mi marido. Damon se irguió y la sonrisa murió en sus labios. Palideció y sus ojos adquirieron una expresión entre herida y confundida. “Espero no haberme sobrepasado, señor —dijo—. Ha sido sólo una broma que pensé gastarles, justo desde que desperté. Mis padres y yo acostumbrábamos gastarnos montones de ellas. Supongo que fue el sentirme otra vez en un verdadero hogar lo que me hizo obrar así.” Comenzó a decir algo acerca de mami y se empañó su voz, dejando de hablar.

»Era evidente que Philip se ablandaba. Es de muy buena pasta, ¿sabe?

Debió de hacer un gran esfuerzo para hablar a Damon en la forma en que lo hizo. “Bueno, Damon —dijo—, ven, vamos a ver qué te encontramos para comer.” Philip salió de la habitación y, por un par de segundos, Damon y yo quedamos solos. Nos miramos el uno al otro y, moviendo los pies como si tratara de efectuar unos curiosos pasos de baile, empezó a sonreír de nuevo. “Papi es un maravilloso hombrecito —dijo quedamente—. Estupendo de verdad.” Luego, me guiñó un ojo y salió. Más tarde, cuando Philip y yo estábamos a punto de acostarnos, intenté contarle lo de aquel guiño y también algo de mi disgusto y desconfianza inspirados por aquel joven; pero ni lo uno ni lo otro pareció preocuparle gran cosa. “Ha sido muy mal criado —dijo Philip—, pero es Navidad y se encuentra solo y perdido. Puedes darte cuenta de esto. No es precisamente de nuestra clase, como tú dices, aunque esto suena muy esnob, Katie. Creo que debemos permitirle quedarse con nosotros, siempre que sepa comportarse contigo.” En realidad, era la falta de respeto de Damon hacia Philip lo que me preocupaba; pero no dije palabra de esto. No es la clase de comentario que a una le gusta hacer a su marido.

»Todo ello aconteció cinco días antes de Navidad. Nadie pidió a Damon que se quedara. Parecía, simplemente, que todos nosotros lo considerábamos como algo inevitable y de lo más natural, incluyendo a Damon. Yo estaba muy atareada limpiando y cocinando. Los chicos se pasaban fuera de la casa la mayor parte del tiempo: Clay yendo de un lado para otro, como un loco, con mi coche, visitando a sus amigos, y Rhoda tomando notas en la biblioteca de la Universidad, pues tenía que hacer un trabajo y entregarlo después de las vacaciones, y, también, comprando cosas para mí. Philip, por supuesto, trabajaba todo el día. Damon apenas salía de casa, a pesar de que los chicos le pedían a menudo que fuera con ellos. Él rehusaba con un aire tan despectivo, que me maravilla aún el buen trato que recibía de ellos. Más tarde, sin embargo, todos fuimos extrañamente pacientes con él. Creo que debo llamarlo “paciencia”, al menos al principio. Después, más bien parecía miedo. Se pasaba todo el día rondándome, vestido con una camiseta ceñida y corta y unos viejos “tejanos” de Clay. Habíamos llevado sus ropas a la lavandería, ya que daba la impresión de no tener otras que las que trajo puestas. Por otra parte, jamás vimos rastro alguno de su indumentaria militar.

El único signo aparente de su paso por la Marina era un repulsivo tatuaje en su brazo izquierdo. Se trataba de un gran corazón sangrante, junto con un ancla azul, y, debajo de ambas cosas, la palabra *mami* en letras rojas entrelazadas con rosas azules. Parecía sentirse muy orgulloso de aquel tatuaje.

La señora Pemberton permaneció callada por unos instantes, como si la momentánea imagen de aquel corazón chorreando sangre la hubiera dejado sin aliento. Antes de que se animara a continuar su relato, aparecieron los médicos que se ocupaban de ambas, con aire amistoso y ganas de bromear, pero también con grandes prisas. Con algún temor hacia la enfermera que les acompañaba, me las apañé para informar a mi médico, de un modo bastante confuso, de mi comportamiento durante las últimas veinticuatro horas. Pareció aburrirle tanto como a mí misma, pero, al marcharse, me dio unas palmaditas en el hombro a modo de absolución.

—Mañana haremos que se levante —canturreó al marchar.

Puse todo mi empeño en no oír nada de lo que se estaba diciendo a mi lado, pero no pude evitar pescar algunos comentarios hechos en voz alta por el médico que atendía a la señora Pemberton, el cual parecía querer tranquilizar a sus pacientes dejando oír su vozarrón.

—Bien, bien —tronó—. Si todo marcha bien durante esta noche, mañana podrá regresar a su casa. No hay nada en usted que el tiempo no pueda solucionar. Tiempo y un poco de autodisciplina, Katie. Ahora, haga un esfuerzo y tome su medicina, como una buena chica, y aparte de una vez estas tonterías de su cabeza. ¡Ánimo! Está usted mejor de la cabeza que yo mismo y disfruta de una salud a prueba de bomba. ¡Control! Esto es lo que necesita... Tiene que prometerme que no va a pensar tanto, ¿de acuerdo?

Salió de la habitación, no sin antes dirigirme una sonrisa en la que hubo profusión de dientes.

Por algunos minutos me abstuve de mirar hacia donde yacía la señora Pemberton. Por los rumores que llegaban a mí, adiviné que estaba llorando. Sin embargo, poco después se sirvió un vaso de agua y arregló la almohada un tanto ruidosamente, por lo que deduje que la crisis había remitido y que pronto pasaría del enfado a la resignación. No le llevaba mucho tiempo.

—En fin... —suspiró—. Jim siempre ha sido un idiota sin tacto, pero es un buen médico. Y es cierto que me siento mejor; la última noche fue la primera, tras varias semanas, en que no me desperté gritando como una posesa por culpa de la pesadilla. Ha tenido suerte de no haberme oído. Dicen que aúllo como un lobo, como para poner los cabellos de punta a cualquiera.

De pronto, tuve una corazonada.

—¿Tiene Damon algo que ver con su pesadilla?

—Todo. Él es la única causa —contestó la señora Pemberton—. Cuando, por último, le pedimos que se marchara, pensé que todo se resolvería, pero no fue así.

—¿Le echaron?

—La víspera de Navidad —asintió—. Tuvimos una horrible escena... Damon y yo. Los chicos estaban fuera y Philip en cama, durmiendo. Aquel final se había estado incubando dentro de mí durante días. No es fácil hacerme perder los estribos, créame, pero Damon hizo rebosar la copa...

»La hora de las comidas, por ejemplo. Mientras yo trasteaba en la cocina preparando la comida, tenía siempre a Damon pegado a mi espalda, fiscalizando todos mis movimientos. Metía las narices en todos mis guisos y no dejaba ninguno por probar; si necesitaba algún cuchillo, podía tener la seguridad de encontrarlo en sus manos, haciendo como quien toca el violín, probando su filo o clavándolo en mi madera de trinchar.

»A veces cantaba unas canciones horribles a voz en cuello, canciones que describían la muerte de alguien que había sido echado a un río después de haberle golpeado hasta la muerte. Lo que en verdad me ponía enferma es que, en ocasiones, reía estúpidamente, sin razón alguna, durante largo tiempo. En la mesa hablaba muy poco, lo que no dejaba de ser una bendición; pero comía con tal voracidad y ruido que era difícil sostener una conversación. Lo cogía todo con los dedos, ¿sabe?, y tomaba comida del plato de Clay cuando éste hablaba. Si se producía un silencio, rompía a reír de aquel modo tan horrible, y sus pies estaban siempre remedando aquella especie de estúpido baile, incluso estando sentado.

»Si alguien hacía un comentario acerca de la comida, como “este pastel está riquísimo”, Damon se henchía visiblemente de orgullo y decía: “Mami lo

ha hecho. A ella le gusta cocinar para su marino.” ¿Qué contestaría usted a una observación de esta clase? No soy lo bastante vieja para ser la madre de Damon, y el modo en que me llamaba mami me irritaba sobremanera, más que cualquier otra cosa. Si su madre hubiese muerto tan sólo cuatro meses atrás, ¿podría llamar mami a cualquier otra mujer con tanta facilidad?

—Probablemente, no —contesté.

—Luego está el incidente del árbol de Navidad. Los chicos lo han adornado siempre con tanto esmero... Están muy orgullosos de algunos de los viejos adornos que tenemos. Unos son adorables, pero los hay horribles. Teníamos una muñeca de celuloide a la que correspondía el lugar de honor en el árbol, simplemente porque siempre se lo habíamos otorgado. Damon la pisoteó. Quedó como un papel de fumar, de puro aplastada. No fue un accidente... Cuando Rhoda la colgó, Damon se mostró despreciativo, y no dejó de burlarse y desdeñar el trabajo que los demás teníamos con el árbol, hasta que, al fin, anunció que el próximo año tendríamos un árbol de aluminio sin adornos, sólo luces. Antes de que pudiera recordarle que el año próximo no estaría con nosotros, salió dando un portazo.

»Se producían infinidad de incidentes de esta clase, quizá sin importancia; pero, todos juntos, se nos antojaban una verdadera montaña. Si Clay y yo intentábamos hablar, allí estaba Damon interrumpiéndonos, con el solo objeto de apartar mi atención de lo que Clay me decía, para lo cual hablaba más y más alto, con creciente excitación. Clay tenía sólo diez días de permiso y yo empezaba a desesperar de poder tener siquiera un momento para poder estar a solas con él. A menudo desistía de hablar conmigo y se encerraba en su habitación para disfrutar de un rato de paz.

»De un modo inconsciente, en aquella casa, en la que las puertas habían estado siempre abiertas, empezamos todos nosotros a encerrarnos siempre que podíamos. En el caso de Clay, estaba plenamente justificado. Damon había empezado a saquear su ropero, a pesar de tener su propia ropa ya limpia. Caso de tener que asistir a una fiesta, al ir a vestirse, Clay encontraba su mejor camisa blanca en el cuarto de Damon, arrugada y sucia.

»Sabiendo que Damon pasaría la Navidad con nosotros, había hecho algunas compras extraordinarias, ya que también él tendría algunos regalos

bajo el árbol. Puesto que parecía necesitarla, decidí comprarle ropa. Una tarde me encerré en mi habitación con el fin de poder envolverlo todo con lindos papeles y cintas. También envolví un hermoso y grueso jersey color oro para Clay, que sería el regalo sorpresa (lo estuvo admirando en un escaparate el día en que fue a la ciudad con Rhoda). Cuando lo tuve todo listo, coloqué los regalos junto a los que ya había bajo el árbol.

»Estuve muy atareada aquel día, y, gracias al cielo, Damon pasó la mayor parte del tiempo en otros lugares de la casa, y no fastidiándome como solía. Poco antes de cenar, se presentó hecho un brazo de mar, vistiendo toda la ropa que había estado envolviendo horas antes para ofrecerle como regalo de Navidad, más el jersey dorado que compré para Clay. “No me gusta esperar, mami —dijo—. He leído mi nombre en los paquetes, así que los he tomado.” Me quedé tan confundida, que empecé a dudar de mí misma. Quizá escribí el nombre de Damon en el paquete con el jersey de Clay. De cualquier modo, no estaba segura, así que lo dejé estar. A la mañana siguiente mandé a Rhoda a la ciudad a comprar un nuevo jersey para Clay.

»La víspera de Navidad me sentía tensa como las cuerdas de un violín. Los chicos se habían reunido con un grupo de su edad con el que recorrerían la vecindad cantando villancicos, y, más tarde, irían a una fiesta. Philip y yo apagamos todas las luces excepto las del árbol, acercamos nuestras sillas al hogar y escuchamos música navideña. Damon nos sorprendió marchando con su “Corvette” casi inmediatamente después de cenar. La casa estaba maravillosamente apacible sin él. Mis dudas y temores comenzaron a disiparse. Serían casi las diez cuando Philip decidió irse a dormir; por mi parte, le comuniqué mi intención de quedarme hasta más tarde, para poder saborear más la paz de la Navidad. Alrededor de las once se presentó Damon. Admito que lo que estaba haciendo podía parecerle tonto a alguna gente... Los chicos tienen estas viejas medias de Navidad, de grueso punto, y las cuelgan todavía junto a la chimenea cada año. Ya había llenado la de Rhoda con cosméticos, medias y cosas por el estilo. En la de Clay puse útiles para el afeitado, peines, lápices y otras menudencias. Estaba de pie, sonriendo junto a la media de Clay, que tenía aún la punta del pie pegada por dentro, debido a un trocito de caramelo a medio roer que puso allí cuando era niño.

»Damon se me acercó y, de un tirón, arrancó la media de mis manos y la echó al fuego. No tuve tiempo de sentir enojo o sorpresa; uniendo la acción al pensamiento, rescaté al momento la media de entre las llamas y comprobé, con alivio, que apenas se había chamuscado. Luego me volví rápidamente a Damon, furiosa, desconcertada. Quería saber por qué había obrado de aquel modo, y quién demonios creía ser para irrumpir en mi casa y arruinar mi Navidad. Mi comportamiento no fue el que es lógico esperar de una dama. Incluso creo que usé un lenguaje bastante fuerte...

»Cuando me calmé lo suficiente para poder ver y razonar con claridad, noté que Damon murmuraba y estaba temblando, más pálido que un espectro. Creo que intentaba decirme que Clay era demasiado mayor para colgar la media en la chimenea. Aquello fue bastante para hacerme perder de nuevo los estribos. No puedo recordar todas las cosas que dije. Cuando me calmé un poco, Damon seguía murmurando; se había quitado el jersey dorado y estaba arremangándose la camisa para mostrarme el brazo izquierdo. Me llevó cierto tiempo centrar la visión y ver lo que trataba de enseñarme. Se había pasado la tarde entera en el asqueroso antro de un tatuador, el cual había añadido unas palabras al horrible dibujo que tenía en el brazo. Ahora podía leerse: “Mami, te quiero”.

»No se cansaba de repetir: “Lo hice para ti, ¿lo ves? Tu regalo de Navidad..., lo hice para ti”. Bueno, el caso es que me desmadejé y empecé a dar alaridos. Todavía no sé si reía o lloraba. Damon danzaba a mi alrededor, hablando tan rápido que apenas podía entenderle. En cuanto mi histeria fue cediendo, comencé a escuchar con toda atención, y esto es lo que oí: Lo tenía todo planeado; mis hijos eran casi mayores, por lo que pronto podrían abandonar el hogar y apañárselas solos. Él ocuparía su lugar. Encontraría trabajo y cuidaría de mí para siempre. Incluso si el “viejo” moría, no me quedaría sola, nunca. Nada podría hacer que me dejara, nunca, nunca. Yo era su mami, me había escogido. Entre todas las del mundo, me había escogido a mí. Yo le pertenecía y él me pertenecía, por el resto de nuestras vidas.

»Era como un cántico. No cesaba de repetirlo, y el horror que sentía se acrecentaba, hasta que creí que iba a gritar. Cuando no pude resistir más, corrí afuera de la habitación atropelladamente, para escapar de aquella voz.

Me asustaba la posibilidad de que me siguiera, pero no lo hizo. Podía oírle aun en la sala de estar, cantando. Lavé mi cara con agua fría en el fregadero de la cocina, y me sequé con una toalla de papel. Luego fui a su habitación y arreglé su maleta. Salí por la puerta de atrás y coloqué todas sus cosas en el “Corvette”. Acto seguido, silenciosamente, volví a la casa y desperté a Philip. Por suerte, pudimos persuadir a Damon para que se marchara; pero, por unos minutos, creí que sería necesario llamar a la policía..., o a una ambulancia bien equipada, incluso con camisa de fuerza. Tenía tanto miedo de que volviese...

—¿Lo hizo?

—No. Nunca volvió a casa. Ignoro el lugar al que se dirigió aquella noche. Debió de abandonar la ciudad. Estuvimos pendientes del tráfico durante semanas, tratando de descubrir su «Corvette» rojo, pero no lo volvimos a ver. Estuve muchas semanas sin poder olvidar sus palabras, que parecían encerrar una amenaza. Las dijo segundos antes de empuñar el volante: «Volverás a verme, mami. No podrás librarte de mí tan fácilmente. De un modo o de otro, volverás a verme».

—¿Le ha vuelto a ver?

La señora Pemberton se mordió el labio inferior y me miró con expresión atormentada.

—No exactamente —repuso al fin—. Puesto que he llegado hasta aquí, bien puedo contarle el resto, y si luego resulta que me cree una loca, bueno...

—Oí decir a su médico que gozaba de una perfecta salud mental, así que me arriesgaré —contesté.

—De acuerdo entonces, querida. Seis meses después, cuando ya habíamos empezado a olvidar a Damon, Philip recibió una llamada de larga distancia, por la noche, de la policía de San Diego. Según ellos, nuestro hijo de doce años, que se había fugado de casa, había sido detenido cuando merodeaba por los alrededores de un establecimiento dedicado al dudoso arte del tatuaje. Nos pedían, por favor, que fuéramos por él o mandáramos dinero para el viaje de vuelta para el chico y un acompañante, un graduado social. El chico les había contado que su nombre era Damon Pemberton, que era nuestro hijo..., nuestros nombres y dirección, todo. Nos costó trabajo

convencerles de que no teníamos tal hijo. Incluso pedimos a nuestra policía local que se comunicara con ellos para que dieran fe de lo que afirmábamos. Fue así como nos enteramos de que el muchacho había escapado del lugar donde quedó detenido. No hemos podido enterarnos aún de la identidad de aquel chico o de la persona que lo metió en aquello.

»Lo de San Diego aconteció en junio. En agosto, Philip y yo pasamos un fin de semana en el Gran Cañón. Nos alojamos en el albergue que hay justo en la cima del cañón. Habíamos almorzado momentos antes, y Philip estaba leyendo el periódico en el vestíbulo. Salí al exterior para contemplar la puesta de sol y estaba paseando por el camino que bordea la cima cuando, de pronto, alguien corrió detrás de mí. Era un chiquillo; jadeaba y gritaba, tratando de librarse de alguien que le sujetaba. Me volví, y, al propio tiempo, me agarré para aguantar el empujón que recibí de aquel chico al lanzarse hacia mí con los brazos abiertos, con los cuales me rodeó con fuerza, escondiendo su rostro entre los pliegues de mi falda. Me abrazó con tanto ímpetu que casi me hizo perder el equilibrio. Un muchacho de más edad que el que estaba aferrado a mí retrocedió lentamente al verme. Al darse cuenta de ello, el pequeño se desasíó y corrió junto al otro gritándole: “Ya te arreglaré mi mami, pedazo de estúpido”. El otro muchacho le volvió la espalda y echó a correr, perdiéndose pronto de vista.

»El chico volvió hacia mí y, dándome un gran abrazo, dijo: “Mami, te quiero”. Mientras trataba de digerir aquello, me soltó y se confundió con la oscuridad que estaba envolviéndonos, pero pude oír el ruido de sus pies al correr, así como su risa. Iba con un gorro de marino, y en uno de sus movimientos pude distinguir un gran tatuaje en su brazo izquierdo.

—¡Oh, estoy segura de que no fue tal cosa! —aseveré—. Con certeza sería una de esas calcomanías con las que los chicos se cubren toda la piel visible del cuerpo. Les encanta hacerlo. Además, se parecen mucho a los tatuajes.

—Quizá —repuso la señora Pemberton—. En setiembre último, Philip y yo fuimos de pesca a las White Mountains. Ahora que ya somos mayores, no pensamos en acampar, así que alquilamos una habitación en el motel de Show Low. Philip marchaba muy de mañana en el coche en busca de los ríos

y lagos en donde abundan las truchas. Aquel día preferí quedarme en el motel; había decidido escribir unas cartas y lavarme la cabeza. Era muy temprano y no había mucha gente alrededor. Tomé un café con Philip, en uno de esos locales que permanecen abiertos toda la noche, junto a la autopista, y luego regresé sola al motel, caminando, tras despedir a mi marido. No hacía mucho rato que estaba en la habitación, cuando oí ruidos al otro lado de la puerta, como si alguien arañase la madera. Creí que se trataba de una mujer de la limpieza, aunque era demasiado temprano para que rondaran por allí, o bien algún jardinero que rastrillaba la zona destinada a estacionamiento de vehículos.

»Permanecí sentada junto al pequeño escritorio, con los ojos fijos en la puerta, y vi como alguien introducía un papel por debajo de ella. “Propaganda”, pensé. Pero, cuando lo recogí, comprobé que se trataba de una hoja de libreta de las que usan los chiquillos en la escuela. Había un dibujo hecho a lápiz, de color rojo. Era un corazón sangrante, y, escritas en letras de imprenta, vacilantes, como las que escribiría un chico de segundo grado, las palabras “mami, te quiero”. No sé cuánto tiempo permanecí de pie, contemplando el papel, aunque sí recuerdo lo mucho que mis manos temblaban. Abrí la puerta y miré. No había un alma en el patio del motel. Dejé la puerta abierta y corrí fuera de la habitación, oteando a ambos lados de la calle principal. Casi una manzana más abajo, un muchachito con traje de marino acababa de volver la esquina, gritando como si fuera a salirse el corazón del pecho. Cuando llegué a la esquina, había desaparecido.

La señora Pemberton estaba sentada en la cama, medio vuelta hacia mí, implorando, con su mirada, alguna respuesta.

—Oh —balbucí de mala gana, luchando por encontrar algo que añadir—. ¿Coincidencia? —sugerí.

—No lo creo —contestó tristemente la señora Pemberton—. ¡Oh, quisiera creerlo, de veras! No puede imaginarse hasta qué punto desearía tener la seguridad de estar haciendo una montaña de pequeñas cosas sin importancia. Hace algunas semanas que empezaron mis pesadillas... con origen, lo sé, en todas estas llamémoslas «coincidencias», demasiado frecuentes y perturbadoras para mí. No he tenido el coraje suficiente para contar a otros, ni

siquiera a Philip, todas las cosas que he visto y oído, hayan sido ciertas o no.

—¿Se siente usted, cómo diría yo, perseguida? —pregunté.

—Me sentí así largo tiempo. Tenía la sensación de ser rastreada, como si fueran a darme caza. Me sentía enojada. Y tenía miedo. Miedo de salir a la calle, de contestar las llamadas telefónicas; miedo de dormirme, una vez empezaron las pesadillas.

—¿Qué es lo que la asusta tanto, en sus pesadillas, que la obliga a gritar?

La señora Pemberton me miró con sorpresa.

—El bebé, claro. Lo encuentro en el portal, y es tan dulce y tan cálido... Me siento tan encantada con él... Luego, cuando lo cojo en brazos y le arreglo las ropas, se desliza la manta, dejando al descubierto el bracito con el horrible tatuaje...

No hablamos gran cosa más el resto del día. Llegaron las bandejas con la comida y fueron retiradas luego, muy aligeradas de su carga (al menos, la mía). Nos trajeron flores, que fueron admiradas cumplidamente por ambas. Alguna que otra visita traspasó el umbral de nuestra habitación de modo casi fugaz, marchándose con gran alivio después de haber permanecido las unas sentadas durante escasos minutos en un par de incómodas sillas; las otras, en pie, descansando ora sobre una pierna, ora sobre la otra.

Cuando el largo día nos trajo, al fin, aquella amable hora de sosiego que precedía a la cena, pregunté a la señora Pemberton lo que me había estado preocupando la mayor parte del tiempo.

—Si ya no abriga usted resentimiento, ni se cree perseguida, ¿cuáles son sus sentimientos?

—Le he dado muchas vueltas a esto —respondió—. Ahora, la pesadilla es distinta. Esta es la razón por la cual no me ha oído usted gritar por la noche. Ya no es una pesadilla con visos de realidad, ¿sabe? Sueño que me hacen un obsequio. Algo muy frágil y de gran valor que alguien me ha entregado después de arrostrar graves dificultades y peligros. Yo lo acepto, aunque no sin grandes reservas. Mis dedos se niegan a tocarlo. Lo arrojo al suelo y se rompe, pero no como lo haría el cristal. Queda allí, en el suelo, y sangra... Una vez despierta, todo lo que me queda del sueño, para el resto del día, no es más que tristeza. Sólo tristeza.

A la mañana siguiente, después del desayuno, una enfermera se presentó con una silla de ruedas para preparar la partida de la señora Pemberton. Mientras la muchacha esperaba, sonriendo, la señora Pemberton se despidió de mí.

—En realidad, no necesito la silla para nada —me explicó—. Pero este hospital tiene la siniestra norma de no permitir a ningún paciente, ya recuperado, salir del mismo por su propio pie.

—Continúa la caza del Snark —dije. Me estrechó la mano con firmeza, y abandonó el cuarto.

—Estaré con usted en unos momentos —me dijo la enfermera desde la puerta—. La ayudaré a sentarse en una silla. Según tengo entendido, se marcha usted mañana.

Cuando regresó, le pregunté con ansiedad:

—¿Cree usted que la señora Pemberton está realmente bien?

—Desde luego. Ingresó en el hospital para que se le hicieran algunos análisis y, también, para tenerla en observación por unos días. Eso es todo. En cualquier caso, es ya algo mayor para tener otro bebé.

—Oh..., claro —repuse.

—Está un poco asustada, creo. Pero ya verá cómo va a estar más y más animada para cuando el bebé llegue. Pensará que no hay un niño igual al suyo en todo el mundo.

—¡Oh, Dios Santo! —contesté—. Espero que no.

# ¿MAR-CIA-NO?

Robert Lory

*En algunos países, para evitar la mala publicidad de una ejecución, se aplica regularmente la llamada «ley de fuga». Pero los extraterrestres de este relato sarcástico y amargo idearon un método aún más sutil para deshacerse de un individuo molesto sin recurrir a la desprestigiada pena de muerte.*

El alcaide entró en el despacho del director de la prisión y saludó jovialmente.

—Engas ha huido, señor. La fuga se ha llevado a cabo según lo previsto —comunicó.

El hombre de blancos cabellos asintió, complacido.

—¿Encontró la llave?

—Sí, señor.

—¿Y el combustible...?

—Justo para llegar a la Tierra. Nos aseguramos de ello.

El anciano miró pensativo al alcaide por un momento.

—No aprueba esto, ¿verdad?

—No exactamente, señor. Comprendo su modo de pensar y estoy de acuerdo en que un asesino de masas como Engas merezca la muerte, incluso a pesar de que nuestras nuevas leyes prohíban la pena capital. Pero suponga...

—Que estamos equivocados y no acaben con Engas. ¿Es eso?

—Estoy preocupado, en primer lugar, por su extraordinaria inteligencia, unida a su megalomanía y absoluta falta de conciencia. En segundo lugar, los terrícolas sospechan, desde hace ya tiempo, la existencia de vida en otros planetas. Es muy posible que acojan hospitalariamente a un visitante extraterrestre. Sería algo nuevo, agradable para ellos.

El director sonrió fríamente.

—Reflexione un poco acerca de sus conocimientos de historia terrestre y antropología. No tenemos por qué preocuparnos mucho por ellos. Engas y la Tierra son dignos el uno del otro.

—¡Eh, padre! Mira qué te traigo, tan bien envuelto como un regalo de bodas.

Lafe cerró de un portazo, haciendo que la silla en que estaba durmiendo su padre, apoyada contra el muro, se deslizara bruscamente hasta el suelo. El hombre despertó con gran sobresalto, en medio del consiguiente estrépito.

—¡Hombre de Dios! ¿Cuántas veces debo decirte...? ¿Quién demonios es éste?

—Le encontré en la parte alta de la destilería.

—Lleva una especie de uniforme... ¿En la destilería, dices? ¿Es algún *visiteador*?

Lafe se encogió de hombros.

—Vino en uno de esos *areoplanos*.

El padre de Lafe enarcó las cejas.

—¿En un *areoplano*?

—Sí, pero éste no tenía alas. Será por eso que cayó como un gran pedrusco. Perdería las alas por el camino.

—Sé de otros *visiteadores* que han venido volando en *areoplanos* antes de ahora —repuso el hombre lentamente—. Buscaban humo.

—¿Tenemos que liquidarlo?

El padre descorchó una botella.

—Aún no. Pero sácale el pañuelo de la boca y no dejes de apuntarle con tu revólver.

Lafe hundió el cañón de su revólver en el estómago de su prisionero, haciéndole retroceder hasta tenerle de espaldas contra el muro. Luego, le quitó el sucio pañuelo rojo de la boca.

Su padre bebió un trago de la botella.

—¿Es usted un *visiteador*, forastero? —preguntó.

—No comprendo el término *visiteador*. No se nos enseñó en las clases de español —dijo Engas.

Lafe hundió un poco más el cañón del revólver en su estómago.

—Está mintiendo, padre. Todo el mundo sabe lo que es un *visiteador*.

—Calma, muchacho. ¿De dónde viene, eh?

El cerebro de Engas trabajaba con rapidez. En el mismo instante en que el muchacho le apresó, supo que el chico estaba confundido. La estupidez siempre lleva consigo cierto grado de confusión. El chico era bastante tonto; el padre tenía, según los métodos analíticos de su planeta, un coeficiente intelectual igual a 3. Un ser con un grado tan bajo en la escala debería impresionarse con facilidad si se le enfrentaba con algo que le resultase incomprensible, algo que no se encontrara entre sus experiencias anteriores. Decirle en parte la verdad, sería conveniente... para empezar.

—Vengo de Marte —contestó.

—Marte... —repitió el hombre, pensativo—. ¿Dónde...? ¡Lafe! Deja la botella en paz. Eres demasiado joven para eso.

—¡Hombre, padre! Cumpliré veintinueve años para la próxima siembra.

—Eres demasiado joven. Tu madre nunca lo permitiría. ¿Sabes dónde está Marte, muchacho?

—No. ¿Cerca de Clebo County, quizá?

Las membranas sinápticas se estremecieron en el cerebro de Engas; pero reaccionaron y pasaron a la ofensiva con rapidez: «Impresionales, pero no demasiado espectacularmente. ¡Aplica emergencia para C.I.=3, rápido! Temor; comienza con lo conocido y evoluciona hacia lo desconocido».

—No, no comprenden. Vengo del *planeta* Marte. Soy un marciano.

—Un mar... ¿qué dijo que es? —preguntó el padre de Lafe.

—Marciano. *M-a-r-c-i-a-n-o*.

—¿Un *mar-cia-no*? —repitió el hombre.

Engas contestó violentamente:

—¡Sí, y debo ir a Washington inmediatamente! Me dirigía allí cuando...

—¡Washington, padre! Está hablando de Washington, el lugar de donde vienen los *visiteadores*.

—Oigan, no sé nada de sus *visifeadores*, pero debo ir a Washington.

El hombre dirigió una torva mirada a Lafe, el cual se alejó de nuevo de la botella. Luego, volvió a fijar sus ojos en el forastero.

—Si no es un *visiteador*, ¿por qué nos viene con tantas prisas para ir a Washington?

—¡Loco rematado...! Porque era allí adonde me dirigía cuando se agotó el combustible. Porque es allí donde seré bien recibido y donde asumiré el poder. Primero, este país; más tarde, el planeta, y, por último, el sistema solar entero.

»Porque —explicó con apremio— he sido enviado para advertir a vuestro Gobierno, y, a través de él, a todos los de este planeta, de una amenaza mortal. Se aproxima a la Tierra una enorme nube cargada de un gas que acabará con la vida aquí. Puedo enseñar a vuestros ingenieros a construir defensas con las que evitar los efectos del gas, pero deben ser avisados urgentemente.

—Es un embuste, padre. Las nubes no llevan gas, llevan agua. Lo aprendí en la escuela. Y tampoco oí nada de cosas-ingeniero.

Su padre meditó un momento.

—Es verdad, muchacho, que eres el único de la familia que ha llegado al cuarto grado en la escuela; pero creo que será mejor que te llegues en seguida a casa del abuelo y le preguntes qué debemos hacer. Él sabe muchas cosas. Ha vivido muchos años y ha estado dos veces en la capital del condado. Pregúntale qué debemos hacer con el *mar-cia-no*.

—¡Caramba, padre! El abuelo vive condenadamente lejos de aquí. ¿No podríamos liquidar al tipo ese y en paz?

—¡Andando, muchacho! —le espetó el hombre, al tiempo que le quitaba la pistola y la botella.

—¿Quiere? —preguntó a Engas. Nadie podría acusarle de ser cruel.

—¿De dónde?

—De Marte, abuelo. Creo que está cerca de Clebo County.

—Bueno. No sé nada de este asunto de la nube. Las nubes están ahí, en el aire; no pueden hacer daño a nadie, aquí abajo. ¿Cómo se llama ese cuentista?

—Dice que se llama *mar-cia-no*.

El anciano dio un puñetazo sobre la mesa, al tiempo que se levantaba de un salto.

—¿Un qué?

—*Mar-cia-no*. Eso es lo que dice al menos.

—¿Qué demonios os pasa a ti y a tu padre? ¿Por qué no le habéis mandado al otro barrio en seguida?

—Yo quise hacerlo, pero padre dijo...

—No importa. Juraría no haber dejado a ninguno con vida. Ocurrió cuando tenía tu edad, muchacho. Una verdadera guerra, eso es lo que fue. Pensaba que los habíamos liquidado a todos. Sabían pelear bien, pero al final les vencimos, aunque perdimos un hombre más que ellos, si mal no recuerdo. Creo que aún conservo una lista por alguna parte.

El viejo abrió la puerta del aparador y empezó a revolver entre ollas y sartenes, hierbas secas, platos cascados, antiguos calendarios y casquillos de balas. Un ruidoso sorbido hizo que girara en redondo.

—Deja la botella, muchacho. Eres demasiado joven aún. Ahora, márchate a casa y pegadle un par de tiros al tipo ese. No podemos dejar que vaya por ahí contando historias. ¡Vamos, lárgate!

Hacía veinte minutos que Lafe se había marchado cuando el viejo encontró, al fin, un trozo de pizarra con algo escrito. En otros diez minutos, se hizo con un pedacito de sucia tiza.

En el mismo instante en que Lafe y su padre se maravillaban de la verde sangre de Engas, el abuelo sonreía, encantado, al contemplar la lista, tal y como aparecía entonces en el trozo de pizarra:

MARTINS<sup>[2]</sup> COYS

x x x x x   x x x x x

x x x x x   x x x x x

—Nos ha llevado mucho tiempo —rió—, ¡pero empatamos!

# LOS DORADOS AÑOS DE HARRY

Gahan Wilson

*Nuestro lector habitual ya conoce a Gahan Wilson —el genial cartoonist— por sus brevísimas y regocijantes viñetas literarias, de las que hemos ofrecido varias muestras.*

*Con Los dorados años de Harry, sin embargo, descubrimos una nueva —y por cierto muy interesante— faceta de Wilson. El tránsito del relato supercorto al corto conlleva un significativo cambio de estilo: de la ironía al más agrio sarcasmo.*

*Harry's Golden Years es una despiadada sátira de los privilegiados... y de sus lacayos. Una pequeña joya digna de un Ambrose Bierce.*

Unos cortecitos aquí, unos cosidos allá; un par de tirones por un lado y soltar por el otro; cambiar algunas viejas tuberías y Harry van Deventer se sintió como nuevo. O casi. Bastante bien, al menos.

Harry anudó el cinturón de su gabán y contempló, satisfecho, la imagen que le devolvía el espejo. Por otra parte, ignoraba que aquel espejo no reflejaba el color grisáceo de su piel. Al contrario, le daba un rosado tinte de bebé. Tampoco estaba enterado de que aquella Luna atenuaba las arrugas de la piel y no acusaba el violáceo cerco de sus ojos. Era natural, pues, que creyera estar en posesión de un físico inmejorable.

Sonrió, dándose unas palmaditas en la barriga, tan lisa como una plancha, después de la ardua labor de los cirujanos. Harry ignoraba también este detalle.

—No está mal —aprobó quedamente.

Se abrió la puerta y apareció la enfermera. Tenía un aspecto inmejorable. Todo un tipo. Harry recordó lo salvaje que había sido la pasada noche y sonrió. Le encantaba recordar cosas. Un hilo de saliva se escurrió por entre las comisuras de sus labios.

—¿Todo listo, míster Van Deventer? —preguntó la enfermera.

Harry asintió.

—A punto de marcha —dijo.

La enfermera bajó los ojos.

—Siento lo de anoche, míster Van Deventer —dijo—. Me refiero al modo en que me lancé sobre usted.

Le miró, sofocándose, y bajó los ojos al suelo de nuevo.

Harry encogió los hombros y enarcó las cejas.

—Está bien —dijo—. No importa, qué diablos.

Ella le miró con gran alivio.

—Sabía que lo comprendería —repuso.

Harry empezaba a sentirse incómodo.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó.

Ya fuera del hospital, Harry trató de recordar lo que había pasado con el médico al despedirse de él, pero no tuvo éxito en el intento. Le recomendó hacer esto y aquello, pensó; tomar unas píldoras o algo. En fin, que se puso furioso. ¿Quién creía ser aquel medicucho? Empezaba a enfurecerse de nuevo cuando un taxi se acercó y frenó al llegar junto a él.

—¿Vamos a alguna parte, míster Van Deventer? —preguntó el conductor.

Harry echó un vistazo al cogote del taxista y se preguntó la razón por la cual se encontraba siempre con el mismo conductor.

—Sí —repuso Harry entrando en el coche—, sólo que aún no tengo idea del lugar adonde quiero ir.

—Adonde usted diga, míster Van Deventer —respondió solícito el taxista.

—Lléveme a algún sitio agradable —contestó—. Acabo de abandonar el hospital y necesito distraerme.

—¿Ha estado en el hospital, míster Van Deventer? —se interesó el taxista—. ¡Vaya!, lo siento.

—Oh, no ha sido nada —le tranquilizó Harry.

El taxista puso en marcha un mecanismo que determinaría las condiciones físicas de Harry, así como su estado mental. Por supuesto que Harry no tenía la menor idea de aquello. Una diminuta computadora ronroneó y arrojó una tarjeta sobre las rodillas del conductor.

—¿Qué le parece si vamos a La Gorda Lucy, míster Van Deventer? —preguntó.

—¿Qué es esto?

—Un lugar excelente en el que olvidará las preocupaciones. Le gustará, en serio, míster Van Deventer.

—Magnífico —contestó Harry.

Luego tuvo un presentimiento. Su cara expresó enojo.

—No tan aprisa. ¿Cuánto me costará? ¿No será un antro?

—Oh, no, créame, míster Van Deventer —aseguró el taxista con rapidez—. No debe preocuparse por eso. Jamás le llevaría a un lugar así, se lo aseguro.

—De acuerdo entonces —contestó Harry, tranquilizándose—. He oído rumores de que algunos de ustedes llevan a la gente a sitios de esa clase, eso es todo.

—Puede estar tranquilo yendo en mi taxi, míster Van Deventer —exclamó el taxista sonriendo nerviosamente.

—Dije que de acuerdo.

El conductor tragó saliva y miró al frente.

La Gorda Lucy resultó ser un buen lugar, después de todo, pensó Harry. Justo al entrar, una rubia aparatosa salió a su encuentro.

—¡Dios! He esperado por ti toda la vida —exclamó ella, sin quitarle las manos de encima—. ¡Jesús! ¿Dónde has estado?

—Por ahí —dijo Harry.

Lo pasó en grande, aunque no recordaba lo que sucedió durante la mayor parte del tiempo. Era algo relativo a una camarera y alguna inconveniencia que ésta dijera. No le había gustado, pero, por lo demás, resultó fabuloso. La muchacha se mostró apenada cuando decidió marcharse.

—¡Por Dios! ¡Debes volver otro día!

—Claro —aseguró Harry.

No pensaba hacerlo. Lo dijo sólo para consolarla. No podía evitar que todos le tomaran tanto afecto.

Ya de regreso, Harry tomó un baño y luego dio un vistazo al buzón del dinero. Le habían dejado montones mientras duró su ausencia. No intentó hacer un cálculo aproximado de lo que había. No lo hacía nunca. Se fue a dormir.

Mientras dormía, le visitaron los contables, que le hicieron firmar algunos documentos. Años atrás, cuando Harry empezó a cansarse de los detalles, se las habían ingeniado de modo que pudiera firmar papeles sin necesidad de que le despertaran.

—Viejo bastardo —exclamó uno de los contables.

—Mira —repuso otro—, no te quejes, que no te ha ido tan mal.

Harry despertó aquella mañana sintiéndose fatigado y sin saber qué hacer. Conectó el televisor. Estaban transmitiendo, de nuevo, la historia de su vida. Tomó asiento y lo miró unos minutos. Se cansó muy pronto de aquello y decidió bañarse.

Encontró el cuarto de baño convertido en un verdadero caos. Estaba todo patas arriba; debió de enfurecerse por algo el día anterior, pero no lo recordaba. Había estropeado la ducha, pero no importaba: ya lo arreglarían.

Le costó trabajo anudar el cinturón de su gabán, pero lo consiguió al fin. Era el suyo un flamante cinturón con flecos y borlitas que colgaban de sus bordes.

Hacía un precioso día, por lo que ordenó al taxista volar un poco sobre la ciudad. Miró hacia abajo y vio el edificio con su nombre en el tejado. Era el más alto de la ciudad y le pertenecía. Harry no había estado en él desde hacía años. No le preocupaba. Dejaba que lo hicieran los demás.

Miró a lo lejos, en el horizonte, donde se distinguía una faja de verdor. Sabía que era algo, pero no acertaba a dar con ello. De súbito se le ocurrió.

—Esto es el campo, ¿verdad?

El taxista siguió la dirección de su dedo.

—En efecto, míster Van Deventer —contestó.

—Vamos allá pues —apremió Harry—. Lo pasé muy bien allá en cierta ocasión.

—Usted manda, míster Van Deventer —contestó el conductor.

Mandó algunos mensajes por radio, sin que su pasajero se diera cuenta de ello.

Cuando llegaron a la campiña todo estaba a punto. El taxi aterrizó junto a una granja y Harry puso pie a tierra. Casi al mismo tiempo, un granjero le salió al encuentro sonriente.

—Bien venido, forastero —fue su saludo—. Por lo general no me gusta ver a extraños, pero hay algo en su rostro que me gusta mucho.

El granjero dio a Harry una caña de pescar, explicándole su manejo mientras le conducía junto a una alberca situada en el centro del patio de la granja. En un tiempo increíblemente corto, Harry pescó docenas de plateados

peces. Una multitud de lugareños acudieron a presenciar su proeza, asegurándole que era un pescador sensacional.

Algo ocurrió poco antes de la merienda, algo que Harry no recordaba bien del todo. Tenía que ver con un muchacho poco amable, todo lo contrario de los demás campesinos. El caso es que dijo algo malsonante acerca de su pesca, que le enfureció.

De todos modos, para la merienda, le vistieron con ropas propias de un granjero, ya que las suyas se habían manchado no sabía cómo. Fuera lo que fuese, decidieron lavárselas, para que no quedaran las manchas, dijeron.

La merienda transcurrió en medio de una gran animación. Todos comieron los peces que había capturado Harry. Todos proclamaban lo excelentes que eran, y cuando terminaron de comer, la hija del granjero llevó a Harry a un rincón, susurrándole lo loca que estaba por él. Se marcharon al granero.

—Oh, forastero, has estado maravilloso —exclamó la muchacha después de haber hecho el amor—. De veras, ¿cómo puedes ser tan maravilloso?

—No lo sé —contestó Harry.

Estaba hurgando en la paja sobre la que se hallaban tendidos. Se volvió hacia la hija del granjero, sosteniendo un puñado de heno.

—¿De dónde sacáis esto? —preguntó.

Le dirigió una mirada preñada de desprecio, pero sólo por un segundo, trocándose en seguida en luminosa sonrisa.

—Crece en los campos, forastero.

—Muéstramelos —ordenó, más que pidió, Harry.

No tuvo más remedio que acompañarle y enseñarle los sembrados. Habría comunicado a los otros su paseo, pero no contaba con ningún transmisor. En el campo no estaban tan bien equipados como en la ciudad.

A Harry le entusiasmaron los campos y no se cansaba de recorrerlos. Cuanto más se alejaban, más crecía el aburrimiento de la muchacha. Estaba segura de que todos les creían en el granero, y había recibido instrucciones de tener a Harry siempre a mano, por si acaso.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando ante ellos.

—Esto es un toro, forastero —explicó la hija del granjero—, pero es

mejor que no te acerques a él. Puede ser peligroso.

Harry frunció el ceño, mirándola.

—¡Y a mí qué me importa! —gritó—. Me acercaré y echaré un vistazo, ¿te enteras?

—¡No lo hagas, forastero! —suplicó ella tirando de su brazo—. En realidad, no es más que un toro.

—¿Qué haces? ¿Quién te has creído que eres para darme órdenes? —gritó Harry desasiéndose bruscamente.

La muchacha palideció.

—No pretendí tal cosa, forastero —contestó—. Es sólo que no deberías andar por ahí con ese animal suelto.

El rostro de Harry estaba congestionado y pequeñas gotas de sudor perlaban su frente. Su respiración se hizo trabajosa.

—¿Qué quieres decir, perra? —chilló—. ¿Cómo te atreves a decirme lo que debo hacer?

Le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula, dislocándosela y haciendo que le saltaran algunos dientes. Luego, al caer al suelo, la emprendió a puntapiés con ella, y eran lo bastante fuertes como para levantar el cuerpo de la chica del suelo a cada embate.

Después se alejó lentamente de ella, dirigiéndose hacia el toro. Se preguntaba qué habría olvidado ahora. Una campesina le dijo algo que no le gustó. Era lo único que recordaba.

La hija del granjero se arrastró como pudo para alejarse de allí y ser recogida por los suyos.

Más tarde, encontraron a Harry de bruces junto a un roble. El toro estaba mordisqueando la hierba un poco más lejos.

Le llevaron en avión al hospital, acompañado de su equipo de médicos y del jefe de los contables. Siempre iba con él, por si acaso.

Remendaron y unieron el cuerpo de Harry. Concluido el trabajo, el cirujano se quitó los guantes y suspiró.

—¿Vivirá, doctor? —preguntó el contable.

—Claro —respondió.

# Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] *Martian* (marciano) y *Martin* (nombre propio), se pronuncian de forma muy similar en inglés. De ahí que el abuelo de la historia confundiera ambos nombres (N. del T.). <<